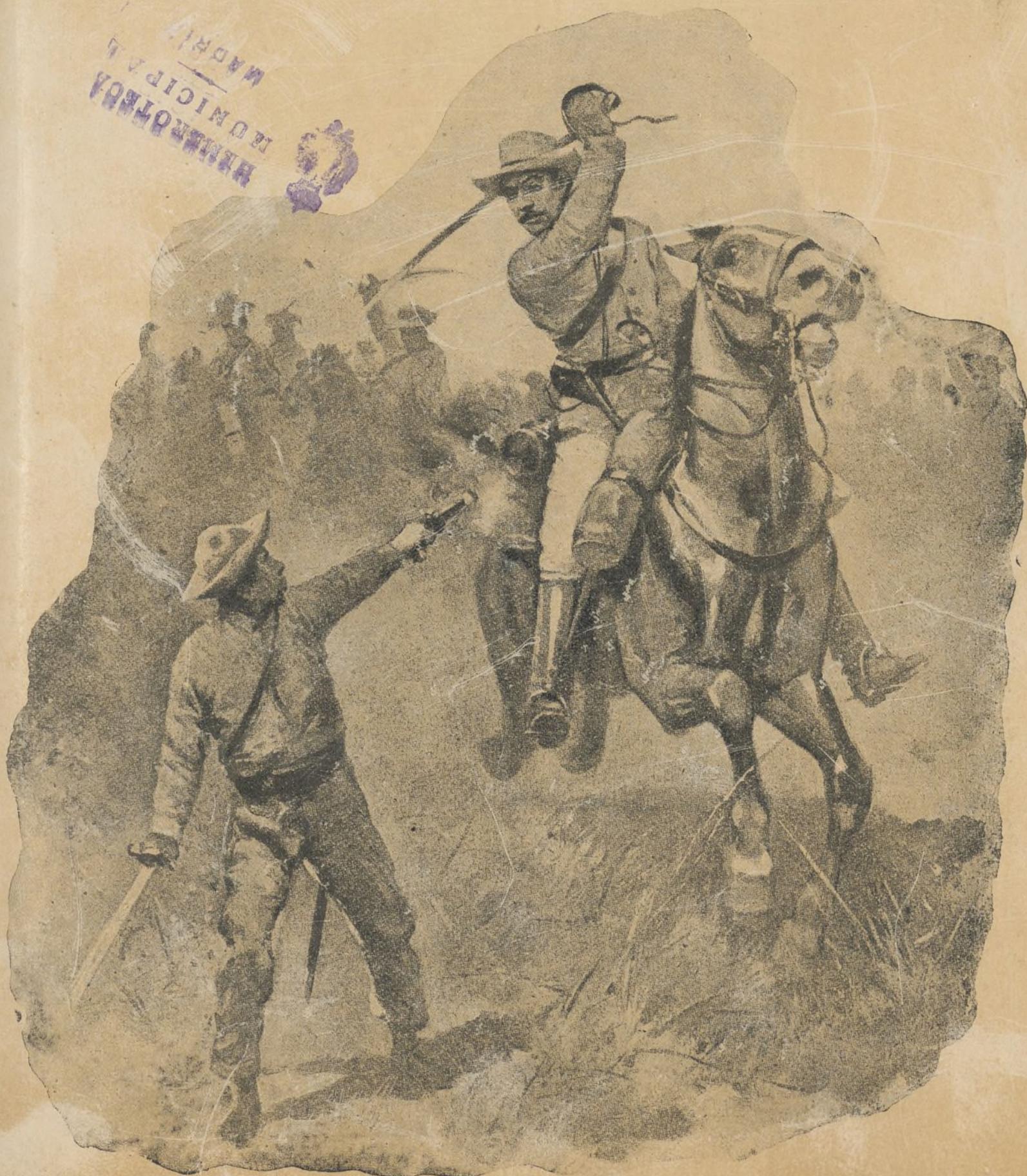


Armas y Letras

160



MADRID
MUNICIPAL
BIBLIOTECA

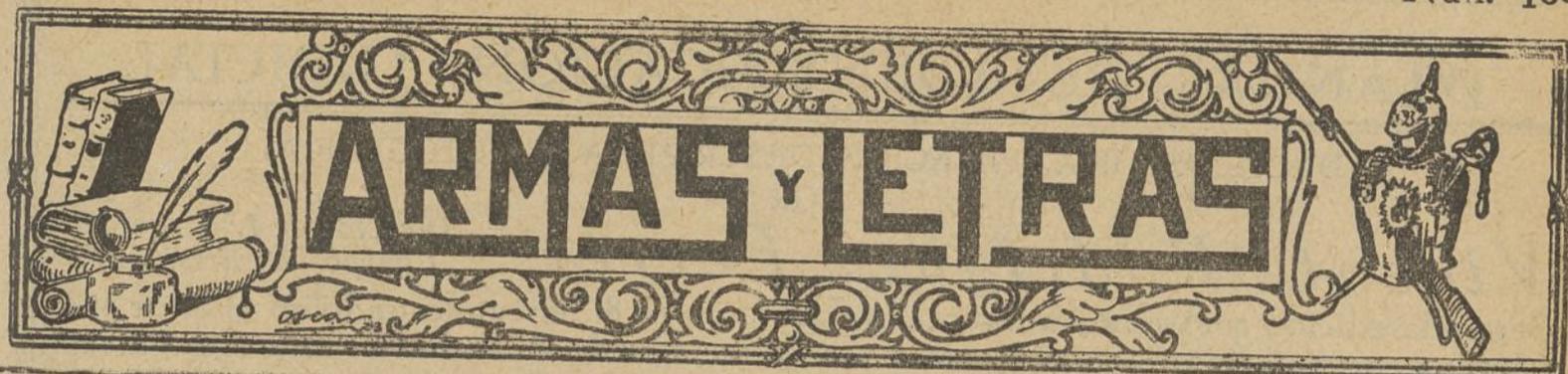
UN EPISODIO DE LA GUERRA COLONIAL

Folleto de gran interés



PRECIO: 60 CÉNTIMOS

PEDIDOS A ESTA ADMINISTRACION



Redacción, Admon. y Talleres: Calvo Asensio, 3.

Director: Vicente Valero de Bernabé

C R O N I C A

No son gran cosa pacíficos los vientos internacionales, haciendo pensar, a los que meditan, que una acción común más extensa de lo que pudiera creerse va a ser de urgente necesidad muy en breve.

Chispazos que saltan en apartadas regiones, sin origen ni causa francamente a la vista, constituyen síntomas que los estadistas hacen mal en pasar por alto.

Hay en Europa un foco de obsesiones que, pareciendo ser de lo más avanzado en el orden político-social, significa el más tremendo salto atrás en el vivir de la humanidad, y ese foco, si no se aísla, ya que no se le combata, dará que sentir y hacer.

Claro que, en cualquier momento que las naciones quieran, es cuestión de días reducir al dragón, que, si no es de la época de las cavernas, se le parece mucho; pero egoísmos de pequeñísima talla y soberbias de bisutería, están haciendo que los países civilizados, sobre todo los fuertes, vean agriadas sus relaciones, haciendo difícil y largo el primer efecto de solidaridad confraterna que debiera producirse.

La Sociedad de Naciones, que está para reunirse al redactar esta crónica, sufre las consecuencias de ciertas embriagueces egoístas que el miedo inspiró; va a nacer, mejor dicho, a presentarse en el stadium de la práctica internacional, sin rumbo y ante la desconfianza de quienes han de seguir su juego.

Sometida a ella la fantasmagórica cuestión del desarme, cuando parecía natural esperar a ver lo que hace, surge el Presidente Coolidge pretendiendo que se acepten iniciativas que, visto como las acogieron, no pueden calificarse de felices.

Al decir de los enterados, se reproduce el antiguo juego de "suelta ese palo y en seguida suelto yo el mío". En que se desarmen las naciones, todos estamos de acuerdo, y en cómo y quién, tampoco hay grandes desavenencias, siempre que no sea el primero quien hable.

Y, lo que son las cosas: dentro del factor "armamento naval", que es el de actualidad, España, y con ella otras naciones, también de poco más o menos, no tienen obligación de desarmarse. ¡Cualquiera ata esa mosca!

Resulta, como no podía menos de suceder, que las defensas de que se proveen las naciones maríti-

mas, sobre todo las insulares, despiertan recelos y suspicacias, traducidos en la pretensión absurda de que el débil no deje de serlo nunca.

Sin ser gran cosa pesimista, se ve la posibilidad de que la joven Sociedad de Naciones ejerza en el mundo una influencia muy parecida a la que tuvo la institución en La Haya establecida en suntuoso palacio.

Teniendo en cuenta que el cronista ha de ser parco en sus comentarios, diré, cual aquellos señorones presidentes de nuestras Cámaras, que ante una indicación del jefe del Gobierno decían, agitando la campanilla: "¡Queda terminado el incidente!"

La cuestión china, a la que lo alegado no quita importancia, camina francamente hacia el fin, aunque éste no sea el deseado por algunos.

Los pueblos, por muy adormilados que estén, aun tomando opio, como la humana naturaleza a todo se acostumbra, llega un momento en que no duermen, o conservan, dormidos, las mismas energías que despiertos.

Cuando tal reacción llega, al encontrarse con lo que el vecino se aprovechó, consistiendo el primer aprovechamiento en lo de hacerse vecino, el asombro produce fanáticos deseos de quitarse de encima lo que sobre el durmiente se posó.

En el antiguamente llamado Celeste Imperio dejaron de ser cándidos serafines, y aunque lo que allí ocurre parece, desde fuera, una guerra civil, una discordia interior, es otra cosa, de la que debieran preocuparse las naciones, en vez de jugar a defender intereses muy discutibles que se adquieren por procedimientos admitidos, sí, pero que nada tienen de civilizados, en el orden moral.

Aquello de proteger a los pueblos apáticos para ir aprovechando lo que tengan y disfrutarlo el protector, con exclusivismos egoístas, ya no es de este tiempo.

El progreso avanza, como ley fatal humana que es, con el hombre y sin el hombre; eleva y redime a los pueblos a través del tiempo, sin extrañas ingerencias, siendo propio sólo de ilusos el oponerse a tal marcha. Descemos que quienes deban ver vean, y en aquellas lejanas tierras no nazca y se desarrolle algo que luego cueste mucho trabajo destruir.

MANUAL DE IDENTIFICACION JUDICIAL

(DACTILOSCOPIA, FILIACION DESCRIPTIVA Y FOTOGRAFIA)

— POR —

Vicente Rodriguez Ferrer

Director de 1.^a clase del
Cuerpo de Prisiones

Segunda edición revisada y aumentada. Un tomo en 8.^o encuadernado en tela, de 424 páginas con 124 figuras y varios modelos de tarjetas de identidad de todos los países

PRECIO: 8 pesetas en Madrid y 8,50 en provincias

Pedidos: EDITORIAL REUS (S. A.). Cañizares, 3 dupdo.—Madrid

IMPERMEABLES

de las mejores fábricas, se hacen a medida para señores Jefes y Oficiales.—Precios sin competencia.—FRANCISCO FERNANDEZ.—Caballero de Gracia, 2 al 6 (esquina a Montera), MADRID.

Teléfono 39-50 M.

LLEVE UN RETRATO BIEN HECHO EN
— SU CARTERA —

TRES RETRATOS PARA CARNET, 2 PTAS.

COMPAÑY, FOTÓGRAFO

Fuencarral, 29.—MADRID

ESTABLECIMIENTO DE

JORDANA

Príncipe, 9 MADRID Teléfono 4038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRESERAS, CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS, EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC. ETC.

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identificación 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*, 33 calcomanías para aplicarse en papel, cartas, cintas, esmaítes 5 pesetas

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

GASA HERNANDO

Avenida Conde Peñalver, 3—Teléfono 23-53 H

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

AVISO A NUESTROS SUSCRIPTORES CAMBIO DE DESTINO

Con el fin de evitar la pérdida de ejemplares, rogamos a nuestros suscriptores nos avisen lo más pronto posible su cambio de destino, utilizando el boletín inserto a continuación y que pueden enviar a nuestra Administración, en sobre abierto, franqueado con sello de dos céntimos:

D. empleo que prestaba sus servicios en ha sido trasladado a desde donde desea seguir recibiendo los ejemplares de la Revista ARMAS Y LETRAS.

ron (el verbo *paquear* ha quedado consagrado en nuestro idioma para expresar el tiroteo suelto e incoherente sin otro objeto ni finalidad inmediata que la molestia y la baja) a la columna del general Marzo, acampada en el Zoco del Jemis de Beni-Arós. Los disparos, sobre un amplio blanco, y no obstante que el servicio de seguridad repelió en el acto la agresión, nos costó once bajas.

Nuestro soldado, y al hablar así lo hago de los jefes, oficiales y tropa, tan admirable, tiene siempre una frase feliz, un gesto de desprecio para el enemigo, una reacción de optimismo que le hace olvidar en seguida las fatigas, las penalidades, los peligros de la guerra. En esta ocasión no podía faltar esa reacción..., y no faltó,

Al día siguiente el comentario del *paqueo* sufrido la noche anterior lo hacía todo el campamento. Pero lo hacía entre sanas risotadas de optimismo con que se coreaban las frases oportunas, lo hacía improvisando una letra que se adaptaba a una de las canciones entonces más en boga y más popular en el campamento, "La chula tanguista".

¿Quién fué el autor? ¿Qué más da? Un soldado español, que así lanzaba su desprecio desconcertante al enemigo:

No saben señores lo que pasa hoy
de noche en el Jemis;
y es que cuatro *pacos* que no valen na
no nos dejan dormir.
Con cuatro descargas de fusil rayao
y golpes de tambor,
en diez minutos nada más
once bajas nos costó;
pues gachó hubo que de un tiro
le dió a más de dos.
Yo no sé vivir así,
deme usted por favor pa dormir
mosquitero de latón.
Venga aquí al Jemis
y verá lo que ve
cómo nos dan el tostón.

LOS COHETES PRECURSORES DEL CAÑÓN

Seguramente no es un hecho muy conocido que los cohetes han sido los precursores del cañón. Mucho antes de que se inventasen los cañones, constituían los cohetes un arma de guerra. En el sitio de Constantinopla, en el año 673, los griegos dispararon por medio de largos tubos gran número de voladores, con los que lograron destruir la escuadra mahometana.

Y no es este el único ejemplo. En un manuscrito muy antiguo y muy curioso que se conserva en París, y que lleva el título de *Liber Ignium*, o sea Libro de los Fuegos, se lee la descripción de un compuesto de azufre, salitre y carbón vegetal que se metía en una caja larga y estrecha y se descargaba sobre el enemigo. No deja de ser curioso que el mismo compuesto, con ligeras variantes, fuese usado en época tan moderna como 1806 por la escuadra inglesa al atacar a Boulogne. Cada uno de los cohetes de guerra usados por los ingleses pesaba 16 kilos y tenía un alcance de tres kilómetros. Como consecuencia del resultado de arma tan singular, pocos años más tarde se creó en el ejército inglés un cuerpo de coheteros, que tenía por misión soltar en el campo de batalla un número inmenso de carretillas, que al llegar al campo enemigo estallaban lanzando metralla por todas partes.

Los célebres cohetes a la Congreve, han servido también de arma ofensiva: se colgaba de ellos un peque-

ño depósito de sustancias químicas que al caer al suelo se encendían y prendían fuego a todo cuanto tocaban.

Hoy solemos dar a los cohetes destinos mucho más pacíficos y a veces humanitarios. Sirvan de ejemplo los cohetes de alarma que usan los guardacostas para avisar en tiempo de niebla y los cohetes de señales de distintos colores, tan usados en navegación.

Es verdaderamente extraordinaria la distancia a que puede verse la luz de esos cohetes; en un experimento hecho recientemente, se vió el cohete desde una distancia de cien kilómetros.

Desde luego, el más útil de todos los fuegos artificiales es el salvavidas, tan usado en las costas peligrosas. Estos cohetes suelen ser de acero, con la varilla de tres metros de larga y una carga de 12 libras. Cada una lleva una cuerda de 450 metros de larga. El cohete consta de dos partes, dispuestas de modo que mientras una se quema la otra lleva la cuerda; una vez que ésta ha caído sobre el barco, los tripulantes pueden izar fácilmente un salvavidas y una cajita que contiene instrucciones para su uso escritas en tres idiomas. Hay otros cohetes salvavidas que en vez de subir por el aire surcan las olas, estando al efecto revestidos de corcho.

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojos de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca,
garganta, oídos y de los órganos génito-urinaros.

PHARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

FOTOGRAMAS

REVISTA MUNDIAL CINEMATOGRAFICA

PRECIO: UNA PESETA

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Gorzi.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Má-
quinas de escribir, bicicletas y motocicletas Pañuelos de Manila y
mantillas de encaje

MELODIA S. A.

MADRID Avenida del Conde de Peñalver, 1

PIANOS VERTICALES Y DE COLA

(FABRICACION ALEMANA)

AUTOPIANOS INTERPRETADORES

MELODIA

Reproducen con absoluta exactitud las obras
interpretadas por los mejores artistas
del piano

Barniz charol blanco para correajes del Ejército

Perseverante en perfeccionar la fabricación de mis barnices para correajes del Ejército, hoy
puedo ofrecer ya un nuevo barniz para correajes blancos, que por sus condiciones tiene gran-
des ventajas sobre el empleo del albayalde y la cola (procedimiento antihigiénico y dañoso
para la salud). Por su fácil aplica-
ción y rapidez en secar permite
obtener en breve tiempo un cha-

Precio del frasco, 1,75 pesetas

UNICO FABRICANTE DEL ACREDITADO

BARNIZ AMARILLO



MARCA REGISTRADA

rolado tan perfecto, que en pocos
minutos se presenta un correaje
para una revista ::::::::::::::

MUESTRAS A DISPOSICION DE LOS
SEÑORES JEFES QUE LO SOLICITEN;

PARA CORREAJES DE LA GUARDIA CIVIL

Marca "EL TRICORNIO"

I. RODRIGO TOLEDO, 90

MADRID



MANCHAS DE TINTA

EL UNIFORME UNICO

"Se acabaron las galas de Marte", como días atrás decía el veterano escritor Salaverría, aunque en el sentido del "predominio del Norte sobre el Sur" no estamos algo conformes, por comprender, a través de su escrito, cierto apasionamiento natural del espíritu regional que uno posee, y que le disculpa.

Pero, en fin, dejemos estas preocupaciones, impropias del caso, y vayamos a tratar de ciertas consideraciones que nos sugieren a la vista de estos compañeros que han vestido por primera vez el uniforme único, tan comentado estos días y de tanto tiempo debatido. La primera de ellas (dado que el orden y sentido práctico es hoy día el primer lugar en todas las empresas) es que, conocida la aclaración del señor ministro de la Guerra, nos convence de la enorme economía que ocasiona la implantación del nuevo uniforme, justificada con datos estadísticos. Este es un fin que se encamina a aliviar la enorme carga que pesa sobre el Estado, y que tanto gravita en la organización militar, tal cual hoy se halla implantada. Ya hemos dicho en otra ocasión que el fin del Ejército como ornato nacional es lo más absurdo que se puede concebir, dadas las características de la vida moderna, que se encaminan a colocar todas las cosas sobre el plano provechoso y práctico. Todos reconocen la necesidad del Ejército, como defensa y seguridad de la nación, hasta los más liberales y demócratas; pero implantado y desenvuelto, mas no como hoy día se halla en España. Ante todo, es una carga enorme que debilita al Tesoro, y pudiéndose imponer en otro sentido más práctico, es lástima que no se haga.

Esta introducción es como un presagio de las nuevas reformas que han de introducirse en nuestro Ejército—por eso la saludamos con cariño—, en el sentido más demócrata, que hoy día se están estudiando en el Ministerio de la Guerra, y que han de llevar a cabo una gran economía al Estado y una organización más práctica para los ciudadanos. Ese uniforme dice como unificar el Ejército, dejarlo reducido a la expresión mínima de las exigencias sociales de la nación. Es un paso hacia la normalidad militar, hacia el equilibrio del Ejército, comparado con el nivel

de lo que puede sufragar el Tesoro, para que no le sea gravoso.

Visto su punto práctico y económico, veamos su valor ideológico que en sí lleva. Las galas de Marte se acabaron, es verdad. Lo dicen su sencillez, su color, su hechura, su porte. Nada de colorido, ni de vistoso. Sencillez y comodidad. He aquí por qué comprendemos que ese uniforme lleva en sí un sello democrático que lo caracteriza, ya que la democracia abarca en su primer aspecto la uniformidad. Todo aquel aspecto colorido y chillón que caracterizaba al soldado español, ha desaparecido a su presencia, y aquella figura rara que desentonaba en la marcha progresiva de la civilización moderna, llena de ciencia. Es así como la implantación en todas las esferas sociales de la "americana", sobre el "chaqué", la levita y otras prendas de vestir, que tan en uso se hallaban antaño, haciendo confundir al obrero, la clase media y el burgués. Porque viene la democracia a imponerse en todos los órdenes sociales, que es la armonización de la sociedad, que aunque reacia para algunos, es reconocida su validez y su necesidad en todos los órdenes sociales. Y es inútil cortar el paso cuando ella se precipita ineludible en la carrera de los tiempos modernos, como algo preciso y necesario en la vida de los pueblos. Se impone en la vida del Estado, en la particular y en la familiar. Pero hemos de congratularnos de ello, pues ello nos da a conocer nuestro progreso, nuestra cultura y nuestro adelanto intelectual que es lo que dice la palabra democracia. La democracia la implantó y la perfeccionó Cristo, aunque lo duden y nieguen algunos filósofos. El adelanto moderno dió la americana para unificar las clases, para confundirlas; el Cristianismo lo igualó para hermanar a los hombres, de los más altos a los más bajos, de los más ricos a los más pobres, de los más poderosos a los más viles, de los más doctos a los más ignorantes. Su democracia se justifica con sólo observar aquella exclamación: "¡Amáos los unos a los otros!" He ahí la igualdad, la democracia clara y patente, puesta en los labios del Maestro. Han prosperado las ideas, pero las suyas sobresalen a todas por estar inspiradas en una democracia suprema.

Viene a dar esa exigencia moderna que se impone

por doquier, llamada comodidad. El inoportuno ros se trueca en cómoda y clásica boina, que tiene un sello de españolismo, o mejor aún, de norteño, como diría el maestro Salaverría. Es una prenda que nos ha de servir tanto ahora como en la vida de paisano como también el traje en sí, que servirá lo mismo para el mecánico entre la balumba de los motores, que el esterero en la ocupación de su oficio, y el labrador en sus faenas agrícolas. Nada de guerrero continuador de Aquiles, César, Atila o Napoleón. Es el guerrero preparado para la guerra moderna, llena de ciencia y de mecanismo; que a cada soldado no le basta ser un héroe, a la manera de Cascorro, sino lleno de conocimientos científicos y dinámicos. No es el soldado preparado para la guerra objetiva de antaño, que un resplandor de lanzas y espadas al contacto de los rayos del sol hacía retroceder al enemigo como nos cuenta la Historia, sino el soldado pre-

parado para una guerra metódica y ordenada, científica y de estudio, que nos prepara el futuro el torbellino de la civilización moderna, ya que la tan comentada Sociedad de Naciones, organizada para armonizar los asuntos internacionales por medio de diplomacia, no la vemos con la práctica deseada, ni eficacia necesaria para impedir los disgustos mundiales, cuando hoy día se halla apoyada por elementos de tanta fe en esa paz soñada y que trabajan con tanto afán, no impiden el funesto caos de Oriente, ni las luchas fratricidas de los americanos. Y siendo así que la guerra es elemento, esencia en la vida de la Humanidad, sólo nos cabe adaptar las características guerreras a las necesidades modernas, que se llaman tecnicismo y ciencia, cuya indumentaria lo caracteriza el uniforme único.

J. BORT VELA

DOCUMENTOS HISTORICOS

CARTA DE DON JUAN DE AUSTRIA A FELIPE II
DESPUES DE LA BATALLA DE LEPANTO

Señor:

Vuestra Magestad debe dar y mandar se den en todas partes, infinitas gracias á nuestro Señor por la victoria tan grande y señalada que ha sido servido conceder en su armada, y porque V. M. la entienda toda como ha pasado, demás de la relación que con esta vá, tambien envío á D. Lope de Figueroa para que como persona que sirvió y se halló en esta galera, de manera, que es justo V. M. le mande hacer merced, signifique las particularidades que V. M. holgare entender; á él me remito en todas ellas por no cansar con una misma lectura tantas veces á V. M.

Quería ahora seguir esta fortuna que Dios nos ha dado en la buena de V. M. y ver si se pudiere ganar á Lepanto, que cierto es aquel golfo importante; y cuando no, emprender otra cosa de las que el tiempo y lugar en que me hallo diere lugar. Esto no tengo aun acabado de resolver por lo mucho que hay á que atender en rehacer esta armada, que cada día se descubre mayor daño y otras cosas sin las cuales no se puede ni debe pasar adelante; pero mañana, placiendo á Dios nuestro Señor, sería posible haber acabado con la mayor parte y estar listo para partir, á dó parecerá, otro día á la noche; de todo lo que sucediere daré de mano en mano á V. M. la cuenta que debo; y porque no se dilate mas esta venturosa nueva, despacho desde luego á D. Lope, no dejando de traer á la memoria de V. M. el sujeto en que Dios le ha puesto de extender hasta para acá su grandeza con no mayor dificultad que atender sin perder tiempo á levantar gente, armar pues no faltarán, y á prevenir para el verano que viene dinero y vitualla. Todo lo cual creo ya que llegará á ser mas fácil que por lo pasado y de tanto servicio de V. M. y aumento como digo de su grandeza que venga a conocerse fácilmente el cuidado que nuestro Señor tiene della,

á quien hago testigo que desearlo yo mas que nadie, me mueve á acordar esto; á Don Bernardino de Cárdenas mataron en esta galera haciendo lo que debía á la obligación con que nació; deja segun tengo entendido muchas deudas y un hijo natural; con todo esto es justo que V. M. mande tener cuenta, pues todo al fin resulta en su servicio. Hay tambien otras personas que voy haciendo memoria, demás de las que van en lo que lleva D. Lope, que verdaderamente han servido y merecido toda merced, y es esta de las ocasiones, como V. M. mejor sabe, en que cada uno mira lo que se haze con el otro, que supo y aventuró á señalarse. Aquí hay ahora estos dos Príncipes, que el de Parma fué de los primeros que entró y rindió la galera con que inbistió, está Pablo Jordan Urcino, el Duque de Mondragón y otros vasallos y servidores de V. M., á quienes, si V. M. fuere servido, debería mandar escribir agradeciéndoselo; lo mismo a los Generales, que cierto lo merecen y á otros Ministros que aquí tiene V. M., á quien suplico me perdone lo que acuerdo, pues asi conviene á su Real servicio, ni yo puedo excusarme de corresponder con la obligación en que soy á los que sirviendo á V. M. cerca de mi persona aciertan á hacerla tan bien como los que propondré siempre. Yo gracias á nuestro Señor he quedado bueno y sin ser nada una cuchillada que recibí en un tobillo sin saber bien cómo. El guarde y prospere á V. M. con el aumento que yo deseo y todos tenemos menester. Amen. De galera sobre puerto de Petela en el golfo de Lepanto á 10 de Octubre de 1571.

D. V. M.

Hechura y mas humilde servidor que sus Reales manos besa,

DON JUAN DE AUSTRIA

El gran misterio de las Islas Canarias

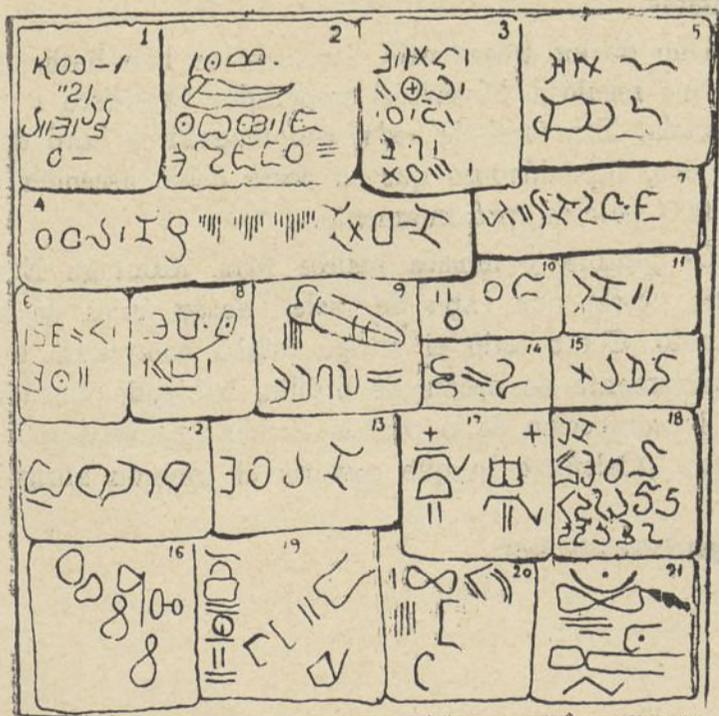
Jeroglíficos por descifrar. — Un pueblo heroico.

En las rocas de las islas Canarias hay grabados signos que desde hace siglos vienen intrigando a los sabios de todo el mundo y principalmente a los de España y Francia. Las Academias de la vecina república y nuestro país han enviado expediciones para estudiarlos y para sacar croquis de todos, sin que los estudios profundísimos hechos hasta ahora hayan conseguido descifrar aquellos geroglíficos cuyo enigma envuelve, sin duda alguna, misterios históricos de la mayor importancia.

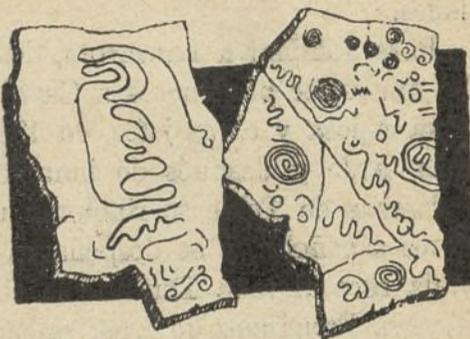
En La Palma hay una extraña inscripción contemporánea de los primeros insulares, toscamente grabada en la piedra basáltica que sirve de pavimento a la antigua cueva, morada de los príncipes guanches Jaruguo y Garchagua, en la comarca de Velmaco. Otras análogas, grabadas también en las rocas y contemporáneas de los aborígenes canarios, existen en la isla de Hierro.

Don Ignacio de Arce Mazón, en una conferencia que dió hace años en la Sociedad Geográfica, dijo que "estas inscripciones tienen inmensa importancia histórica por las revelaciones con que pueden iluminar las tinieblas de los pasados siglos, y atestiguan de un modo indudable que la existencia salvaje de los habitantes de las Afortunadas era el débil signo de una civilización perdida, anterior a la república de Cartago, que tal vez sirviera de base a las risueñas imágenes de la mitología geográfica de los primeros griegos".

Todo es o hace que se cierna sobre las islas Canarias una leyenda poética tanto más seductora cuanto que es más vaga, y tanto más interesante cuanto que en ella poetas y geólogos se han reunido para



hacer sospechar que el archipiélago canario es resto de la antigua Atlántida.



Reproducimos las inscripciones con objeto de ver si popularizándolas se encuentra alguien capaz de descifrarlas. Los croquis nos han sido remitidos por don Cipriano de Arribas, el cual formula las siguientes proposiciones:

1.ª Descifrar los letreros contenidos en la figura número 1, saber la época y la raza humana que los grabaría en una corriente de lava volcánica en la isla de Hierro y a qué variedad de lenguaje corresponde.

2.ª Origen de los guanches o primitivos aborígenes de las Canarias, raza a que pertenecen y cuál era la lengua madre.

3.ª Las islas Canarias, ¿son de origen volcánico o desprendimientos del continente africano?

4.ª El grupo canario, ¿formó parte de la famosa Atlántida de Platón?

5.ª ¿Cuál es el origen de la palabra Canarias?

6.ª Descifrar la inscripción contenida en la figura número 2, averiguar la raza que la esculpió en dos piedras que forman el arco o puerta de entrada de la cueva de Velmaco, en la isla de La Palma, y a qué lenguaje especial corresponde."

Las primeras noticias positivas que se tienen de las Canarias son del célebre almirante y explorador cartaginés Hannon, el cual dió cuenta de ellas trescientos años antes de Jesucristo.

Leyendas llegadas hasta Grecia hicieron suponer a Platón que estas islas eran resto de la Atlántida. Homero y Horacio hablaron de ellas llamándolas Elíseas o Afortunadas.

Juba, el famoso rey de Mauretania, envió una flota para explorarlas y dió a uno de los grupos el nombre de Purpurarias por haber encontrado en dos de ellas muy abundantes orchillas que crecían en las rocas.

Pero aun en aquellos remotos tiempos no se pudo averiguar nada acerca de la primitiva civilización de los guanches.

Cuando en el primer tercio del siglo XIV, Alfonso IV envió una expedición, mandada por el florentino Angiolino del Tegghia, a reconocer el archipiélago, lo encontró en parte poblado por el primitivo y sencillo pueblo guanche, que se dedicaba al pastoreo.

El carácter pacífico de sus ocupaciones habituales no impedía que los guanches fueran unos guerreros formidables. En nuestra propia historia, con contar páginas como las de Numancia y Sagunto, apenas se encuentran resistencias tan heroicas como las que hi-

cieron los guanches contra la conquista de los españoles.

Para dominar a Lanzarote, después de vencerlo hubo que traer prisioneros a Castilla al rey Tiguafayas, a su esposa y otros jefes, en 1386. Cerca de un siglo más tarde y después de innumerables combates, los indígenas de Telde se rindieron unos a los conquistadores españoles, y se despeñaron otros desde una elevada roca al mar. Durante la conquista de Tenerife, Alfonso Fernández de Lugo se encontró rechazado por los indígenas que se habían atrincherado en posiciones inexpugnables en elevados riscos; valiéndose de la astucia, fingió una retirada, consiguiendo sacar de su asilo al jefe Tanausú, valiente guerrero y gran enemigo de los españoles, que habían jurado al pie del altar de Idace no rendirse al extranjero; le cogió prisionero, y en tal concepto lo enviaba a España, cuando Tanausú se mató en el buque en que le habían embarcado. Tan reñidas fueron las batallas libradas para la conquista, que los llanos del Acentejo, inme-

diatos a la Laguna, son todavía conocidos con el nombre de la Matanza.

Acerca del origen de la lengua guanche, Buffon señala las grandes afinidades que existen entre ella y la que sirve de lazo común a todas las poblaciones berberiscas y que parecen indicar que todas ellas son una modificación de la antigua lengua líbica. Al efecto observa que la palabra cielo se pronuncia *tigot* en canario y en lengua xila.; leche es en canario *aho*, y en xila *agho*, y así sucesivamente se encuentra gran semejanza en una porción de palabras importantes.

Por último, en lo referente al origen del nombre Canarias, hay un dato consignado en la carta publicada por los catalanes en 1375 y en la cual se indica que "en las islas Afortunadas se encuentra leche y miel, particularmente en la isla Capraria" (llamada así por Juba y que hoy tiene el nombre de Fuerteventura); y que la isla Canaria es llamada así "por la muchedumbre de grandes y robustos canes que la habitan."

TRAJES QUE VALEN FORTUNAS

Parecerá raro, pero es verdad, que los atavíos más caros del mundo son usados, no por las millonarias norteamericanas, inglesas o francesas, sino por los pueblos más pobres y menos civilizados.

Los exploradores árticos afirman que las mujeres esquimales visten trajes de pieles que muchas reinas europeas no podrían proporcionarse. Grundemann, uno de esos viajeros, dice haber visto puesto a una muchacha de la Groenlandia oriental un traje hecho enteramente de pieles de zorro plateado. Ahora bien: como en la confección de dicho traje se habían empleado 60 pieles de esa clase, y como en el mercado de París cada una de estas pieles se cotiza a 6.000 francos, por término medio, resulta que la joven esquimal llevaba encima una vestimenta que valía cerca de medio millón de pesetas.

Las mujeres de Sumatra usan trajes de un valor exorbitante, hechos con lo que allí llaman "pañó de oro", y en cuyo tejido entra, efectivamente, el áureo metal, reducido a fibras textiles. La fabricación del riquísimo paño se hace a mano, y cuesta la vara unas mil pesetas. También visten las hijas de Sumatra trajes hechos con tejido de oro y plata, costando la vara de dicho tejido cerca de 500 pesetas.

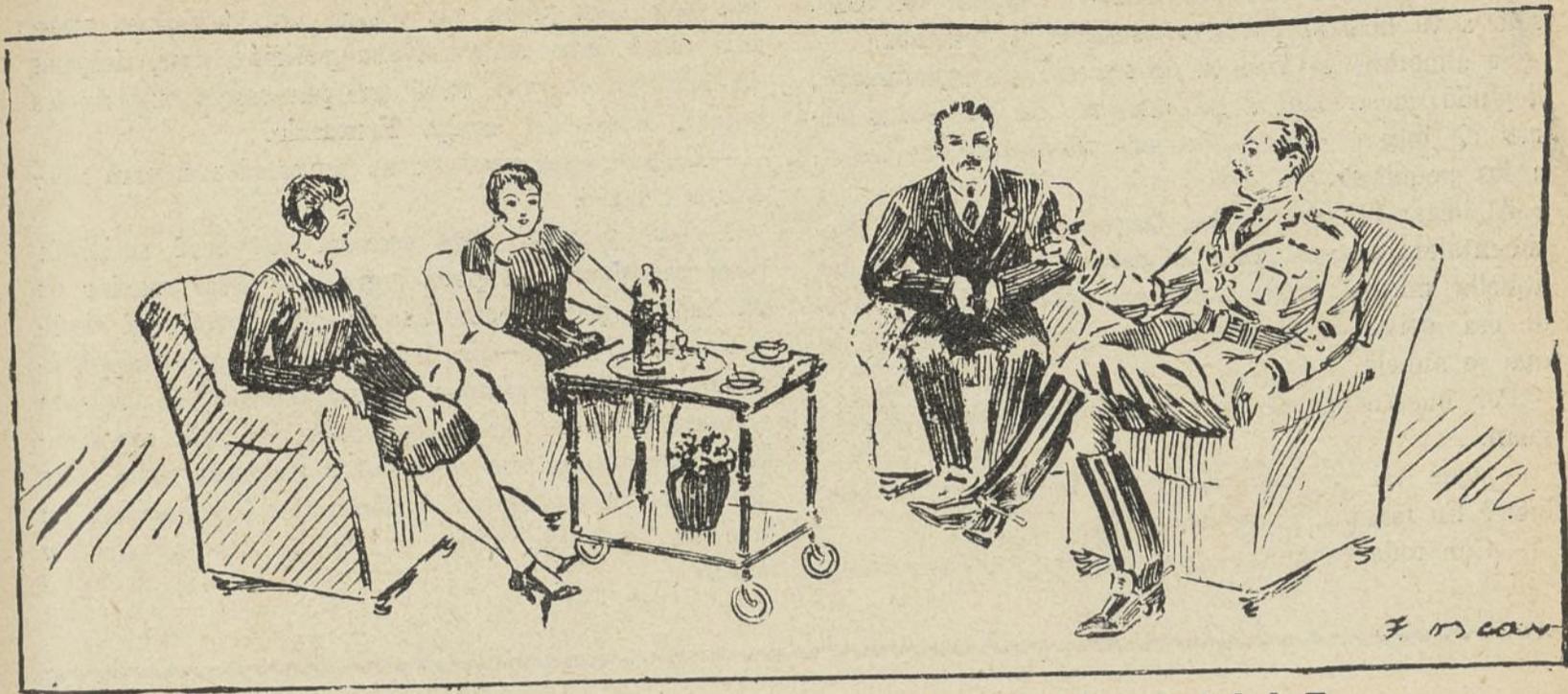
Todo lo cual no quita para que las gentes civilizadas se gasten muy buenos cuartos en su adorno personal. Recuérdese que las damas adineradas de

Londres usan en las grandes solemnidades de la corte pañuelos de encaje que valen, el que menos, mil libras esterlinas, pues el lino con que se elaboran los encajes se vende a 500 libras los 450 gramos, y eso en las épocas más favorables.

Y, ya que hablamos de objetos de indumentaria costosos, diremos que por un traje de corte, de *moi-ré antique* con brochado de oro y adornos de perlas, confeccionado en París con destino a una millonaria americana, pagó su dueña 37.500 francos. Tan carísima prenda fué, no obstante, sobrepujada por el manto de armiño que los nobles de la provincia de Kerson presentaron, hace veinte años, a la emperatriz de Rusia, y que estaba valorado en unas 300.000 pesetas.

Uno de los trajes más ricos que se han hecho es el que regaló a Mozart el emperador Francisco I de Austria. Era todo de seda, con magníficos bordados de oro, suponiéndose que su coste debió ascender a 75.000 pesetas, próximamente.

La pintora y música inglesa Mrs. Montagu Erskine poseía una capa de pieles, acaso única en el mundo. Como todo el abrigo estaba compuesto exclusivamente de orejas de ardilla, habiendo entrado en la confección de la prenda 10.000 de dichos apéndices. ¡Calcúlese lo que costaría el orejudo abrigo!



DE LOS QUE NO OLVIDAN DETALLE

Cuando parecía habernos olvidado, la casualidad en forma de halagüeño encontrón, nos puso delante a nuestro buen amigo Fernando; había de ser así: con violencia, que no es la Puerta del Sol—hasta ahora—sitio el más adecuado para ir estudiando completamente embelesado la novísima Cartilla del Esepranto.

—¿Dónde tan de mañana?—le preguntamos.

—Ya lo ves; preparando el viaje; las anunciadas operaciones de policía, me han hecho renunciar a la licencia, y esta misma tarde marchó otra vez para Africa. Por cierto—añadió—, que bien pudiéramos almorzar juntos en este mi último día de los Madriles.

—Sea; pero con una condición—. Y, acordándonos de *sus cosas*, la impusimos, añadiendo:

—Como no he avisado en casa y tengo al pequeño un poco malucho, ha de ser en ella, te convido.

Si tienes algo que ultimar, despacha cuanto antes; ya sabes: te esperamos hasta las dos. ¿Hace?

—¡Definitivo, chico!; a la una me tienes allí como un clavo! ¡Con las ganas que tengo de echar un parrafazo con los tuyos y admirar la feliz vida de familia que os gozáis!

—Y que podrías llevarte si la desearas.

—Aún no ha llegado mi hora; me atraen más este vivir de la guerra y el ansia loca de saber nuevas cosas...

Atajándole en sus divagaciones, que podrían conducirle a demostrarnos las excelencias de la nueva lengua universal y sus relaciones con su viaje a Matruecos, le dejamos con la palabra en la boca, repitiéndole varias veces: —“Ya lo sabes, hasta las dos.” Y recordándole las señas de nuestro domicilio, no visitado ciertamente por vez primera, pues nos une sólida y fraternal amistad, no entibiada aún, ni por

las rarezas dimanantes de la festiva neurastenia que padece.

En contra de lo esperado, fué esclavo de la puntualidad.

Antes de las dos, dejando en la puerta un refulgente “taxi” de los de franja azulada, hacía su entrada en nuestra casa, correcto y campechano, con ese don especial que sólo se adquiere por el perfecto enlace de la educación y el cariñoso trato, haciendo pensar a las señoras en las excelencias de tan buen amigo, al que desde luego incluyeron en el fino grupo de *los que no olvidan detalle...*

Flores para ellas, bombones para los chicos y, sin olvidarle, para el pequeño enfermito, un balón suicida, capaz de hacernos temblar por el día en que, repuesto y levantado del lecho, forzosamente empezaría a dar trabajo al vidriero.

Su jovialidad encantadora nos hizo pasar las horas en el saturado ambiente de optimismo tan necesario en toda inicial sociedad—llamada familia—, donde se presentan a veces arduos problemas que se resuelven sólo por la intervención de la Divina Providencia.

—Pero, hombre, despacha a ese “auto”—insistimos varias veces—; ¿no es una tontería abonar esas horas de espera? Antes de que te marches, telefoneamos y viene otro, ya que Madrid—por lo visto—te hace olvidar que aquí no asustan las distancias, todas relativas—y brindándole el manoseado chiste: “todas relativas, puesto que no pasan del Metro”.

—Igual nos da; así, lo tengo a mi disposición en cualquier momento, y siempre es un crédito para la vecindad que un coche elegante espere a una visita de nuestra casa.

—No se hable más del asunto; después de todo, sólo a tu bolsillo puede interesarle la cuestión.

Se almorzó; se hizo la sobremesa correspondiente, dejando encantadas a las señoras con sus cosas llenas de ingenio sano; con sus travesuras y juegos, a los pequeños.

Al llegar la hora de las despedidas, brotaron sentimentales consejos para el entusiasta guerrero, que aquella misma tarde marcharía para Africa, lleno de esa altiva complacencia que produce siempre lo que se anhela.

Por nuestra parte, le acompañamos hasta el zaguán...

—¿Qué tal lo has pasado? ¿Te hemos tratado bien? En familia, ya lo has visto.

—Con toda confianza—nos repitió; y al estrechar-

nos contra su pecho por última vez, deslizó en nuestros oídos esta sorprendente petición, que, después de todo lo acaecido, tuvo que parecernos una de *las muchas cosas* del amigo Fernando.

—Déjame cien pesetas: no tengo ni aun para abonar el "taxi".

A eso, y más, llega nuestra fraternal amistad; pero conociendo el poco lugar que debe quedar en su cabeza para recuerdos de esta índole, al dedicarle estas líneas—*sin indirectas*—, sonrió espontáneamente al acordarme de las señoras de la casa—desconocedoras de la apoteosis con que me honró—, encantadas aún ante tanta gentileza, ante tales derroches de galantería, y pensando, complacidas, en que tan excelente amigo es de *los que no olvidan detalle...*

E, G, A.

CUENTOS JUDIOS

Salomón e Isaac juegan a las cartas; de repente el primero exclama:

—Isaac, haces trampas.

—Te equivocas; no las hago.

—Mientes. ¡Tramposo! Canalla! Eres bien digno de tu familia. Tu padre murió en presidio; tu madre fué una sirvergüenza; tu hermano un estafador y tú un tramposo. ¡Canalla!

—Vaya, vaya, Salomón—dice Isaac con mucha calma—. ¿A qué hemos venido aquí? ¿A charlar o a jugar a las cartas?

* * *

Moisés acaba de morir repentinamente en un café. Bloch y Samuel corren a casa del muerto. Cuando llegan, Sara, su mujer, está pelando patatas para la cena del matrimonio.

—Buenos días; sentaos—les dice.

—¿Sabes por lo que venimos a verte?

—No—contesta Sara, siempre pelando patatas.

—Pues Moisés...

—¿Qué le ha pasado a Moisés?

—Una cosa grave...

—¿El qué?

—¿Que acaba de morir repentinamente!

—¿Que ha muerto repentinamente! ¡Podíais habérmelo dicho antes y no hubiera pelado tantas patatas!

* * *

La señora de Máyer va a casa de un comerciante judío y quiere comprar un mueble; pero el dueño se niega a venderlo, ya que como sábadó su religión le prohíbe tocar dinero.

—Venid el lunes y os lo llevaréis—dice a la señora.

—Está bien; hasta el lunes.

Apenas ha comenzado a bajar la escalera oye una voz:

—¿No me podría dejar señal?

* * *

Lévi va a casa de Rotchsild y pide permiso para ser recibido. El secretario le pregunta el objeto de su visita.

—Es un asunto particular y para el que deseo ver al señor Rotchsild personalmente.

—Lo siento mucho; pero ahora está muy ocupado. Pídale una cita y exponga en una carta el motivo de su visita.

Lévi chilla tanto y arma tal escándalo, que al fin Rotchsild le recibe.

—¿Qué desea usted?

—Quería ahorraros un millón.

—¿De qué manera?

—Muy sencillo: ¿usted tiene un hija casadera?

—Sí.

—¿Usted le da dos millones de dote?

—Sí.

—Pues bien; démela a mí, por un millón solamente.

* * *

El gran turco, queriendo poner a prueba la bravura de sus súbditos, hizo llamar a su presencia, un día, un griego, un armenio y un judío. Blandiendo una enorme pistola, hizo como si los fuera a matar. El griego se esquivó, el armenio imploró perdón y sólo el judío permaneció quieto.

—¿Qué quieres en recompensa de tu valor?—díjole el sultán.

—Unos pantalones. Vuestra Majestad me ha dado mucho miedo.

E.



NARRACIONES
TOLEDANAS
POR MARIANO CAMPOS

EN ESTA PIEDRA LOS PUSO

(Conclusión.)

Pasáronse los días y al cabo de más de veinte, supo Ana del Campo, por su hija, que Diego apostara con Lorenzo quinientos reales.

—Hace ya seis noches, madre mía, que hube de escuchar desde mi aposento las palabras de mi padre y ese señor soldado que tanto viene a visitarle, aunque sé que no es sólo su compañía la que busca; pero voy a lo que importa. Me huyó el sueño de los ojos por la desazón de la calor y acerquéme a la ventana, y de allí vi como ese Diego y mi padre casi disputaban. Era ya más de media noche y, en el silencio de ella, pude oír, a pesar de lo velado de la voz de ambos, cuanto dijeron; y ello es que, como siempre, andaban a la greña de si la espada hacía esto o lo otro o dejaría de hacerlo. Agrióse la conversación, pues ya sabéis, madre mía, cómo mi padre se pone de malhumorado cuando de este negocio se trata, y vino a apostarse con Diego quinientos reales a que partía pedazos de la piedra que éste señalase para la prueba; y ahora viene, madre mía, lo que me quita el sosiego y el sueño y me hace temer algún mal para mi querido padre. Y es—siguió diciendo a su desazonada y ansiosa madre— que la piedra de la prueba es la misma donde la Santa Virgen puso los pies y que sabéis está expuesta en la Catedral a la devoción de las gentes; cosa que Diego hace por creer, sin duda, atemorizar con el sacrilegio a mi padre y temer acaso que si es en otra piedra pueda perder la apuesta.

—Yo haré—dijo Ana sollozante— que tu padre ceje en su empeño, pues es tentar al cielo, y éste ha de enviarle terrible castigo y a nosotras mismas, si se lo consentimos.

Salió en esto la prudente madre a avistarse con su esposo que martilleaba, según oía en la forja, y llegando a él con lágrimas en los ojos y el desasosiego en todo su cuerpo, le dijo que sabía su apuesta; que no hiciese caso del malhadado soldadote, exponiéndose a caer en pecado, que la Inquisición haría pagar con la horca o con el fuego y el cielo con el infierno.

—Dejad, amado esposo, esta cuestión y venid a razones y enviad enhoramala a quien se dice amigo y busca vuestra perdición y nuestro mal; bien veo que ignoráis el amor que confesó a nuestra hija, y el des-

precio de ella quiere cobrarlo con el daño vuestro y de todos nosotros. ¿Por qué ha de ser esa y no otra la piedra para probar la espada, sino porque teme la forjéis tan recia que ganéis la apuesta? Comprended Lorenzo cómo obra de torcidamente y no déis ya nunca oído a sus malas razones.

—No temáis Ana—dijo a esto Lorenzo—, que me ocurra mal alguno, pues he de llevar a cabo la prueba de noche o al caer de la tarde, sin otro testigo que Tomás el viejo. Y fuérame más en mi empeño, el conocimiento del amor que por nuestra hija siente ese malvado, pues lo es, y tenéis razón diciendo que busca mi afrenta en venganza de su desaire. Mas no será pequeño el mío si no lo afronto todo y aunque no quiero decir que no temo castigo divino, tampoco lo espero, pues mi intención no es de pecar y sí de dejar mi buena fama incólume.

Repuso a esto Ana que su fama no había de ganar ni perder en esta porfía, pues la falta de testigos traería silencio a su triunfo o a su fracaso. Con estas y otras pláticas siguieron largo rato, comprendiendo al cabo Ana lo inútil de su intención de hacer desistir a Lorenzo. Comunicó a su hija la entrevista y decidieron al siguiente día pedir consejo a Luis de Ayala, pues del padre de éste temían que antes aprobase la decisión de Lorenzo que la disuadiera. Y así lo hicieron aparte, y comunicaron al galán todo lo ocurrido, el cual, ya enterado dijo:

—Bien veo que en este negocio no hay modo de impedir que Lorenzo el viejo haga lo que se ha propuesto y creo de lugar buscar el medio de que no se lleve a cabo el sacrilegio, ni tampoco quede como peor espadero de lo que cree ser.

—Cosas son estas tan contrarias, que de conseguir una es perder la otra—dijo Ana.

A lo que repuso el mozo:

—Estudiaré la manera de hacer una espada igual a la de Lorenzo en todo, pero con un artificio en su hoja que permita a ésta esconderse, encogiéndose, centro del puño, a modo de esas que emplean los pícaros de la pantomima, simulando atravesarse o tragar un estoque hasta la cruz.

—No será esta buena salida—dijo Isabel—, que al ver la piedra libre de golpe y deterioro caerán pron-

to todos en la cuenta del engaño; más vale que la hoja se quiebre en mil pedazos, como ocurrirá si se atreve mi padre a esgrimirla contra la sagrada piedra, y por si no cumple a Nuestra Señora hacer este milagro, pienso que lo más acertado es que la espada fabricada por vos sea de pobre temple para no aguantar sin quebrarse el choque. Yo misma habré de cambiársela después de probada la que mi padre forje, y si no advierte el engaño al pronto, no lo sabrá nunca de turbado que quedará si ve la que cree tan recia espada, hecha mil pedazos, que podréis recoger vos mismo para evitar, sin duda, que luego los remire y sopesé y pueda comprender el fraude.

Mostráronse conformes Ana y el mozo con este recurso y ya pasados varios días que empleó Lorenzo en su obra pero ocultando de todos su trabajo, tanto como antes lo mostraba, pudo Luis llegar hasta el aposento del viejo, aprovechando una corta ausencia de éste, y vió hasta cuatro hojas iguales de tamaño y forma, sin desbastar aún, pero muy bien forjadas y sin pelo, grieta ni falta ninguna; tomó las medidas de la espiga a la punta, y al no ver la guarnición ni monterilla de empuñadura preparada, comprendió que aún no había fabricado otra cosa que las hojas que a su vista tenía. Salió tan cautelosamente como entrara, y convino con las mujeres en que le darían aviso del momento en que comenzara el viejo la empuñadura, para él hacer otra en todo semejante.

* * *

Ni el paso del tiempo, ni el olvido, ni el cambio de costumbre, resta valor a aquello que el genio creó, poniendo en la obra más espíritu que materia. El perdurar eterno de las almas, lleva consigo la vida, eterna también, de sus obras. Y en ningún lugar puede comprobarse ésto, como recogiendo el ánimo bajo las austeras, al par que graciosas naves de la Catedral de Toledo. El amante de las artes, por serlo; el profano, por conocer lo que ignora; el extranjero, el creyente o el ateo, todo el que sienta hondo, se ha de sobrecoger de admiración ante una obra en la que en cada piedra hay hálito de vida, de latir de corazones devotos, murmullo dormido de plegarias, rastros de sudores, pátina de siglos, evocación de milagros. La imaginación no reposa, movida por tanto recuerdo, espoleada por el ansia de comprender cuanto la vista alcanza, la memoria viaja sin cesar y la quietud y el silencio no son de tumba, sino de mar en calma; allí reina la muerte, aquí la vida, aunque no se percibe al pronto. ¿Y cómo no ha de latir vida si dedicaron y consumieron la suya tantos artistas de la pintura, de la escultura, orfebres, vidrieros, marmolistas y rejeros? La contemplación de tanta maravilla, trae al ánimo absorto las más variadas impresiones. Mármoles de todos colores, esculpidos formando las más caprichosas tallas y figuras; plata labrada en lámparas, imágenes y altares; lienzos y pinturas murales de gran belleza, verjas que agotaron una vida en su forja, retablos espléndidos, encajes de piedra, hornacinas y

relieves, tumbas en lo alto y en el suelo, y todo tan armonioso siempre, igual bañado por la luz como de iris del sol, atravesando las coloreadas y maravillosas vidrieras, que a la mezquina y oscilante de una lámpara de aceite. Y como sus reflejos, van los ecos de los cánticos y rezos amorosamente a extinguirse, después de resbalar besando la faz de piedras, mármoles y tallas, igual que las espiras del humo del incienso. La rugosa mano de los siglos lo ha suavizado y unido todo de manera que cada cosa da idea de no tener mejor lugar donde asentarse y lucirse que el suyo, y allí no hay juntura ni grieta por la cual se escudriñe dónde empieza y acaba el mármol, o la piedra, o la madera, o el hierro, que todo parece un solo material acarreado y dispuesto por manos de ángeles; y así resultan las partes como el conjunto, tan armonioso, homogéneo y bien acondicionado, tal que en las mismas entrañas de la tierra están unidos estrechamente la plata y el oro con la piedra, la piedra con la tierra, la tierra con la raíz y todo con la armónica disposición con que lo repartió y compuso la mano de Dios.

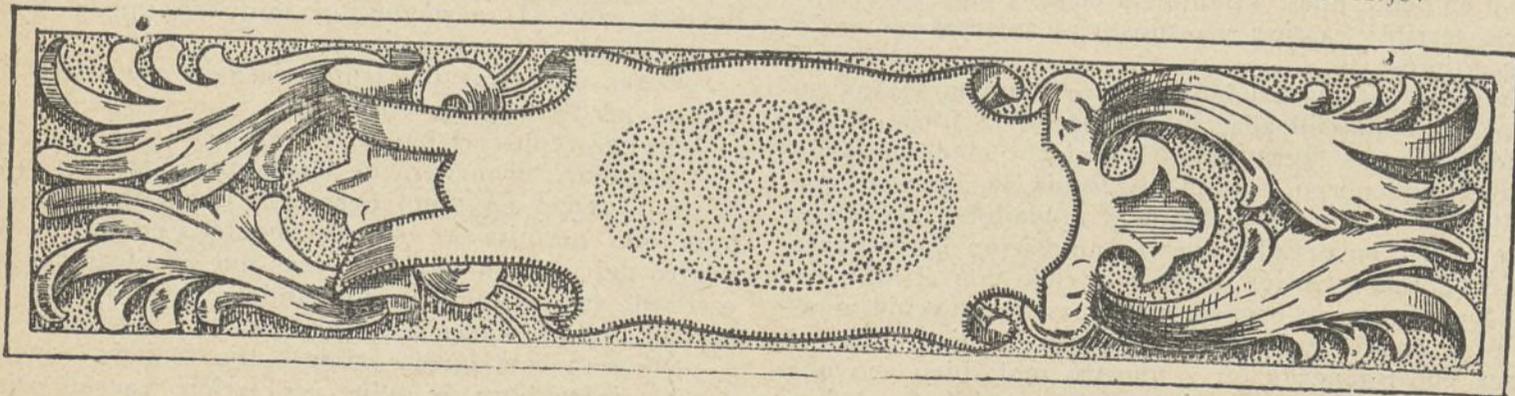
.....

Ha terminado el coro; los canónigos y prebendados pasan a la sacristía; despójense de sobrepellices y luego salen por las puertas de la Chapinería y del Niño de La Guardia. Quien reza da fin a su plegaria, vanse los curiosos, escúchase chirriar de cerrojos y lento arrastrar de pesadas puertas: la hora del Angelus se acerca y las últimas claridades del día esfúmanse lentamente, semejando acogerse a los rincones y allí ocultarse. Los pertigueros pasean por el templo sigilosos.

Alguien susurra un rezo, no se sabe ya dónde, y este rumor se borra con el que producen las pisadas de tres desconocidos al aproximarse al lugar donde se venera la Santa Piedra. Dos miran a su alrededor, el otro abre la capa y asoma su brazo empuñando recia espada.

Hay un instante de quietud en los tres personajes. El armado da una estocada que no produce ruido ninguno, y al momento se oye el de caer como de cristales. La espada se ha quebrado en pedazos. Luis el mozo, Ana e Isabel, anhelantes, se aproximan a los desconocidos, y la prudente Ana habla:

—De nada sirvió que descubrierais el engaño nuestro y trajerais la espada forjada por vos mismo. Tanto vale una como otra para el menester en que queríais emplearla. La Virgen os perdone y su divino Hijo. Ahí está la Santa Piedra, y en ella hicieron mella las manos de los fieles que se acercaron fervorosos. Más dura es la piedra que sus manos, y no éstas, sino aquélla, es la que perdió en el contacto polvo divino que dejó sobre la humana carne. Ni un rasguño ha sufrido de tu espada. Toca y ve estas señales que tiene; pero toca con fe y con amor, con el corazón puesto en Dios; que esta Santa Piedra es emblema de fe y tan sólo piadosos fervores la hienden y horadan: ¡La Virgen nos perdone y su divino Hijo!



Napoleón y España

El curso a través de su correspondencia. Nuevas cartas sobre los asuntos de España

A Mr. de Talleyrand, Príncipe de Benavento, Vice-Gran Elector.

Bayona, 9 de mayo de 1808.—Si el Príncipe de Asturias se hiciese amigo de alguna mujer bonita, en la cual podamos tener confianza, no vendrá mal, pues nos proporcionará nuevos medios de vigilarle. Es importantísimo para mí, que el Príncipe de Asturias no dé un paso en falso, y por eso quiero que se distraiga y que esté ocupado. En buena política hubiera habido que enviarle a Bitche o a otra fortaleza, pero como por sí mismo se ha arrojado en mis brazos y me ha prometido no hacer nada sin orden mía y además, como todo marcha en España a mi gusto, he decidido mandarle a un lugar campestre, rodeándole de diversiones y sin dejar de vigilarle.

A Mr. Fouché, Ministro de Policía.

Bayona, 21 mayo 1808.—Por París circulan una porción de desatinos sobre los asuntos

Mucho se ha escrito acerca de Napoleón, de su crueldad, de su brutal egoísmo, de su soberbia y de la mezquindad de su espíritu. Para ver al hombre tal cual era por dentro, sin disimulos ni oropeles, hay que leer las comunicaciones y órdenes suyas. Su ruindad palpita en la clase de lazos que tiende al príncipe de Asturias (Fernando VII) creyéndole tonto, en las frases que emplea al hablar de los heroicos españoles, en los que dice de Palafox y en lo que hizo con él y en sus comunicaciones todas. He aquí algunas de ellas.

de España. Todo se debe a un artículo sobre Toledo, que con intención malévolamente se ha publicado en casi todos los periódicos. Ni en Toledo ni en Burgos, ha habido efusión de sangre.

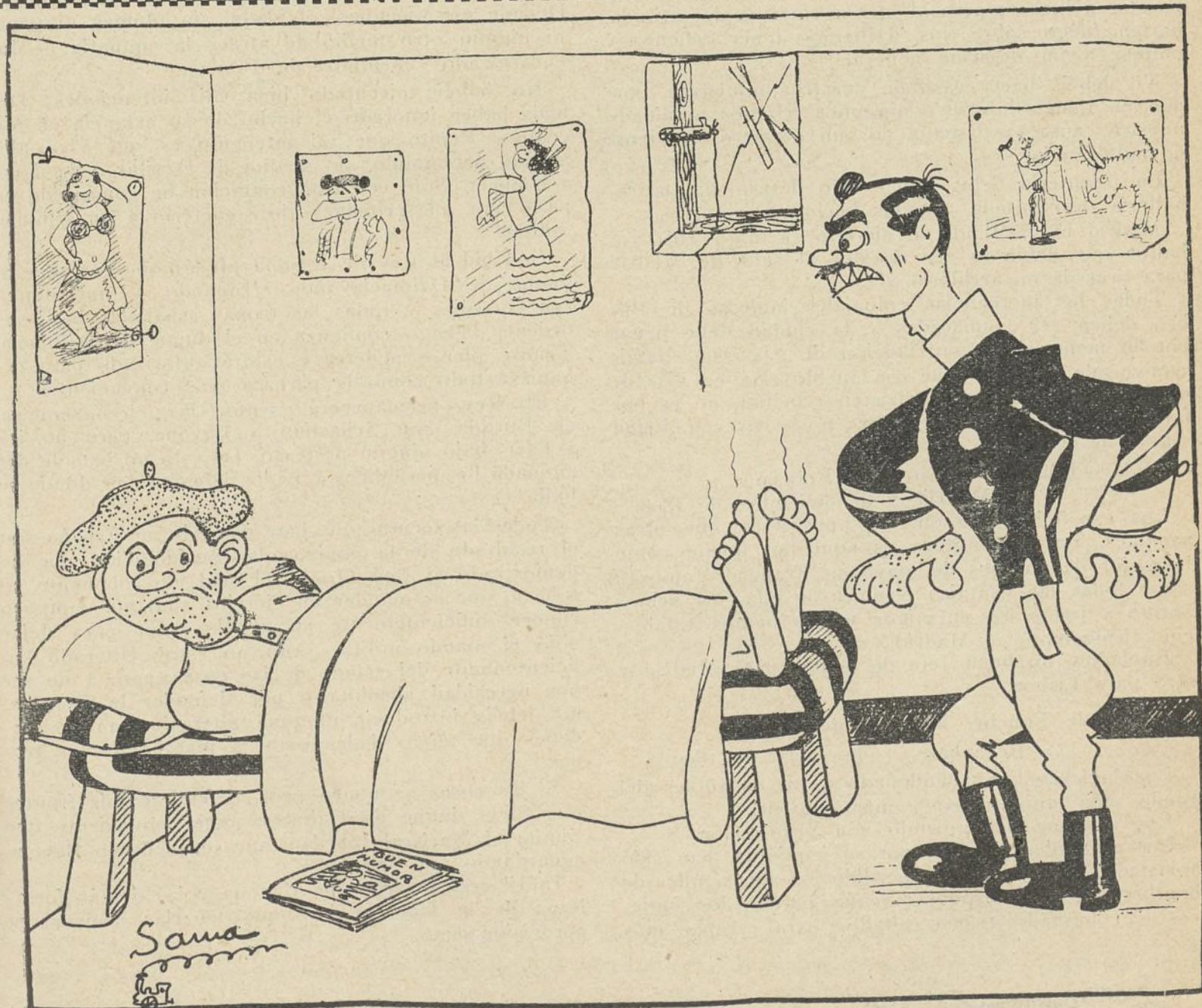
El único sitio donde la ha habido, ha sido en Madrid.

Allí no han pasado de veinticinco los franceses muertos, y el número de los heridos no pasa de cincuenta.

Los españoles que hemos matado eran todos agentes de sedición o alborotadores de baja estofa; hombres pacíficos no ha perecido ninguno, y las pérdidas de los españoles no han sido tan considerables como en un principio se creyó.

Al Mariscal Soult, Comandante segundo del gran ejército, en Stettin.

St. Cloud, 23 de agosto de 1808.—Dupont se ha deshonrado por completo a sí mismo y



El sargento.—¿Cómo es eso? Tenía usted que incorporarse a su regimiento ayer y se queda tranquilamente en la cama?

El soldado.—Es que no me puedo incorporar porque tengo reuma en el espinazo.

ha deshonrado mis armas. Las operaciones que ha llevado a cabo el mes de julio, han estado presididas por la ligereza, la cobardía y la tontería y han echado a perder mis asuntos de España.

El daño que ha hecho no es nada, comparado con el deshonor. Los detalles del asunto, que deseo ardientemente guardar lo más secreto posible, excitan extremadamente mi indignación. Algún día todo podrá ponerse en claro y el honor de nuestras armas quedará limpio.

A José Napoleón, Rey de España.

St. Cloud, 8 de septiembre de 1808.

Los cinco o seis individuos arrestados en Bilbao por el general Merlin, deben ser condenados a muerte especialmente una persona señalada como Gobernador general por la proclama de la Junta. Si no obráis con rigor, esto no tendrá fin. Esto es muy importante.

A José Napoleón, Rey de España.

St. Cloud, 9 de septiembre de 1808.

Las provincias que ocupéis, deberán, puesto que pueden, facilitaros provisiones. La población española es baja tanto como puedan serlo los árabes. Os recibió bien en Burgos y os recibirá bien en todas partes, porque tenéis tropas numerosas y dispuestas a luchar; pero al menor síntoma de retirada, harían fuego sobre vos. Debemos tener rehenes y obligar a un desarme general.

No debéis hacer caso de vuestros ministros, porque no tienen informes ningunos. Hemos arruinado nuestra causa en España por un desastroso sistema de indulgencia.

La infantería debía haber sido desarmada, la caballería desmontada y todos hechos prisioneros.

Madrid ha facilitado al ejército enemigo 2.000 caballos que debieron ser cogidos al salir de Madrid para tirar de mi artillería.

Todas las mercancías coloniales inglesas de Bilbao deben ser confiscadas y la ciudad debe pagar por lo menos una contribución de 2.000.000. Estáis equivocado si creéis que ese pueblo está en vías de quereros bien; si no se alza en rebelión, no es por falta de inclinación, sino porque no se atreven. Estad seguro de ello.

A Mr. Fouché, Ministro de Policía.

Madrid, 7 de diciembre de 1808.

Los españoles no son más perversos que otras naciones. La temperatura es aquí tan buena como la mejor de un mes de mayo en Francia. Vamos a sacar todas las ventajas posibles de ella. Ya hemos batido a todos los enemigos y nos hemos establecido firmemente en Madrid.

Enviadme un buen Jefe de policía para Madrid y otro para Lisboa.

Al Conde Fouché, Ministro de Policía.

Benavente, 1 de enero de 1809.

Los ingleses han abandonado a los españoles del modo más ignominioso y más cobarde.

Los estamos persiguiendo con gran calor.

Los españoles, que forman su izquierda, han sido aplastados. La romana ha perdido los pocos miles de hombres de que disponía. Según parece, los ingleses han buscado 10.000 caballos para escapar más

de prisa. Haced que los periódicos hablen de todo esto. Que se les hagan caricaturas y canciones populares que sean traducidas al alemán y al italiano y circulen en Italia y en Alemania.

Al Príncipe de Neufchatel, Capitán general del Ejército de España.

Valladolid, 9 de enero de 1809.

Informad al general Belliard de mi descontento por la flojedad de su gobierno. Todos los días se asesinan en Madrid súbditos franceses y no ha hecho nada aún. Decidle que deben arrestarse y ser pasados por las armas treinta individuos de los que más se distinguen por su mal carácter. Una cosa igual se ha hecho en Valladolid. Le haré responsable del primer asesinato de un francés a menos que no le siga el arresto de un español.

Al Conde Fouché, Ministro de Policía.

Schonbrunn, 14 de junio de 1809.

He recibido una malévolas relación llena de palabras tontas de ese pillo de Palafox. Me ha molestado que le halláis aceptado y mandado traducir, con lo cual habéis hecho que se sepa que está en Vicennes, cosa que debía haberse guardado en secreto. El villano está manchado con la sangre de más de 4.000 franceses que han asesinado bárbaramente en Zaragoza. Dejadle en Vicennes, olvidado, sin plumas ni papel ni ningún otro medio de atraer la simpatía de los encarnizados enemigos de Francia.

No habéis ejecutado bien mis intenciones. Debíais haber ignorado el hecho de su estancia en Vicennes. Repito que mi intención es que viva allí, aislado del mundo, sin medios de escribir o de darse a conocer. Sólo con esta condición he consentido en pasar por sus crímenes sin someterlo a un tribunal militar.

Escribid al Rey de España (José) que entregue al duque de Dalmacia todo el mando, y que ponga sus Guardias y todas las tropas españolas bajo sus órdenes. Tengo confianza en el duque de Dalmacia. Tendrá plenos poderes y estará autorizado para organizar todo como le parezca más conveniente.

El Rey permanecerá, según las circunstancias, en Burgos, San Sebastián o Bayona, pero no irá a París bajo ningún pretexto. De esto no han de decir nada los periódicos y nadie deberá saber dónde se halla.

Todas las locuras que han sucedido en España son el resultado de la equivocada consideración que he demostrado al Rey (José), el cual, no solamente no sabe lo que es mandar un ejército, sino que tampoco conoce suficientemente su propio valor para dejar solo el mando militar. Aún no estoy enterado suficientemente del estado de las cosas, pero a no ser por necesidad absoluta o por defender la frontera, no debéis introducir ninguna alteración en las órdenes que tengo dadas para la marcha de las tropas.

Si las cosas se ponen peor, defenderé mis fronteras. Si el duque de Dalmacia cree conveniente que dimita el Mariscal Jourdan, que se quede en Bayona aguardando mis órdenes.

Inútil creo deciros que Bayona y las demás fortalezas de la frontera hay que tenerlas armadas y aprovisionadas.





Fray Pedro el Arcabucero

El fraile de armas tomar y el cura guerrillero, variedades curiosas de un tipo más humano que evangélico, eminentemente nacional, no han sido fruto exclusivo de la vieja España. Trasplantados al nuevo mundo, crecieron allí desde los primeros días de la conquista hasta las últimas guerras de la independencia, como una bendición de Dios y para mayor gloria de nuestra levantisca raza, que cuando no tiene con quién, se pelea consigo misma.

Muchos clérigos y religiosos han vestido en cuatro siglos los marciales arreos; pero ninguno, que sepamos, ha logrado poner el pie delante al R. P. de la Merced fray Pedro Muñoz, famoso en los reinos del Perú por los años del alzamiento de Gonzalo Pizarro (1545-1547), en unión de algunos otros de su Orden, especialmente de un fray Gonzalo, tan bullicioso y andariego como él, aunque no tan conocido.

Gran secuaz y favorito del rebelde, frecuentaba más los campamentos militares que la religiosa clausura; mostraba más ingenio y aptitudes para ordenar una manga de arcabuceros que una devota procesión, y más fervor en celebrar las sangrientas derrotas de sus adversarios que el incruento sacrificio, pues no era el fraile lego, sino de misa.

Furiosos los realistas o leales de sus astucias y jargarretas, dignas, en ocasiones de más grave calificativo, solían decir de él que era *más rufián que fraile y que merecía ser quemado*.

Los pizarristas, en cambio, muy satisfechos de sus servicios, proclamaban a boca llena: *no hay otro fraile bueno sino es fray Pedro*.

Para que la posteridad, entre estos dudosos pareceres, no dudase, escribía de su puño y letra el mismo interesado a Gonzalo Pizarro, hablándole de La Gasca, religioso como él, aunque de muy distinto vuelo: *Cuando el diablo quiere engañar a alguien, viste el hábito de fraile*, remachando el clavo en carta posterior, escrita desde Trujillo, donde dice, hablando de cierto hábil agente del pacificador del Perú: *Aquí vino Paniagua, y va tan disciplinado de lo que a todos nos oía, que es maravilla, y aun espantado de*

ver hombres tan sinvergüenza como nosotros. Yo me huelgo mucho.

Conocido más que por su apellido de familia, fué en vida nuestro mercedario por el de fray Pedro el Arcabucero; no sin motivo, como verán nuestros lectores, para tan belicoso sobrenombre.

Solía traer este fraile de armas tomar, a diario y debajo del hábito, un arcabuz, que manejaba en los combates con extraordinaria habilidad, si bien antes de dispararle sobre su enemigo, cuya muerte era segura, tenía la piadosa costumbre de pronunciar con verdadera compunción el *Ego te absolvo* para que, con la vida terrena, no perdiera el pecador la esperanza de la salvación en la otra.

Tan grande era su afición a las armas de fuego, que, desprovisto de ellas en cierta ocasión, escribía a su valedor Gonzalo Pizarro: "Envié a suplicar a Vuestra Señoría me enviase una escopeta que tiene Luis de Almas: Vuestra Señoría me la envíe, que hombre tan condenado como a mí me hacen los fermentidos, *no es razón sino que del todo me conozcan*, así que Vuestra Señoría me haga merced della, que ya la guardaré mejor que la otra."

Si la emplearía o no bien, dadas sus buenas disposiciones, no es necesario decirlo. Solo o acompañado de su inseparable fray Gonzalo, recorría inmensas distancias, iba y venía sin cesar de un campo a otro, trayendo y llevando noticias y confidencias, animado siempre de plausible celo proselitista en favor del pizarrismo.

Escapado a duras penas, en una de estas correrías, de manos de los realistas, tuvo el dolor de ver pasarse al enemigo, con hábitos y arcabuz, a su inseparable fray Gonzalo: que la nueva Castilla se parecía a la vieja en *hacer hombres y gastarlos*.

Sus guerreros ánimos no decayeron por eso. Colocado en la batalla de Guarima al frente de sus arcabuceros, dejó acercarse hasta treinta pasos de distancia un escuadrón de realistas, y de una sola rociada hizo morder el polvo a ciento cincuenta de ellos.

A pesar de su fervor antirrealista, justo es diga-

mos, en honor de la verdad, que, lejos de mostrarse implacable con los vencidos, utilizó en los últimos momentos a fray Gonzalo, que cayó prisionero de Carbajal, y fué colgado de un árbol, como antes lo había sido el P. Pantaleón.

Pero, ¡ay!, como la vida es la muerte, y nuestro fray Pedro, que había puesto su travesura y su arcabuz al servicio de los pizarristas, no pudo escapar a su triste sino, que cortó en flor sus campales hazñas.

Denunciada al presidente La Gasca no sé qué tenebrosa conjura contra su persona, trazada por fray Pedro, que a dicho fin, y vendiéndose por leal, había llegado al campo realista, mandósele preso al convento de Santo Domingo, en Lima, donde algo después recibió la infausta nueva del desastre de Pizarro, seguido de su ejecución con algunos de los pocos partidarios hasta el fin fieles a su causa.

Y pudo darse por contento con librar la vida, pues amagos hubo por parte de los realistas de quitársela, en merecidas represalias de la de su cofrade fray Gonzalo, evitando de esta suerte a la Merced registrar dos mártires más en sus anales, en lugar de uno solo.

Dios lo dispuso, sin embargo, de otro modo. Ignoramos si sufrió la pena de galeras a que fué condenado, o si únicamente padeció reclusión en un con-

vento de su Orden. Lo cierto es que, transportado a la Península, con algunos antiguos pizarristas, pasó aquí el resto de su vida, y sin duda murió arrepentido de sus culpas con edificación de sus hermanos.

Y así debió ser. Porque, transcurridos más de dos siglos después de su tránsito, otro fraile de la Merced, deseoso de perpetuar los nombres de los primeros apóstoles de su Orden que pasaron al Perú a lavar con sus lágrimas y buenas predicaciones las manchas de la sangre derramada por los feroces soldados de la conquista, colocó a fray Pedro en dicho número.

Aun hizo más. Bien porque pareciera violenta al piadoso P. Naharro la interpretación del mote, bien porque creyese que sobraba el artículo, o acaso para evitar indiscretas sospechas de algún lector mal pensado, hizo del *alias* un inofensivo apellido materno, transformando por éste ante el nombre y el sobrenombre del belicoso mercedario, en fray Pedro Muñoz Arcabucero, quedando así en disposición de figurar sin desdoro de Orden tan cristiana entre los misioneros de buena memoria, que los hubo a carta cabal virtuosos, y hasta santos, conducidos por don Diego de Almagro al Perú en el año de gracia de 1532.

Dios sea loado.

ANGEL STOR

CURIOSIDADES

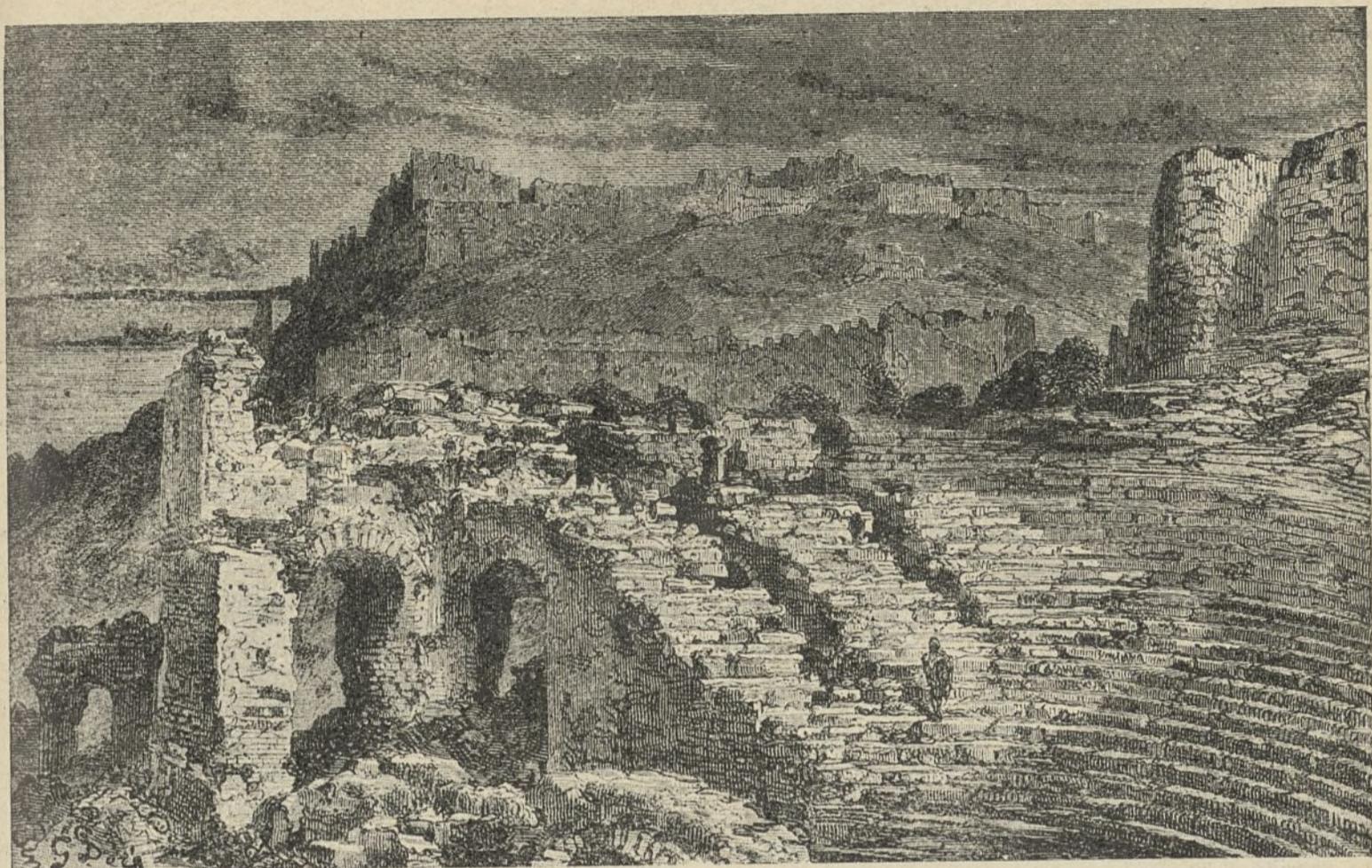
Cuando los Lores resisten

La Cámara de los Lores hase visto muchas veces humillada por la Cámara popular y por los jefes del Gobierno. La primera ocasión en que ocurrió esto fué en tiempos del Rey Carlos I, cuando la Cámara de los Comunes tenía entablado su duelo a muerte con el Monarca, en contra de la opinión de la Cámara de los Lores. No siendo éstos fácilmente reducibles, decidió la Cámara popular, en vez de perder el tiempo en estériles discusiones, disolver la Alta Cámara. Y, en efecto, un bello día fueron puestos en la calle duques, condes y arzobispos, quedando cerrado dicho palacio de las leyes por espacio de más de doce años.

En 1711, el jefe del Gobierno, vizconde de Bolingbroke, hombre atrevido y nada escrupuloso, quería terminar a todo trance la desastrosa guerra existente con Francia desde hacía veinte años. Al efecto, tenía redactadas las bases del Tratado de Utrech, y que para ser válidas debían obtener la aprobación de Lores y Comunes. No opusieron los segundos dificultad alguna a las mismas. En cambio, los padres conscriptos declararon que ellos no aprobaban el Tratado, y, por tanto, podía continuar la guerra. Enterado de ello Bolingbroke, se limitó a informar a los Lores,

en una comunicación fría y lacónica, que si ellos se negaban a apoyar el Tratado, serían creados nuevos Pares que no fuesen tan difíciles. Y, en efecto: uniendo el hecho a la amenaza, situó el primer ministro bajo las ventanas de la Alta Cámara un regimiento de la Guardia, conminando a los senadores a dar su voto favorable, bajo pena de ceder los escaños a los soldados, hechos lores de golpe y porrazo. Los honorables padres de la patria no cedieron, por el pronto, a la intimación del primer ministro; pero al ver que éste empezaba a distribuir entre la tropa nombramientos de Pares, y que ya habían penetrado doce de estos nuevos legisladores en la sala de sesiones, se rindieron incondicionalmente.

El Gobierno liberal de 1832, presidido por el conde Grey, empleó con los Lores la misma amenaza para obligarles a votar el *Reform Bill*, que aquéllos odiaban profundamente, puesto que disminuía las prerrogativas y facultades de la Alta Cámara, y que tuvieron precisión de aceptar para no verse reemplazados en sus funciones por otros legisladores improvisados.



SAGUNTO, LA INMORTAL

Aunque otra cosa crean los llamados hombres prácticos, quizá por aquello de "dime de lo que presumes y te diré lo que no tienes", viajar siguiendo huellas de nuestros antepasados, detenerse en los lugares que fueron teatro de sublimes epopeyas, es placer de dioses, que sólo los ñoños podemos sentir y disfrutar.

Sin embargo, lo que a primera vista parece ser tan sólo goce espiritual fantástico, por lo que satisface la curiosidad, tiene bastante de material, es algo así como una ratificación de históricas narraciones que distrae, agrada, ¡quién sabe, incluso, si puede servir para restablecer una verdad maliciosamente encubierta!

El sport de viajar, sea cualquiera su finalidad, ofrece variados alicientes, todos respetables; pero acaso ninguno tenga mayor interés, en cuanto a transmitirlo a los demás, que el de escudriñar dónde fueron los sucesos históricos que nos contaron.

He de hacer, no obstante, una excepción: el que motiva estas líneas; mi viaje a las alturas donde aun parece flotar el más fiero espíritu de independencia y dignidad no tuvo por objeto contrastar, rectificar. ¡Son tantos los siglos que pasaron!

Fué sólo exaltación romántica lo que me llevó a rendir un homenaje espiritual a los que, víctimas de la lealtad, sucumbieron ante las hordas organizadas de los cartagineses de Aníbal; algo así como deseo

de sentir en 1926 el trágico poema representado doscientos diez y nueve años antes de Jesucristo.

A poca distancia de la estación, a la que un ferrocarril aragonés dobló la importancia, por un camino siempre ascendente, se llega junto a los muros de Murviedro; así se llamó hasta 1868 la construída no lejos de las ruinas de la heroica Sagunto.

Más allá de las ruinas del circo romano, acaso el de mayor magnificencia construído en la Península, permiten, ayudándose con mapas, textos y dibujos, casi reconstruir la que fué ciudad aliada de Roma la soberbia.

Encaramado en uno de los puntos de mayor horizonte, pude comprender por dónde se extendieron las murallas, pródigamente teñidas en sangre, y el raciocinio me hizo casi ver materialmente los distintos campamentos cartagineses que sitiaron la ciudad.

En una altura, no lejana, hasta me pareció distinguir la silueta del coloso de los Alpes y los Apeninos, a quien en Capua malas artes empezaron a vencer, hasta hundirlo para siempre, no sin antes haber escrito sabias y gloriosas páginas en la historia técnica militar.

Aun con la mancha que Sagunto supone, ¡cuán grande el caudillo a quien siglos más tarde imitara afortunadamente el genio de Austerlitz, eclipsado *in eternum* en Waterloo!

A la luz de un sol esplendente, creí ver transcurrir

aquellos ocho meses de asedio cruel, talada la campiña, hoy frondosa y rica.

Imaginé distinguir en los torreones, por mi fantasía reconstruidos, cómo próceres y ancianos, con justificada ansiedad, aguardaban mirando a Oriente la salida del astro rey, con la esperanza de que sus rayos alumbrasen la marcha de numerosas naves romanas portadoras del socorro pedido.

El pensamiento me llevó a la contemplación de lo que del circo queda, suficiente para darse cuenta de cómo fuere uno de tantos construidos por satisfacer el grito clamoroso de las muchedumbres anteriores al Cristianismo, que con rugidos de fiera pedían al Emperador *¡panem et circenses!*

Muy cerca de donde me encontraba, un hueco, al decir del guía, antiguo palco de las vestales, evocó en mí el recuerdo de aquellas incomprensibles mujeres, que ofrecían morir vírgenes, y, en cambio, acudían impávidas, casi gozosas, al más inconcebible de los espectáculos.

Algunas bocas oscuras que a flor de tierra se advierten me hicieron pensar en las fieras hambrientas que por ellas saldrían, olfateando rugientes la carne palpitante de los cautivos, en la arena aherrojados.

La terrible evocación me hizo apartar de aquellos lugares, tan lejos de producirme las sensaciones que fui a buscar.

Vacilando más de una vez, seguí o creí seguir el contorno de las murallas, contrariándome en alto grado en no poderme situar donde fué la plaza, en que alhajados, ancianos y mujeres fueron incinerados en hoguera colosal; ni un vestigio, ni el más insignificante rastro que permitiera decir: ¡Aquí estuvo la pira del honor!

Sin embargo, permanecí un instante silencioso, descubierta, con el pensamiento fijo en aquel día, acaso una de las jornadas más horribles de la Humanidad.

El estrépito de una hélice que a cientos de metros sobre mi cabeza hacía trepitar el aire, me volvió a la realidad y a la época en que, por fortuna o desgracia, nací.

Entre la tierra por mis pies pisada y las alas del avión, vi un espacio de dos mil seiscientos y pico años; la tierra era la misma; el monstruoso cabalgador de los aires acababa de nacer.

¡Cuántas y cuán distintas consideraciones acudieron a mi cerebro! La civilización, ¿ha humanizado la guerra? No me supe contestar la pregunta... El avión volaba lejos ya... se hundía el sol por Occidente, y sólo pude pensar, para mí, que ayer y hoy, las ambiciones de los hombres son execrables, haciendo dudar si merecen aquéllos los dones de inteligencia y trabajo que al venir al mundo reciben.

Como quien pretende alejar de sí pensamientos de plomo, sacudí mi cabeza, y, desandando el camino, lentamente fui descendiendo hacia el Murviedro que los árabes construyeron.

Mientras lo hacía, en uno de los libros que me acompañaron en la excursión leí lo que provisionalmente me apropió para fin de estas líneas, que ni salieron cual yo hubiera querido, ni podían estar a tono con el hecho que las motivó.

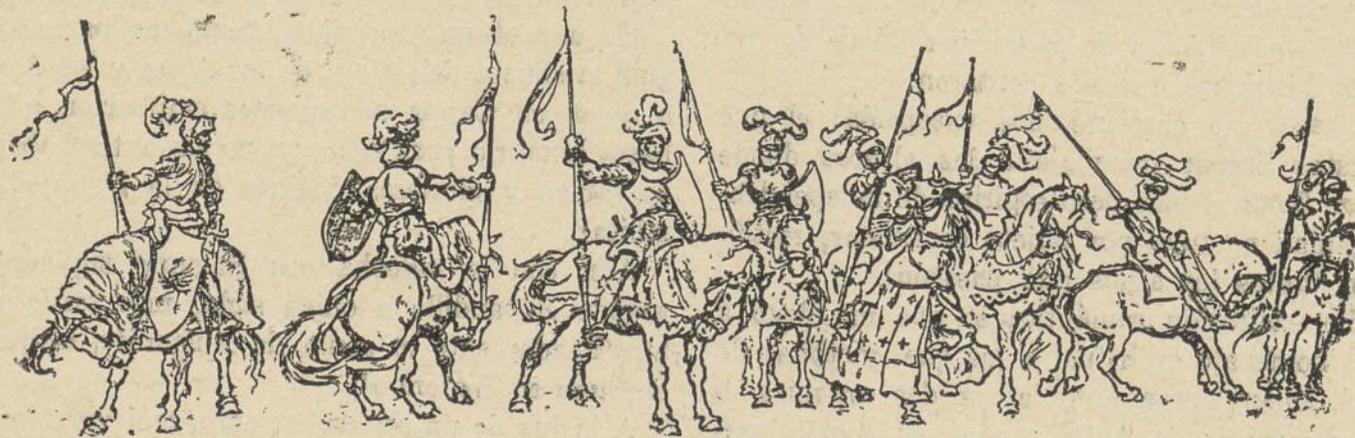
Dice así el docto escritor Angelón, guía espiritual de mi viaje: "...Cuando los esforzados defensores de la ciudad se convencieron de lo imposible de su empeño, cuando no les quedó duda alguna de que sus manos, acostumbradas a empuñar el acero, serían oprimidas por infamantes esposas, y que en torno al cuello de sus mujeres y sus hijas se ceñiría el ominoso carcán que había de convertirlas en juguete de sus señores, tomaron una resolución suprema, desesperada, como únicamente puede inspirarla la idea de libertad, llevada hasta el salvajismo.

Levantaron en la plaza una grande hoguera, arrojaron a ella cuanto podía tentar la codicia cartaginesa, contemplaron impasibles cómo el fuego consumía sus habitaciones, sus muebles, sus joyas.

En tanto que los mancebos se hacían matar en la muralla y los ancianos hundían el acero en su pecho con mano trémula de ira, las vírgenes saguntinas se arrojaban decididas a las llamas, y tras ellas las desesperadas madres, después de haber desgarrado con el puñal las entrañas de sus tiernos hijos.

¡Día de horror, jornada trágica de la Humanidad, cuyo recuerdo eriza aún el cabello a quien la evoca desde el sitio mismo en que la hecatombe tuvo lugar."

CAMILO



Una broma que pudo ocasionar una guerra

Pocas bromas han estado a punto de costar tan caras como la que en la primavera de 1885 se permitió gastar a la escuadra inglesa un inventor norteamericano, el capitán Pablo Boyton. A no haber sido por la cortesía y la serenidad de un oficial inglés, lo que comenzó con una burla hubiera costado la vida a cinco inocentes periodistas de talento, y ocasionado una guerra entre dos potencias.

En aquellos días, Inglaterra y Rusia parecían próximas a romper las hostilidades en el Asia Central. La Cámara de los Comunes acababa de votar un crédito de guerra de 55.000.000 de duros, y un ejército ruso ocupaba ya las puertas del Afghanistan.

Precisamente entonces, se encontraban en el puerto de Nueva York un buque de guerra ruso, el "Strelak", y otro inglés, el "Garnet". Ambos esperaban solamente que se declarase la guerra para salir a alta mar y tirotearse de lo lindo, y toda la población neoyorquina hacía preparativos para presenciar la batalla naval tan pronto como viese zarpar a los buques.

En estas circunstancias, el redactor jefe del "Times" de Nueva York, recibió una carta del capitán Boyton. Era éste inventor de un traje flotante o salvavidas, algo así como un vestido de buzo que se inflaba de aire y permitía sostenerse sobre el agua y navegar con ayuda de un doble remo; la había ensayado en muchos ríos y puertos de América y de Europa, pero nadie había hecho caso de la invención, como con tantas otras sucede, y el capitán había abierto un bodegón cerca de Broadway, que llevaba por título "El Barco". En su carta, el inventor rogaba al periodista que se dignase ser tetigo de una escena que daría asunto para una información interesante. El editor del "Times" llamó a uno de los reporteros más jóvenes y le ordenó que acudiese a la cita.

A las ocho de la noche, reuníanse en la trastienda de "El Barco", el capitán Boyton y cinco periodistas representando, además del "Times", el "Sun", el "World", el "Herald" y el "Morning Journal". El primero de estos periódicos, había enviado como repórter al famoso Brisbane, que es hoy día uno de los periodistas que mayor sueldo tienen en el mundo. El inventor les explicó entonces lo que se proponía:

—No hace mucho—les dijo—presenté mi traje salvavidas al Almirantazgo inglés, encomiando su utilidad en la guerra; pero aquellos señores no sólo negaron esta utilidad, sino que se rieron de mí y de mi invento. Ahora quiero vengarme, y para ello, esta noche voy a ir nadando hasta el "Garnet" llevando conmigo un torpedo descargado que voy a atar debajo de la quilla. Quiero demostrarles lo fácil que sería con mi invento, a cualquier enemigo de Inglaterra, volar un buque británico. De ese modo daré una lección al Almirantazgo, aunque estoy seguro de que no me lo agradecerá.

En un momento se preparó la expedición.

Marcharon los seis al puerto y en medio de las nieblas, entraron en la cabaña de un barquero. El inventor revistió su traje salvavidas y se echó al agua llevando consigo el torpedo descargado, y los cinco periodistas, que veían allí materia para un artículo emocionante, le siguieron en un bote. No fué necesario ocultar al barquero el motivo de la expedición. Boyton, hombre ingenioso, había buscado un botero irlandés, feniano de corazón. Por aquella época, los fenianos estaban en el apogeo de su actividad, y se re-

unían diariamente para discutir proyectos espantosos contra la Gran Bretaña; de modo, que el pobre hombre, creyendo que se trataba en realidad de volar un navío inglés, estaba entusiasmado con la aventura.

Al llegar a unos cien metros del "Garnet", el aventurero inventor se separó de los periodistas rogándoles que le esperasen allí, y con toda la velocidad que le permitía su doble remo, desapareció en la obscuridad. En aquel momento fué preciso tapar la boca al irlandés, que ya se disponía a lanzar una exclamación de desafío creyendo ver de un momento a otro el buque inglés hecho pedazos.

De pronto, se oyó un grito en la cubierta del barco, seguido de órdenes breves que de lejos no podían distinguirse, y dos minutos después pasó junto al bote el capitán Boyton, nadando a todo nadar y seguido de cerca por una lancha de vapor tripulada por unos cuantos marineros ingleses al mando de un oficial joven, todos ellos con la cabeza descubierta y sin más traje que la elástica y los pantalones.

Era inútil que un hombre quisiese luchar con un vapor. A la vista de los reporters, el capitán Boyton fué cogido por dos o tres marineros, levantado en vilo y metido en la lancha inglesa. Esta se acercó entonces al bote de los periodistas, y el oficial, puesto de pie en la proa y blandiendo sus sable, ordenó:

—¡Ríndanse ustedes y vengan a bordo! ¡Pronto!

Los reporters americanos no contestaron una palabra. El oficial era casi un niño, y a los periodistas les pareció una vergüenza acatar las órdenes de un mozalbete extranjero en sus propias aguas. Pero el marino inglés sabía muy bien que la razón estaba de su parte, y así, con la mayor sangre fría dió a sus hombros la voz de "apunten" y, tan pronto como levantaron los fusiles, dijo cortésmente:

—Es preciso que den ustedes cuenta al capitán del "Garnet" de lo que hacían debajo de la quilla. Ríndanse antes de que cuente tres.

Y volviéndose a los marineros gritó:

—¡Haced fuego en cuanto diga tres! ¡Uno!

Los periodistas seguían tan mudos como estatuas, sin que su bote se separase de la lancha de vapor, porque el barquero irlandés, el valeroso feniano, acababa de esconderse debajo de los asientos.

—¡Dos!—exclamó el oficial.

A la pálida luz del reflector del buque se pudo ver cómo cada marinero afinaba la puntería. Ya iban a despegarse los labios del oficial, cuando uno de los reporters tuvo la ocurrencia de gritar:

—¡Eh! ¡Que somos periodistas!

Las culatas de los fusiles golpearon el fondo de la lancha, y el oficial preguntó más cortésmente de qué se trataba. Entonces Boyton le dijo que simplemente de atravesar la bahía de Nueva York, por una apuesta, y que los del bote eran distinguidos periodistas que asistían como testigos, con lo que el marino se dió por satisfecho y les dejó marchar.

Pocos días después, los tripulantes del "Garnet" encontraron atado a la quilla el inocente torpedo, encerrando sólo una carta en la que Boyton explicaba el motivo de aquella aventura. El joven oficial que mandaba la lancha de vapor, fué sometido a un Consejo de guerra por haber dejado en libertad al autor de la broma. Y la cosa no era para menos. No hubo guerra entre Inglaterra y Rusia, pero faltó muy poco para que la hubiese entre Inglaterra y los Estados Unidos por el loco capricho de un inventor ofendido.

DEL INGENIO DE LOS DEMAS

¡DIEZ Y NUEVE MILLONES!

Lamote y Pieplu pasean por delante de la terraza de un café del boulevard.

Lamote.—Entonces, ¿crees que el negocio está hecho?

Pieplu.—Antes de un cuarto de hora Vernonille vendrá aquí con los diez y nueve millones.

Lamote.—¿Lo has visto?

Pieplu.—He encontrado a su asociado, el cual ha hablado con su hermano, quien me ha dicho que podíamos contar con ello.

Lamote.—Mejor sería que esperásemos en el café tomando alguna cosa.

Pieplu.—No; hay que prever cualquier dificultad a última hora, y si tal ocurriera nos veríamos en un conflicto para pagar la consumición.

Lamote.—Es verdad. Yo contaba ya con un dinero que no hemos cobrado.

Pieplu.—Yo he dejado olvidado el portamonedas en casa.

Lamote.—Después de todo no se está mal al aire libre.

Pieplu.—Y eso sale ganando el estómago.

Lamote.—Vamos a ver. ¿Tú has explicado bien la combinación?

Pieplu.—Con toda lealtad. Nosotros compramos los terrenos en diez y nueve millones... menos la comisión, una tercera parte para tí, otra para mí y otra para Vernonille, y lo que haya de darse al notario.

Lamote.—¿Y el capitalista? ¿El de los diez y nueve millones?...

Pieplu.—Está dispuesto a todo. Parece que ha preguntado si la suma era suficiente. Es un hombre que no sabe lo que tiene.

Lamote.—¿No te ha dicho su nombre?

Pieplu.—“Hay que evitar —me dijo Vernonille— toda indiscreción. Estos diez y nueve millones provienen de una herencia, en la cual hay menores... un hijo natural y un condenado a trabajos forzados, ¿comprendes?”

Lamote.—Pero ¿es seguro?

Pieplu.—Todo está arreglado. Había un proceso con el Estado; se ha transigido... el fisco quería atrapar... Pero hasta para la misma depreciación de valores se ha encontrado un truco.

Lamote.—Podemos confiar, entonces...

Pieplu.—Yo he dicho que teníamos opción hasta

mañana a mediodía. Vernonille ha sido formal, y esta tarde, a las cinco, traerá los diez y nueve millones.

Lamote.—¿Te ha precisado si era en numerario o en cheque?

Pieplu.—Sólo me dijo: “Tendré los diez y nueve millones”. No me metí en detalles. Siempre tendremos tiempo cuando recibamos el dinero.

Lamote.—¿A las cinco?

Pieplu.—O cinco y media o seis y cuarto. Vernonille dijo: “Por diez y nueve millones ya podéis esperar cinco minutos”.

Lamote. (Divisando a Vernonille.)—Ahí está.

Vernonille.—Por fin...

Pieplu.—¿Tienes el dinero?

Vernonille.—No; pero lo tendremos dentro de cinco minutos... Tengo la promesa de Rame, que ha visto a nuestro hombre. Ha debido ir con él al Banco de Francia para sacar dinero. Habían quedado citados frente a la Bolsa. El negocio no ha sido nada laborioso. Se conoció al cliente el jueves, se le hizo decidir ayer y hoy cobramos. ¡Es un record!

Pieplu.—¡Buena labor!

Vernonille.—Bueno, ¿qué esperamos para entrar en el café a refrescar?

Pieplu.—Yo no tengo gana.

Lamote.—Ni yo.

Vernonille. (Pensando en el pago de las consumiciones.)—Tenéis razón. Esperemos a Rame, que vendrá con el capitalista y sus diez y nueve millones. (Sacando el reloj.) Ya no puede tardar...

Rame. (Bajando de un coche.)—Aquí me tenéis, puntual a la cita.

Lamote.—¿Tienes el dinero?

Rame.—Como si lo tuviera. He recibido un telegrama del capitalista, en el que me dice que ha tenido que salir precipitadamente para el Japón, donde tiene una tía enferma... Pero cuando vuelva, no hay motivo para que se niegue a prometernos los diez y nueve millones y aun algo más si nos hace falta.

Vernonille.—¡Es un negocio fracasado!

Rame.—Nada de eso. Queda aplazado; y estoy tan seguro de que salga bien, que os ruego me adelantéis de mi comisión tres francos cincuenta para pagar el taxi.

CHARLES QUINEL



DEL JAPON

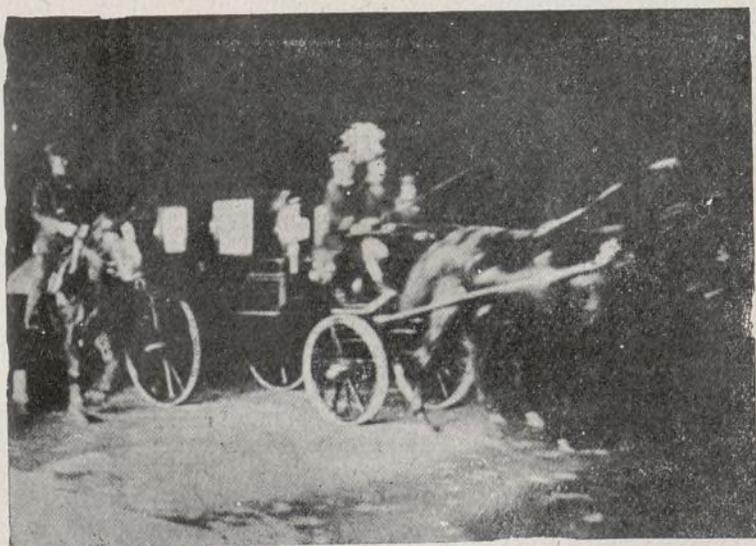
LOS FUNERALES DEL EMPERADOR YOSHI-HITO

El 25 de diciembre de 1926, a la una de la mañana, el emperador Yoshi-Hito, se extinguió dulcemente. Cuando subió al trono en 1912, abrió la era del "Taisho", la era del derecho y de la justicia. Por la aplicación leal de la Constitución que su padre había dado al pueblo japonés, por la firme aptitud que adoptó en 1914 al declarar la guerra a Alemania, su reino ha merecido ese nombre.

El emperador Yoshi-Hito era un gran amigo de Francia y hablaba corrientemente el francés. Pocos días antes de su muerte, al saber el nombramiento de Paul Claudel para Embajador en Wáshington, le envió de regalo un magnífico vaso de plata. De ese modo quería testimoniar su estimación al embajador-poeta, como los japoneses le llaman.

A principios del verano último, la crisis de anemia cerebral de que venía sufriendo el emperador se agravó, complicándose con una bronco-neumonía. Desde ese momento ya no pudo dejar su villa de Hayama, pequeña aldea de pescadores cercana a Yokohama, adonde había ido a pasar el verano. A medida que su estado se agravaba, los miembros de la familia imperial y el Gobierno entero se dirigieron a Hayama. Hubo necesidad de organizar un verdadero campamento en aquella población desprovista de recursos. La abnegación de todos fué admirable. Su madre, la emperatriz, el príncipe regente y toda la familia imperial pasaban las noches en vela. A cada nueva crisis los ministros eran llamados en tanto que la multitud de peregrinos iba a orar a la playa, vuelta hacia la villa o hacia el templo de Ise, el gran santuario shintoista del centro del Japón. El enfermo empeoró cada vez más y sus familiares perdieron la esperanza de salvarlo.

En la noche del 25 de diciembre, el príncipe Hiro-



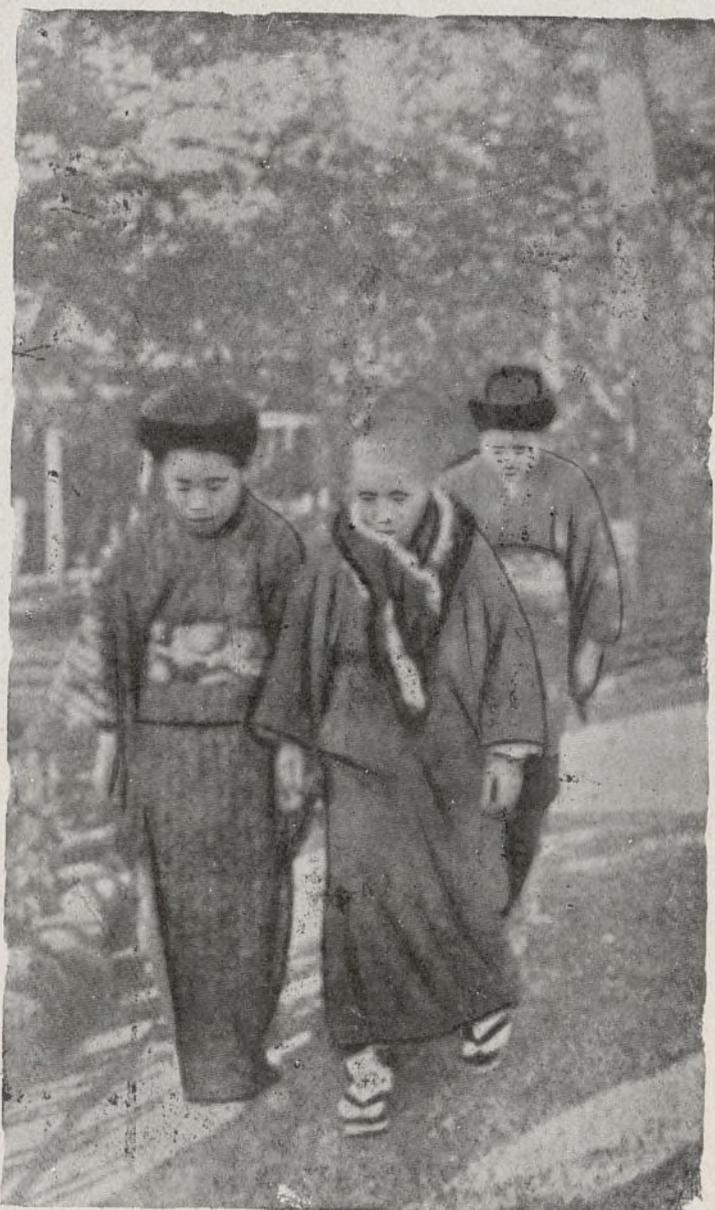
La carroza conteniendo el cuerpo del Emperador Yoshi-Hito, al salir de su villa de Hayama, donde falleció.



Hito, regente del imperio, inmediatamente después de la muerte de su padre, fué a sentarse al trono; en seguida, el primer ministro Watatsuki, anunció la muerte del emperador. El Gobierno volvió a Tokio para abrir el mismo día la 52 sesión de la Dieta Imperial. El emperador Hiro-Hito, permaneció hasta el lunes 27 de diciembre en Hayama. En la tarde de ese día, hizo su entrada, sin aparato, a Tokio, con la nueva emperatriz, en tanto que el ataúd que contenía el cuerpo del finado emperador salió de la villa al anochecer en un tren especial que caminaba lentamente entre dos vallas humanas formadas por la muchedumbre y el ejército.

En el trayecto del cortejo, las lámparas eléctricas habían sido apagadas. La muchedumbre de delegaciones de los habitantes de la ciudad eran contenidas por la policía y los soldados que llevaban linternas de papel. Los jinetes también habían sido provistos de linternas colocadas en la punta de un bastón flexible y delante de la muchedumbre, inmóvil y silenciosa, danzaban todas las luces como fuegos fatuos alrededor del cementerio. La turba se apretaba en las aceras, sin que nadie se quejara. La policía japonesa, siempre cortés, rectificaba sin dificultad las filas, inestables a causa de la enorme cantidad de súbditos que se agachaba para ver el paso del ataúd de su emperador.

Dos jinetes encabezaban el entierro. Los hombres y los muchachos se descubrían y, a pesar del frío, se despojaban de su manto. Un pelotón de jinetes de la guardia imperial portaba lanzas guarnecidas con pendones blancos y rojos, luego iba el cuerpo en una carroza con las cortinas de seda bajadas, conducido por los caballos favoritos del emperador, y más detrás, la emperatriz viuda, el príncipe Takamtsu, tercer



La madre del difunto emperador paseando su dolor en el parque de Hayama.

hijo del difunto, el príncipe Kanin y los altos dignatarios de la corte, del ejército y de la marina.

El cortejo pasó suavemente, al trote, sobre un camino cubierto con arena para disimular las impurezas. Antes de las nueve llegó a la puerta del Palacio, en donde ya estaba reunido el cuerpo diplomático y en donde esperaban el emperador y la emperatriz, quienes siguieron al ataúd hasta la sala mortuoria.

Los funerales se llevaron a cabo cincuenta días después del fallecimiento. Las cenizas habrán de ser depositadas después en el mausoleo que se está preparando activamente en Yokohamamura, al Oeste de Tokio, sobre la línea de Kofu. Por primera vez un emperador del Japón tendrá su mausoleo en la región de Tokio; los emperadores anteriores reposan cerca de Kioto o de Nara. Esto es consecuencia de la restauración imperial de 1868 y de la transferencia de la capital de Kioto a Tokio.

El martes 28 de diciembre el emperador Hiro-Hito leyó en la sala del Trono, un rescripto que fijó las líneas generales de su futura política. Seguirá la evolución comenzada por su abuelo el emperador Meiji y continuada por su padre. Se declara partidario de las

reformas, pero quiere permanecer en un término medio. Quiere mantener y desarrollar las relaciones de amistad entre el Japón y las otras potencias, y para marcar esta voluntad de buen acuerdo tanto en el interior como en el exterior, ha dado a la era que comienza, el nombre de Showa, que une la idea de paz con la armonía. La imagen es bella y responde a la atmósfera actual del Japón, en donde todos los esfuerzos se dirigen hacia las artes, las letras, la industria, como pueden constatarlo las numerosas delegaciones extranjeras que asistieron a esa manifestación grandiosa que se llamó el Tercer Congreso Científico Pan-Pacífico en noviembre último. Después de haber asegurado su independencia, el Japón se esfuerza por hacer reinar la paz en el Pacífico. Esta divisa se tomó de la historia de un emperador chino muy famoso. Ella marca la grandeza del carácter de este joven emperador de veinticinco años, que ha dado a tantos viejos una lección de sagacidad y de buen sentido.

El emperador Hiro-Hito, 1240, emperador del Japón, nació el 29 de abril de 1901. Hizo excelentes estudios, primero en la Ecole de París, luego con los profesores de la Universidad Imperial de Tokio. En 1921, partió para Europa, donde visitó Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda e Italia.

Vuelto al Japón, fue declarado regente e iniciado en los asuntos públicos. El 26 de enero de 1924, casó con la princesa Nagako. En diciembre de 1925, nació una niña, la princesa Teruko. Como príncipe regente, el nuevo emperador vivía a la europea en su palacio de Akesaka, leía diariamente la prensa, recibía a los ministros, practicaba sus deportes favoritos, sobre todo el tennis y la equitación.

El emperador Hiro-Hito habla correctamente el francés, del cual se sirvió durante su viaje por Europa.

El nuevo reinado se abre en un período muy difícil. Una crisis ministerial es inminente y han sido necesarios los sucesos actuales para que no se produjese durante la apertura de la sesión, el sábado 25 de diciembre. Pero el Gabinete está resuelto a disolver la Cámara y las elecciones se verificarán en la primavera, con aplicación por primera vez del sufragio universal. Darán al emperador preciosas indicaciones sobre las aspiraciones profundas de su pueblo.

El duelo, que disminuyó considerablemente la importancia de las grandes fiestas de Año Nuevo, acentuó, por otra parte, la crisis económica que hay desde 1920.

Crisis política, crisis económica, tales son los dos puntos negros de la situación al principiar el nuevo régimen. Pero, en cambio, ¡cuántos signos de renovación! Los desperfectos de los terremotos de 1923, han sido reparados casi en su totalidad, el comercio exterior se ha cuadruplicado desde 1912, el yen se halla cerca de la par, la circulación monetaria más sana que la anterior.

Cómo se caza el tigre en la India

El inmenso imperio de la India es el país de los contrastes: a pocas horas de los ferrocarriles y a unas jornadas de las capitales angloindias; donde los conquistadores han llevado, con todas sus comodidades, todas sus necesidades nuevas y todas sus banalidades, su civilización, existen aislados del resto del mundo, menos por la Naturaleza que por su voluntad, reinos extraños, que conservan intacto el decoro en que han vivido cientos de años sus antepasados. Así ocurre en la frontera del Tibet y en los estados independientes de Bhoutan y Nepal.

Celosamente prohibida la entrada a los europeos, evocan, por su organización política, los tiempos fabulosos en que los soberanos eran hijos del cielo, y por sus costumbres religiosas, la edad terrible en que los dioses se tranquilizaban a fuerza de sangre. Verdadero paraíso para los contados sabios que fueron admitidos a estudiar en la realidad viva el pasado de la India misteriosa.

Pero Nepal es también la tierra elegida de los grandes cazadores. Si este país ha podido permanecer cientos de años tal como fué, es que entre él y el resto del mundo se levantan obstáculos infranqueables; inmensas montañas, las más altas del mundo, y, en su frontera con la India, un cinturón de pantanos donde reinan la fiebre y los animales feroces.

Allí es donde los nobles lores británicos que encuentran aburrida la vida europea pueden entregarse a los placeres violentos de la caza del tigre, sin miedo de que les falte nunca caza.

Esta "jungle" salvaje es el paraíso de los animales feroces.

En otros tiempos, dice una bella leyenda india, todos los animales vivían como hermanos, y el tigre fraternizaba con la gacéa, y el lobo con el cordero. Ninguno era carnívoro; las hierbas jugosas y perfumadas bastaban para calmar los mayores apetitos, y el mismo señor tigre no era una excepción: su piel era entonces de un immaculado amarillo oro. Un día, el rey de la selva india riñó con el cordero; impaciente levantó su garra y la dejó caer sobre el inocente animal, cuya sangre corrió; borracho por el olor de la sangre, el tigre devoró al que hasta aquel momento había sido su hermano. Luego, horrorizado por su acción y perseguido por los remordimientos, huyó a través de la selva, entre las altas hierbas que, animadas por un dios vengador, golpeaban sus flancos a su paso, trazando en su hermosa piel largas rayas negras, que conservó desde aquel momento como un estigma imborrable de su falta y que transmitió a su descendencia.

Desde entonces el señor tigre se convirtió en el Rayado, y los animales de la selva se dividieron en dos razas enemigas; herbívoros, temerosos, y carnívoros, ávidos de sangre. Y la fuerza se convirtió en la ley suprema de la selva.

El tigre (Shere Khan, como le llaman los indios) es desde entonces uno de los peligros de la India. Es lo que en otros tiempos fué el lobo para nuestros campos, lo que el león ha sido para los pastores bíblicos, el gran destructor de los rebaños. El tigre tiene, desde luego, su caza preferida: el



Excelentísimo Sr. D. Francisco de Borbón y de Castellví, Teniente general del Ejército español, a quien S. M. el Rey ha concedido, el día 23 del actual, el Toisón de Oro, como recompensa de sus relevantes servicios

antílope, la gacela, y para que se vea si sus garras son agudas, sus colmillos afilados y su impulso de infalible seguridad, también son sus presas favoritas el búfalo y el jabalí. Pero cuando estos animales no abundan y se debilitan sus fuerzas, el rey de la selva ataca a los animales domésticos: bueyes y corderos, y hace de ellos una horrible carnicería. Si en sus correrías se ha encontrado con un hombre y ha logrado darle muerte y devorarlo, desde ese momento siente predilección por los bocados escogidos y se convierte en devorador de hombres. ¡Desgraciado el que se le encuentre en su camino!

Hasta que el uso de las armas de fuego se generalizó en la India, el diente del tigre fué casi tan mortal como las epidemias para los desventurados habitantes del aquel país. Un tigre, mejor dicho, una tigre, pues se trataba de una hembra, devoró en dos años 132 personas. Otro no se contentaba con menos de 607 al mes. Este fué temido y hasta venerado como un dios, y de él se decía que tenía la fuerza y la inteligencia de los que había devorado. Un camino en cuyas cercanías operare "el señor tigre" era abandonado pronto, y hubo uno que llegó a inspirar tal miedo a los aldeanos de Bengala, que se despoblaron 13 pueblos, y 650 kilómetros cuadrados de buena tierra permanecieron inactivos muchos años. Según las estadísticas de 1870 a 1875, en la provincia de Bengala, nada más, 4.218 personas fueron muertas por los tigres.

En el mismo período, es cierto, cayeron 7.278 tigres bajo los disparos de los cazadores. Pues con la

dominación inglesa, que llevó procedimientos perfeccionados de ataque y defensa, los hombres no se resignaron a ser el rebaño donde el rey de los animales encontraba su alimento, y pasaron a la ofensiva. Y ésta no es práctica ya solamente por necesidad, como defensa de los rebaños o represalias de los asesinatos perpetrados por "Shere Khan", sino que constituye un deporte, un placer y una demostración "high life" para los turistas europeos y para los funcionarios británicos residentes en aquellos estados.

Se reúnen 20 o más elefantes, que llevan sobre sus lomos un gran cesto rectangular, llamado "howdah", en el que caben tres o cuatro personas, armadas con fusiles. Dirigidos por su "cornac", que les marca la dirección pinchándoles en la nuca con un agujón grande, estos animales dan una batida en la selva, circulando entre altas hierbas, registrando los grupos de árboles y los matorrales con sus largas defensas, azotándoles con sus trompas, pesadas y flexibles, hasta que descubren al tigre.

Y como estos animales ejecutan al avanzar una conversión, unos hacia la izquierda y otros hacia la derecha, pronto se transforma su fila en un medio círculo, en un creciente de luna, y cuando el tigre se decide a abandonar su retiro, se encuentra cercado. Entonces es el blanco de todos los tiradores, y pronto perece. Caza casi sin peligros, pues sobre esas fortalezas móviles, los cazadores están casi fuera del alcance del tigre. Y es raro que no se encuentre más un animal de estos dentro del círculo que forman los elefantes.

¿QUE ES EL ÉTER?

La ciencia se ha visto forzada a aceptar la teoría de un éter o forma de materia muy tenue y delicada que, según afirma, llena todo el espacio entre los átomos, moléculas, electrones, etc., en los llamados cuerpos sólidos. Este éter se dice que es muy tenue, sutil, raro, delicado, etc., mucho más en efecto que cualquiera de los gases o vapores conocidos por nosotros. Nadie lo ha visto nunca, nadie ha oído, gustado, olido o sentido este éter, pero su existencia se encuentra necesaria para explicar ciertos fenómenos físicos, la transmisión de la luz, el calor, etc. La ciencia halla indispensable sostener que la materia es infinita y que ella existe en alguna forma en todas partes, y de este modo se ve obligada a formular y aceptar la existencia de una forma muy sutil de materia para "llenar los espacios", y así surgió la teoría del éter.

La filosofía Yogi no tiene por qué reñir con la ciencia física occidental por esta cuestión del éter. En efecto, ella sostiene que este éter existe en siete diferentes grados de sutileza o tenuidad, siendo el tér-

mino sánscrito (usado desde hace siglos) Akasa. Akasa es el término sánscrito dado al principio de la manifestación de la materia. Las enseñanzas son que Akasa llena y compenetra el infinito espacio, que está en todas partes; omnipotente. Se enseña que cada una y todas las formas de materia se desarrollan de este Akasa; primero las seis formas inferiores de éter en sucesión; luego los gases y los vapores, en su orden de sutileza; después el aire; luego los líquidos; en seguida los sólidos. Akasa es la substancia que compone los más delicados gases y los más densos sólidos: el sol, la luna, las estrellas, el aire, el agua, el cuerpo humano, el cuerpo de los animales, el cuerpo de las plantas, la tierra, las rocas, todo lo que tiene forma, todo lo condicionado, todo lo que puede ser sentido por los sentidos ordinarios. Además de esto, las formas más elevadas de Akasa son más sutiles, más tenues y más delicadas que cualquier forma de materia perceptible a los sentidos del hombre ordinario.

Tuvo su origen este Cuerpo en la guerra de la Independencia, debido al patriotismo de la provincia de Asturias, que sabido es fué la primera que se alzó en armas contra los invasores franceses, siendo uno de los 20 Cuerpos formados en aquella región al estallar la guerra más gloriosa que sostuvieron nuestras armas en el pasado siglo, creándose el 27 de mayo de 1808, por el coronel D. Pedro Méndez Vigo, con fuerza de 840 voluntarios asturianos, al pie de un batallón de ocho compañías y la denominación del Regimiento de Infantería Voluntarios de Covadonga.

Apenas formado, casi sin uniformar, salía a campaña en el mismo año de 1808, asistiendo con las restantes fuerzas de la división asturiana, durante él y los siguientes, a buen número de acciones de aquella épica lucha, entre otras a las de Ríoseco, Zornoza, Alba de Tormes, Pequín, Langreo, Espinosa de los Monteros, Cabezón, El Vierzo, Villafranca, Lugo, El Gamonal, Tamames, Güeñes, recuperación de Santander, acciones de Bilbao, Frías y Oña, Valmaseda, Sodupe, Prierio, Puebla de Sanabria, Amarante, Oviedo, Puente de Colioto, Gijón y Villaviciosa.

En 1812, como se hallase muy debilitado de fuerzas por las grandes pérdidas de gente que había experimentado en sus filas, fué extinguido por orden de la Regencia de 8 de mayo de 1812, en unión de otros

de su mismo origen, refundiéndose en el primer batallón del Regimiento de Asturias (hoy número 31), con los de Avilés y Cangas de Onís.

Por largo tiempo quedó sepultada su memoria, hasta que, con ocasión de la primera guerra separatista de Cuba volvió a figurar en el Arma al disponerse, por orden del Gobierno provisional de 9 de febrero de 1869, el envío de una expedición de 13 batallones para reforzar el ejército que operaba en aquella Antilla, organizándose en batallón de seis compañías de a 125 plazas, reclutadas con individuos de las clases de licenciados y paisanos que se alistaron voluntariamente en los Cuerpos, denominándosele Batallón de Voluntarios de Covadonga, embarcando en Santander en el mes de octubre de aquel año.

En Cuba se portó bizarramente en cuantas operaciones y funciones de armas tomó parte, en los departamentos Oriental y del Centro, pagando crecido tributo al terrible vómito negro, quedando muy reducido de fuerzas, por lo que en 1873 se le refundió, por orden del capitán general de 16 de marzo, el de Voluntarios de Santander, cambiándosele la denominación por la de Batallón de Voluntarios Asturianos. En 1874, por disposición de 11 de marzo, se nutrieron sus compañías con la mitad de la fuerza del Batallón Voluntarios Francos de la Mancha, que



“La capitulación de Bailén.” Copia del célebre cuadro de Casado, por P. Eriz.

ARMAS Y LETRAS

se disolvía, y con motivo de la amalgama de los ejércitos expedicionario y permanente de la isla, por orden general de 13 de junio se le dió el número 5 de los Cuerpos movilizados, continuando así hasta la conclusión de la guerra, que fué disuelto en Cuba por disposición de 28 de mayo de 1878.

Con motivo de la reorganización general del Arma, después de la guerra civil segunda carlista, fué reemplazado en ella por el Real decreto de 27 de julio de 1877, organizándose en Badajoz, por Real orden de 1 de agosto siguiente, con fuerza de 475 hombres en dos batallones con cuatro compañías activas y dos en cuadro cada uno, dándosele su mando al coronel D. Pedro Ruiz Martínez.

Constituyó su primer batallón el de Reserva de Málaga, número 23, ambos movilizados que habían tomado parte en las operaciones de la guerra civil.

El primero se había creado por Real decreto de 25 de enero de 1867, como Comisión permanente de reserva de la provincia de Jaén, la que por Real orden de 28 de febrero de 1872 se había convertido en Batallón Reserva de Jaén número 1, con fuerza de seis compañías, transformándose en 17 de marzo de 1875, en Batallón de Voluntarios Francos de la República, Jaén, número 1, con 600 plazas, perdiendo su nombre al año siguiente, en 21 de septiembre, quedando con la sola denominación de Batallón de Reserva número 1, con 1.100 plazas en ocho compañías, que se completaron con 287 hombres del disuelto Reserva de Málaga, número 20; en 10 de mayo de 1876 fué nombrado Batallón de Reserva Extraordinaria, núm. 1, y en 29 de aquel mes Batallón Reserva de Sevilla, núm. 3; en el mismo año, por Real orden de 30 de octubre, quedó al pie de seis compañías y dos en cuadro, y en diciembre reducida su fuerza a 535 hombres, dando un contingente de ella al Regimiento de la Princesa, para nivelación.

Este batallón tomó parte en la guerra civil, como llevamos dicho, y en su brillante historial figuran, entre otros, los hechos de armas de Cuenca Urnieta, en el que se distinguió, el año 1874; acciones de las Alturas de Huélamo, Cuadra, Fuentes, Adamud y Casas Altas, tomando bizarramente a la bayoneta el pueblo; desfiladero de Monlléu, en que desalojó de sus posiciones a los carlistas con gran denuedo, distinguiéndose el teniente D. Enrique Ambel Cárderas y el de igual clase D. Manuel Romera Bermejo; otros muchos hechos de aquella fratricida lucha le proporcionaron preciados laureles, entre ellos los del sitio y toma de Cantavieja, combate de Calaf, Sanahuia, Pons, Oliana, Guisona Salvatierra, San Lorenzo, Monistrol, Caseríos de Xixona y Oyarzun, en que dejó bien puesto su nombre.

El segundo batallón, con la misma antigüedad que el primero, fué Comisión permanente de Reserva de la provincia de Ciudad Real, la que en 1872 se convirtió en Batallón Reserva de Ciudad Real, número

30, y en las mismas fechas que el otro, en Batallón Voluntarios Francos de la República, Ciudad Real, número 30, con igual fuerza, y en Batallón de Reserva núm. 9, recibiendo 365 hombres del extinguido Reserva de Segovia, núm. 33; el año 1876 fué batallón de Reserva Extraordinaria, núm. 9, y Batallón Reserva de Málaga, número. 23, siguiendo las mismas vicisitudes orgánicas que el anterior, dando en diciembre 190 hombres al Regimiento de Zamora.

En el catálogo de sus servicios marciales figuran las acciones de Taravilla, Campillo de Dueñas, Belascoaín, Lumbier, Oyarzun, Choritoquieta, batalla de Treviño, acciones de Valdehuncar, a las órdenes del general Cassola; de la Sierra de Leire (1875), en la que ataca con denuedo el cerro de la Ermita de la Trinidad, luchando durante cuatro horas con gran heroísmo, hallando gloriosa muerte su comandante don F. San José, distinguiéndose notablemente la octava compañía con su valiente capitán, D. Crispín Miranda, que, acudiendo voluntario al ataque, conquistó, en unión de otras fuerzas, las trincheras de aquella posición formidable, la que luego defendió, lo mismo que la sierra, siendo felicitado por su bravura; y acciones de Miravalles y Oricaín, aquel año, y toma de Valmaseda al siguiente, aseverando en ellas su fama de valiente y disciplinado.

Al reaparecer el Cuerpo en 1877 se le dió el nombre de regimiento Infantería Covadonga, núm. 41, quedando de guarnición en la capital de Extremadura; en ella tomó parte en los sucesos políticos desarrollados en 1883, pronunciándose en sentido republicano, siendo por ello reorganizado, por Reales órdenes de 16 de agosto y 19 de septiembre, en un solo batallón, nombrado Provisional de Covadonga, número 41, con cuatro compañías formadas con las fuerzas del Cuerpo que no habían tomado parte en el movimiento, y la quinta con los que se encontraban con licencia ilimitada, siendo reorganizado por Real orden de 24 de octubre en Leganés, el 2 de noviembre siguiente, como todos los del Arma, disponiéndose que los batallones de Reserva y Depósito de Vergara y San Sebastián quedasen como similares de este regimiento.

Por las reformas del general López Domínguez de 1893, cambió, por Real decreto de 29 de agosto, su número por el 40, que hoy tiene; con motivo de la guerra separatista de Cuba, fué destinado a ella el primer batallón por Real orden de 20 de enero de 1896, con seis compañías de 1.659 plazas, y el nombre de Expedicionario del Regimiento de Covadonga, número 40, embarcando en Cádiz el 15 de febrero en el vapor "León XIII", desembarcando en la Habana el 28. En aquella guerra reverdeció sus antiguos laureles, esgrimiendo valerosamente sus armas contra los insurgentes americanos en los combates de Saratoga, ingenio Julio, Quevedo, Tinaitas, Margarito, Potrero, San Lucas, Ramón Gordo, Lomas del Rosario, Soroa, Palma larga, Cerro de las Animas y Oba-

gua, y otros muchos hechos marciales en que acreditó sus méritos y patriotismo.

En 1896 se le aumentaron al primer batallón las compañías séptima y octava, formándose en Madrid el segundo, embarcando en Santander con cinco oficiales y 225 de tropa, el 12 de septiembre, en el vapor "Don Alvaro de Bazán", desembarcando el 27 en la Habana; en el mismo año, por Real orden de 11 de noviembre, organizó en la Península una compañía expedicionaria para Cuba, formándose el 22 en Madrid, con tres oficiales y 332 de tropa, embarcando el 26 en Cádiz en el vapor "Montserrat", desembarcando en diciembre en la Habana, destinándosele por la Capitanía general a formar la octava del batallón de Talavera, cuarto peninsular.

Por disposición de 15 de septiembre de 1897 se disolvieron en Cuba las compañías séptima y octava del primer batallón, quedando éste con seis, de ellas la quinta montada o guerrilla y la sexta, formada por enfermos y convalecientes; en 1 de julio de 1898 se organizó el segundo en España, con seis compañías, sección de música y plana mayor del regimiento, y por Real orden circular de 12 de agosto de aquel año, cesada nuestra soberanía en Cuba, fué repatriado el primer batallón, embarcando en Cienfuegos el 2 de febrero de 1899 la cuarta y sexta compañías, en el vapor "Alfonso XIII", desembarcando el 18 en Cádiz, y el resto del batallón el día 1 en el vapor "Neustria", desembarcando en el mismo puerto de la Península el 16, con un total de 719 hombres.

Por Real orden de 5 de abril, y con arreglo a la de 24 de noviembre anterior, fué reorganizado en Madrid el primer batallón, sirviéndole de base las compañías quinta y sexta del segundo, constituyéndose una Comisión liquidadora del Expedicionario, dando el Cuerpo 77 hombres al regimiento de Zamora, y por Real orden de 11 de julio se le destinó, afectada a la P. M., la Comisión liquidadora del extinguido Batallón Cazadores de Colón, que lo estaba al de Cazadores de Alcántara, núm. 20.

Por Real decreto orgánico de 2 de noviembre de 1904 se reorganizó el regimiento en tres batallones: dos primeros activos, y el tercero en cuadro, supri-

miéndosele una bandera, quedando con la del primer batallón sólo para el Cuerpo, remitiendo en 1905 la del segundo al Museo de Infantería, a Toledo.

En 1913 tomó parte en las operaciones de campaña de Larache, distinguiéndose en las realizadas en la región del Garb y Yebala, especialmente en las acciones de la defensa de Alcazarquivir, el 7 de julio; en la toma de Tárcunéz, en la de seguedla y en la de Xasf-el-Hamman, el 13 de septiembre de 1914, sobresaliendo por su heroico comportamiento el teniente D. José Valdés Martel, que fué uno de los tres primeros que entraron en la posición del enemigo, tenazmente defendida, consiguiendo apoderarse de ella, por cuyo relevante hecho le fué concedida, previo juicio contradictorio, por Real orden de 27 de junio de 1918, la cruz de la clase de San Fernando, con la pensión anual de 250 pesetas, siendo solemnemente condecorado ante el regimiento en Madrid.

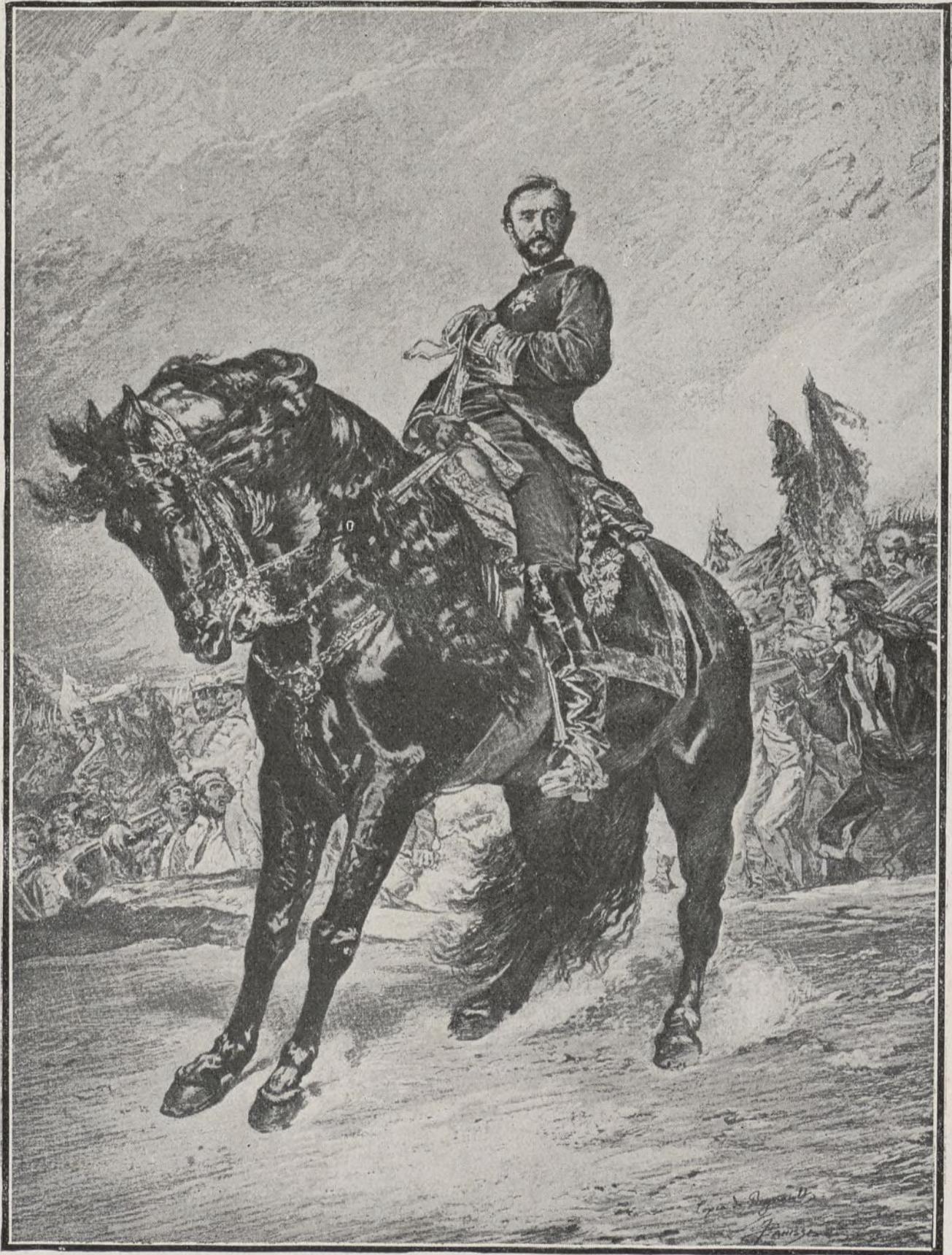
Sus armas consisten en escudo formado por la cruz de Pelayo, en plata, en campo azul, con media luna enlazada a sus brazos, y debajo de éstos alfa y omega, sobremontado de corona de príncipe, y por lema latino "Oe signo vincitur inimicus, hog signo tuctur pius". Desde su creación, en la época primera de su existencia, como en la segunda y tercera, hasta 1892, veneró por su Patrona a nuestra Señora de Covadonga, y desde el año citado, la que es de toda el Arma: la Purísima Concepción.

Por sus servicios en la guerra de la Independencia se concedió a este Cuerpo, el 4 de junio de 1815, al personal que había servido en él, la cruz llamada del Ejército Asturiano, que era de cuatro aspas esmaltadas en blanco y en ellas un triángulo isósceles de color de amaranto sobre un escudo circular con las armas de Asturias, con cruz plata en campo azul y el lema "Asturias nunca vencida", y por el reverso del escudo, "Ejército asturiano, 1808"; sobre el aspa superior tenía una corona de laurel y encima se usaba con cinta mitad color caña y mitad color amaranto. También tuvo otros escudos de distinción y cruces de aquella memorable guerra.

CELESTINO REY JOLY



ESTAMPAS MILITARES



EL GENERAL PRIM, Cuadro de Regnault

Del caos chino. LA TOMA DE SHANGHAI

Las tropas nacionalistas chinas han entrado en Shanghai. Durante algunas semanas parecía dudoso que llegara a librarse la batalla decisiva por la posesión del gran puerto chino. Pero, al fin, el general surista Chiang-Kai-Shek, ha continuado su movimiento envolvente hasta apoderarse de Suchou y Chang-Cheu, puntas del ferrocarril Shanghai-Nankin, situadas más al Norte de Shanghai. Con esto quedaban cortadas las comunicaciones del ejército de Chang-Tung, cuyo Cuartel general reside en Nankin. Por otra parte, las tropas que habían de oponerse al avance de los suristas no parecían muy dispuestas a una defensa seria de la ciudad. El ejército de Sun estaba deshecho por la derrota en Han-Cheu, y buena parte de sus soldados se habían pasado a las filas suristas. El mismo general Sun había desaparecido. En cuanto a Chang, no se consideraba obligado a defender la ciudad después de haberse negado los banqueros y los comerciantes a subvencionar la defensa. La flota china, que se hallaba en aguas de Shanghai, había desertado también, convirtiéndose en surista. Esta flota se componía de viejos barcos, sin valor combatiente; pero la desertión no había dejado de influir en la moral de los defensores de la ciudad. Ultimamente, la propaganda de agentes suristas entre el pueblo, había debilitado la resistencia que Shanghai debía oponer al victorioso Chiang-Kai-Shek. La conquista de las posiciones ya citadas en la vía férrea, determinó la retirada de un ejército que estaba derrotado de antemano.

Témese que la entrada de los suristas en Shanghai, excite a la masa popular contra las concesiones extranjeras. Sería éste un error de los nacionalistas, y probablemente el hábil Eugenio Chen no incurra en él. Lo que interesa, tanto a los chinos como a los europeos, es que en el antiguo Imperio se decida la lucha a favor de uno de los bandos, para que las potencias concesionarias encuentren un Gobierno firme y único con quien tratar. La única probabilidad de esta consolidación es que triunfe Chiang-Kai-Shek. "El es—decía Lloyd George en reciente artículo—la mejor esperanza para una paz satisfactoria y duradera." "Las tropas del Norte son mercenarias, de tipo bajo y a menudo villano, cuyas pagas dependen frecuentemente del pillaje." En cambio, "el núcleo del ejército

surista se compone de estudiantes instruídos, que se han ofrecido como voluntarios para luchar en una guerra de emancipación". El peligro está, acaso, en la influencia bolchevique, de la cual es la verdadera causa el hecho de que los nacionalistas no hayan visto más simpatías a su favor que las de Rusia. Pero el general cantonés nada tiene de bolchevique; por el contrario, trata de apartar del partido nacionalista a los elementos comunistas. En el seno del partido existe ya planteada la lucha entre moderados y extremistas. La toma de Shanghai aumentará el prestigio de Chiang-Kai-Shek, solicitado para ser el jefe de los nacionalistas moderados. Si triunfara también en esta lucha política, la unificación de China sería una realidad inmediata, ya que Chang-Tso-Lin ha de-



Una pareja típica de los Oficiales que mandan el ejército de Cantón. Oficial ruso a la izquierda, y Oficial chino a la derecha



Trinidad de Jefes que han levantado la china soviética, organizando el ejército que ha ocupado Shanghai. De izquierda a derecha: el Comisario de los soviets, Borodín; el general ruso, Gallent, y el general chino, Kai-Shek.

clarado recientemente que también es nacionalista, y solamente le separa del partido que lleva este nombre las concomitancias con el bolchevismo.

Entre tanto, luchan los dos generales, y mientras los suristas avanzan hacia el Norte por la línea Hang-Cheu, Shanghai, Nankin, los nordistas descienden al Sur por la línea Pekín-Hankeu. Pero los cantoneses se han adelantado, y con Shanghai y Nankin próximo a rendirse, quedan dueños del Yant-Se-Kiang, el gran río, el río populoso, comercial.

Hasta aquí, el problema chino parece derivarse por nuevos derroteros. Ha llegado el momento de peligro para la integridad de las concesiones extranjeras. Europa se juega en este avance de las tropas del Cantón una carta definitiva.

Todas las conjeturas que pudieran hacerse se enredan en la tela de araña de esta guerra infernal, donde tantos intereses encontrados están en juego.

Carta abierta al Excmo. Sr. D. Miguel Primo de Rivera y Orbaneja

Excelentísimo señor: Repetidas veces tuve la coyuntura de testimoniar a V. E. mi admiración en términos tales que, por su exaltado expresivismo, rayara en apasionamiento fulminante. Pero en los ratos de serena quietud del espíritu, esa exaltación, ese apasionamiento, esa adhesión fervorosa y acendrada resurgió con la potencia de la celsitud amorosa en que fué gestada.

Una vez más, excelentísimo señor, tengo que unir mis aplausos a los aplausos del pueblo, de ese pueblo a quien V. E. injertó la savia que le vigoriza y robustece, haciéndole volver a los anales gloriosos de su grandeza histórica. Y le aplaudo, como le aplaude el pueblo, el gran acierto de haber establecido en Zaragoza la Academia General Militar, de tan memorable recordación, que ahora renace al amparo y calor del más invicto caudillo.

¡Aragón, cuna de la libertad española, país de recio temple, austero y grande, soberbio y magnífico en la fe, por los más elevados empeños, no sabrá nunca cómo agradecer esa honrosísima, a la par que justa, distinción con que le habéis favorecido!

Y la Santísima Virgen del Pilar, a la que tantas veces encomendé el acierto y vida de V. E., os bendice ahora con predilección señalada. Y os bendice porque vé que el cristiano corazón de V. E. es un magnífico corazón agradecido; cualidad ética de la más rancia estirpe sin la que nadie pudo ser soberano e inmortal.

Señor: que la Santísima Virgen del Pilar siga,



como hasta ahora, protegiendo su indiscutible exaltación patriótica.

Suyo siempre y por siempre affmo. s. s., y Capellán en Jesús, Manuel Lizano Castillo. (Presbítero.)

LOS TRIPULANTES DE LA ATLANTIDA



Capitán Jiménez, Comandante Llorente y Capitán Llorente

LLEGARON A MADRID LOS INTREPIDOS AVIADORES QUE HAN SABIDO REALIZAR UN ANUEVA EPOPEYA DE LOS PAJAROS DE ESPAÑA. VIBRA EN ELLOS EL ESPIRITU DE LA RAZA QUE ENALTECE Y AFIANZA LAS VIRTUDES CIUDADANAS DE PRETERITAS EPOCAS

LO QUE DICE EL COMANDANTE LLORENTE

Hemos hablado con el jefe de la escuadrilla Atlántida comandante Llorente, que nos ha comunicado impresiones interesantes del brillante vuelo que recientemente han realizado a Guinea.

Preguntamos al jefe de la Atlántida cuál fué el momento de más emoción e inquietud de su viaje. Nos contestó:

—El de nuestra estancia en Arrecife, al regreso, en que parecía que todo, motores, tiempo y demás elementos, se concertaba en contra nuestra. Ultimamente, después de haber hecho arreglos y equilibrios increíbles para el arreglo de los motores, los par-

tes meteorológicos acusaban mal tiempo para el vuelo, a pesar de lo cual yo me lancé, porque ya era para mí una desesperación el continuar allí. Por lo demás, todo ha ido con gran regularidad. Yo también pasé alguna inquietud cuando tuve que amarar en Port Etienne; pero en media hora pude reparar mis averías y unirme a mis compañeros, a los que había dado orden de seguir sin esperarme.

La tripulación, muy bien. Todo cuanto diga en elogio de mis compañeros es poco. Creo que para empresas de esta índole es necesario, por encima de todo, una unión estrecha, un entusiasmo grande y una convicción anticipada del éxito.

—¿Y los mecánicos?

—Se han portado admirablemente. Dos de ellos cumplieron su servicio en pleno vuelo y siguieron a mis órdenes con la misma devoción y entusiasmo que si continuaran siendo militares. Es más: han querido continuar en la base de Mar Chica. Yo les he convencido de que

con sus condiciones y en sus casas habrían de hacer labor de más provecho.

—¿Ustedes coincidieron con los uruguayos?

—Sí, en Casablanca, al regreso, por cierto que en un té, el comandante Larre Borges habló con gran elogio de nosotros y de nuestros aparatos, cubiertos de gloria. Efectivamente: nuestros aparatos han realizado este vuelo después de haber prestado ya grandes servicios. El mío, el "Valencia", después de cinco años de continuo vuelo y con treinta y tantos impactos como huella de su sacrificio. Humorísticamente hablamos

de cambiar los aparatos. El de ellos, nuevo, flamante; el mío, viejo, agujereado por las balas; pero yo no hubiera aceptado nunca dejarlo. Nosotros dimos a los uruguayos mapas, orientaciones y hasta algunos efectos importantes que a ellos les faltaban. Ha sido realmente una desgracia lo que les ha ocurrido.

—¿Cuál ha sido la parte más difícil del vuelo?

—De Casablanca a Las Palmas. Pero nuestro entusiasmo no decayó un momento y se terminó la etapa felizmente. Al llegar a Las Palmas, recibimos un radio, que todavía desconocemos quién pudiera haberlo enviado, en donde se nos decía que era inconsciente y peligrosa mi precipitación, que me acordase de Franco y que no quisiera ir demasiado de prisa. Lo firmaba "Un compatriota". Mi contestación se limitó a levantar el vuelo media hora después de recibir el despacho para continuar mi viaje. En cualquier etapa me hubiera doído fracasar; pero en aquella que emprendía al reci-



Capitán Vives, Teniente Rubio y Capitán Martínez Delgado

bir ese telegrama, creo que puse más empeño e interés que en ninguno.

—¿Recuerdos curiosos del viaje?

—Muchos. La nota más consoladora, la de que en muchos puestos donde se veían por primera vez aviones fueran españoles. Desde Dakar para allá no nos llegaron los partes ni avisos meteorológicos. Hicimos el viaje, como vulgarmente se dice, "dando la cara".

—Sus impresiones de Santa Isabel, ¿cuáles son?

—Muy satisfactorias. Allí se debe y se puede hacer mucho. El general Núñez de Prado está realizando una magnífica labor, entorpecida solamente por la falta de comunicaciones. Hasta que nosotros llegamos y voló en nuestras aparatos no ha conocido realmente el general todo el territorio.

—¿Qué notas curiosas traen ustedes de allí?

—Aparte de numerosos objetos, collares, amuletos, pulseras de dientes de elefantes y numerosas curiosidades exóticas, nos hemos traído dos negros de unos doce años. Uno lo he dejado para criado de la base de "hidros" de Mar Chica. El otro lo he confiado a la madrina de mi aparato.

—¿Qué va usted a hacer ahora?

—Ahora estaré quince o veinte días en Madrid para redactar el informe que he de elevar a la superioridad. En él se detallan minuciosamente todas las incidencias del viaje, sus partes buenas y malas, y se hacen propuestas que juzgo de interés, especialmente para el establecimiento de la aviación en Fernando Poo y en Canarias. Creo que en los dos sitios puede hacerse en este sentido una labor interesante. En Canarias, especialmente, desean tener una base de "hidros". Dado el emplazamiento de las islas y su situación aprovechable para los vuelos trasatlánticos, debe acometerse inmediatamente esta obra. Así lo haré constar en mi informe.

—Todos los elementos que han utilizado ustedes, ¿fueron españoles?

—Casi todos. Solamente la gasolina y el aceite se nos facilitó en los puertos extranjeros. Hemos consumido

90.000 litros de gasolina y 2.250 de aceite. El resultado ha sido magnífico. Repito que la única dificultad estuvo en los motores.

—¿Su juicio técnico sobre el viaje?

—Sin vanidad, que sería impropia de mí, juzgo el viaje muy interesante. Creo que es el único viaje militar con este especial carácter, que se ha realizado. Los demás, muy brillantes y dignos de todo elogio, han sido realmente viajes de turismo y de estrechamiento de lazos. Este tiene más carácter técnico.

—¿Está usted realmente satisfecho?

—Mucho. Yo creo que, en realidad, las únicas dos cosas que merecen la pena en este mundo son la satisfacción interior y el dinero. De este último, ni el viaje puede significar utilidad alguna ni a mí me interesa, porque yo gasto todo lo que gano. Soy incapaz de tener amor al dinero. En cambio, de satisfacción interior puedo ponerme la puntuación que entre los militares se llama "bueno".

—¿Van ustedes a Valencia y demás regiones cuyos nombres llevan los aparatos?

—No lo sé. De allí, especialmente de Valencia, se nos pregunta constantemente; pero de un modo oficial no se nos ha dicho nada, y nosotros no podemos ir más que adonde se nos mande.

—¿Piensa usted recoger en algún libro o folleto sus impresiones de viaje?

—Creo que no. Ya lo está haciendo el capitán Grande. Yo tengo hecho un diario de mi aparato, y he escrito más de 250 cuartillas; pero esto es una satisfacción personal que no daré a la publicidad. Probablemente lo que haré será editar algunas de las fotografías (hemos hecho más de 800) del viaje. A cada una le pondré un comentario, y esa es la mejor manera de reflejar el viaje.

Añadió el comandante Llorente que uno de estos días visitará al presidente del Consejo y pedirá audiencia al Rey para darles cuenta de su viaje.

CURIOSIDADES

PRECURSORES DEL BOXEO

El rey Amigo era un príncipe feroz e inhospitalario de la Bitinia, el cual había promulgado una ley prohibiendo a todo extranjero la entrada en su país sin antes medir sus fuerzas con él en la lucha y en el pugilato. Y dió la casualidad que esta prueba fué siempre fatal para quien llegó a intentarla.

Epeo, por otra parte, fué un guerrero magnánimo al que ningún pugilista había podido vencer. Se hizo famoso en la guerra de Troya, construyendo el famoso caballo de madera, causa de la toma de la ciudad.

Erico, sobrino segundo de Amigo, contribuyó con Epeo a introducir el pugilato en los ejercicios atléticos griegos, que bien pronto se hizo popular.

Pero de este Epeo no hay que olvidar un interesantísimo detalle, que no prueba otra cosa más que su profundo entrenamiento, causa de su celebrad e invencibilidad.

IMPORTANTE

Una avería ocurrida durante la impresión de este número, nos ha obligado a tener que reimprimir gran parte de la tirada. Rogamos tengan esto en cuenta los suscriptores que por razón de la avería antedicha reciban retrasado el número de febrero.

El Corsario Francisco Drake

Nació este audaz corsario en Tavistock, condado de Devón, el año 1539 según algunos autores, y según otros, en 1546. Sus padres eran de condición muy humilde, y Francisco, el mayor de los doce hijos que tuvieron, recibió la instrucción elemental gracias a la liberalidad de su pariente John Hawkins. Era casi un niño cuando se embarcó como grumete en un barco mercante; pero su vocación le llamaba a la mar, y una vez a bordo reveló tales condiciones de inteligencia y de carácter, que desde luego le captaron la estima del patrón. Murió éste y le legó su barco, cuando sólo contaba Drake dieciocho años.

El joven marino no había nacido para concretarse a los estrechos límites del tráfico comercial, mucho menos, cuando los grandes resultados conseguidos por su tío John Hawkins, en su carrera de negrero, entonces no mirada como profesión deshonrosa, le hacían augurar pingües ganancias y grandes recompensas. No vaciló, pues, en lanzarse a la vida de aventuras, y en 1567 vendió su buque y arriesgó todas sus economías, para tener participación en la empresa que contra Méjico iba a realizar Hawkins. La expedición se componía de seis buques, tres de los cuales pertenecían a la Reina, y Drake recibió el mando de uno de ellos, la *Judit*, que medía cincuenta toneladas. El 14 de septiembre apareció la flota inglesa frente a Villa-rica, y creyendo en la ciudad eran sus velas las de la armada española, despacharon algunos oficiales en un batel hasta Veracruz. Hawkins los prendió y se hizo dueño de la isla de San Juan de Ulúa, que hizo desalojar la guarnición española. Pero al tercer día de haberse posesionado de la isla, avistáronse trece navíos de la flota que mandaba el general don Francisco de Luján y que conducían al nuevo virrey de Nueva España, D. Martín Enríquez; y temeroso el corsario de un combate, decidió entrar en tratos, lo que no alcanzó, a pesar de que los españoles se hallaban en muy malas condiciones para la lucha. Esperó el general español la llegada de refuerzos de Veracruz para atacar la isla; pero el enemigo se le anticipó rompiendo el día 20 el fuego y haciendo volar, con sus certeros disparos, la almiranta española; sin embargo, el ataque se verificó con gran intrepidez por parte de los nuestros, quienes después de tomar a los ingleses por la espalda y acuchillarles, volvieron los cañones contra sus buques y lanzaron sobre la capitana un barco viejo cargado de combustible. "Como los españoles se habían apoderado de los cañones de la isla, dice el mismo Hawkins en su relación de este combate, nos abrasaban con ellos; los palos, vergas y jarcias del *Jesús* estaban acribilladas, de modo que desesperábamos de salvarlo. Además echaron a fondo a nuestros buques menores. Llegada la noche, mientras discurríamos cómo ábrigarnos



Sir Francisco Drake, de un dibujo de época.

de su artillería, dieron fuego a dos grandes bajeles, lanzándolos sobre los nuestros, y el terror se apoderó de la tripulación del *Jesús*, que lo abandonó en la mayor confusión, desoyendo las órdenes del capitán. En fin, sólo la *Mignon*, con una barca de cincuenta toneladas, y la *Judit*, escaparon y todavía esta última nos abandonó durante la noche." A duras penas pudo Hawkins conjurar el grave peligro en que se hallaba, y fué para él no escasa fortuna el que pudieran regresar a Inglaterra tres de los seis buques que componían la expedición. En ella perdió Drake todos sus ahorros, y desde aquel momento juró hacer todo el mal que pudiera a los españoles.

Durante los años 1570 y 71, Drake hizo dos viajes a las Indias Occidentales, en los que tuvo ocasión de adquirir exacto conocimiento de aquellos mares, teatro de sus nuevas aventuras. En mayo de 1570 zarpó de Plymouth con dos buques, el *Dragón*, que medía 70 toneladas, y el *Cisne*, de 25, dirigiéndose a las costas suramericanas. Desembarcó el 20 de julio en Puerto Faisán, dejó anclados en aquella rada los barcos, y trasbordando la mayor parte de la tripulación a las pinazas, descendió hasta el istmo de Darien, apoderándose allí, en unión de otros piratas franceses y negreros cimarrones, de la ciudad de Nombre de Dios. Atacados vigorosamente por los españoles y gravemente herido, tuvo que volver a las pinazas y regresar a Puerto de Faisán. Restablecióse allí de sus heridas, levó anclas y dirigióse a Cartagena de Indias, capturando durante su viaje varias naves de guerra de las que conducían el oro a España;

después cayó sobre el establecimiento español de Santa Cruz y causó pérdidas estimadas en unos dos millones. De regreso a Inglaterra en 1573 declaró haber obtenido el enorme botín de que iban cargados sus buques por cambio comercial con los naturales de Indias.

El resultado de esta expedición, entusiasmó a sus compatriotas y llenó de gozo a la avara Isabel, que interesó en la que seguidamente se organizó la cantidad de mil coronas. Drake se dió a la vela con cinco buques (1577), cruzó el estrecho de Magalianes y cayó a sangre y fuego sobre las desapercibidas poblaciones de Chile y Perú; considerando entonces peligroso retroceder, se lanzó por el camino de las Molucas y cabo de Buena Esperanza, llegando por este nuevo derrotero a Inglaterra el 5 de noviembre de 1580. Después de tres años de navegación, Drake había dado la vuelta al mundo. Es cierto que en este viaje sólo trajo uno de los cuatro bajeles con que salió de Plymouth, pero éste contenía valor de más de ocho millones, cantidad suficiente para hacer saltar de gozo el corazón de la gran reina; así es que ésta honró a Drake acudiendo en persona a Deptjord (en el Támesis), donde se hallaba anclado el buque, comió a bordo con el pirata y le armó caballero como había hecho con su tío el negrero Hawkins. La nave fué conservada como un monumento de gloria para Inglaterra y Drake nombrado almirante.

El 15 de septiembre de 1585 salió de Plymouth al frente de una armada de buques, y sin meditar declaración alguna de guerra, hizo algunas presas en nuestra costa, insultó las de las islas Canarias, entró a saco en Santiago, en las islas de Cabo Verde, y luego enderezó el rumbo a las Indias Occidentales, donde atacó y saqueó a Puerto-Rico, Santo Domingo y Cartagena, arrasó los fuertes de la Florida y regresó a su patria conduciendo por lastre del oro doscientos cañones de todos calibres (28 julio 1586). En abril del siguiente, recibió orden de armar nueva escuadra y con ella forzó la bahía de Cádiz, incendió las naves españolas, e insultó la costa portuguesa. En 1588 mandó una de las divisiones de la escuadra que operó en el Canal contra la *Invencible*, y en 1589 se le confió

la armada que condujo a Prior de Crato y al ejército de John Norris a la Coruña y a Lisboa.

De regreso a Plymouth alcanzó la honra de que esta ciudad le eligiera para representarla en el Parlamento, donde ocupó asiento en 1592 y 93. En 1593, púsose de acuerdo con Hawkins para realizar nueva expedición a las Indias Occidentales. Esta vez el tío iba a las órdenes del sobrino y la expedición se componía de 26 buques y 45.000 hombres. Hizo rumbo a las Canarias, donde intentaron los ingleses apoderarse de Santa Cruz de Tenerife y después zarpó para las Indias. El 12 de noviembre atacaron los expedicionarios a Puerto-Rico, pero recibidos con gran valentía por el general de la flota española, Pardo Osorio, hubieron de retirarse con grandes pérdidas, entre las que se contó la de Hawkins. Entonces resolvió Drake costear el continente en dirección al Sud, con objeto de seguir su antiguo sistema de pillaje que tan excelentes resultados daba. Puso una parte de sus tropas en tierra, con orden de marchar sobre Panamá, mientras él seguía el viaje por la costa; incendió a Río del Hacha, y a Nombre de Dios, y fácil es presumir que igual suerte hubiera sufrido Puerto-Bello, a no haber sido derrotadas en Panamá las tropas inglesas. El triste estado en que los fugitivos llegaron a los buques, y, sobre todo, la seria resistencia de Santo Domingo y Panamá, le hicieron comprender que en adelante, las poblaciones de Indias, se prevendrían de sus ataques; Drake vió frustrados sus esfuerzos; apoderóse de él lenta calentura, que unida a una gran melancolía, le ocasionó la muerte (9 de enero de 1595). Su escuadra regresó a Inglaterra el mes de mayo siguiente, esto es, unos ocho meses después de haber partido de Plymouth.

No escasean las obras inglesas relativas a este célebre navegante; pero es de notar que son bastante erróneos los datos que contienen relativos a los españoles. A bien que no es de extrañar, si se tiene en cuenta que en las mismas relaciones escritas por testigos y actores en los sucesos, como ocurre con la de Hawkins, se desfiguran estos notablemente. Afortunadamente la crítica cuidará de ir poniendo las cosas en su lugar.



DEL CAPITULO DE INVENTOS

La gasolina sintética

Los químicos alemanes han logrado la conquista más grande en materia industrial y muy pronto el mundo entero tendrá ocasión de sorprenderse de la importancia de los trabajos hechos en Berlín durante los meses transcurridos del presente año, trabajos que han culminado con el descubrimiento de la gasolina sintética.

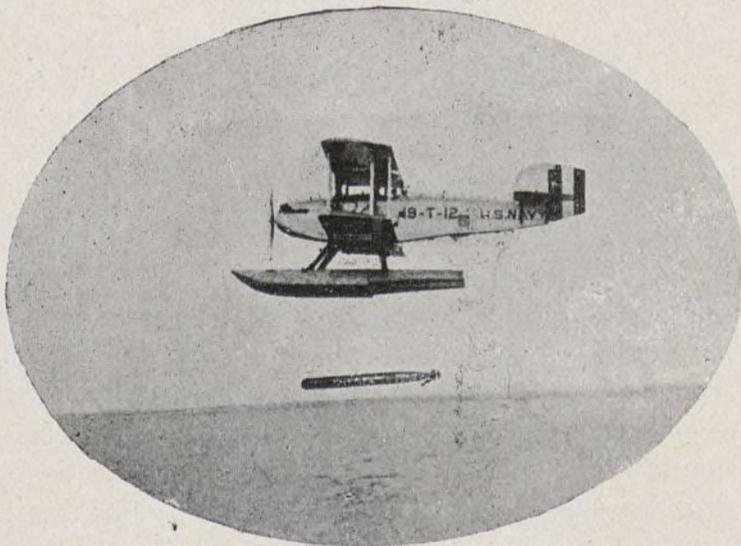
Esto, de pronto, no será fácilmente comprendido por aquellos lectores que no se hayan especializado en estudios químicos; pero lo será, con toda amplitud en cuanto hagamos una breve explicación.

La gasolina sintética es un producto obtenido en los laboratorios de la Compañía General de Anilinas de Berlín, que vendrá a sustituir ventajosamente a la gasolina que actualmente se usa en movimiento de autos, motores industriales, tractores agrícolas, molinos, etc., etc.

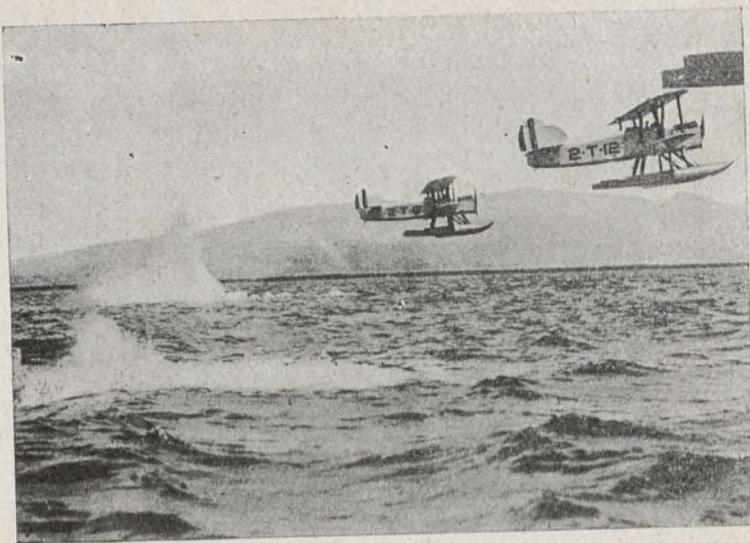
Hablamos en días anteriores con uno de los químicos alemanes que se encuentran en México y éste nos explicó extensamente la forma de producir la gasolina sintética y las propiedades de este producto, que, en un futuro cercano, vendrá a suplir a la que hoy se usa, con la ventaja de sacar mucho menor costo.

Esto tiene una magna importancia, que a nadie se oculta, tanto más cuanto que se ha dado en decir que el siglo XIX fué el siglo de la electricidad, y que el XX, que ahora vivimos, sería el del petróleo, producto natural que con el descubrimiento germánico no tendrá ya la menor importancia, poniendo en muy serio trance capitales de enorme cuantía, en el mundo entero; pero muy especialmente en los Estados Unidos del Norte.

Nuestro informante, que fué un experto químico



El torpedo como arma de las escuadrillas de aeroplanos. Un hidroavión norteamericano en el momento de lanzar un torpedo.



Ejercicios de tiro de una escuadrilla de aviones norteamericanos. Pueden observarse los puntos de caídas de los torpedos lanzados por los aviones.

que actuó durante la Guerra Mundial, nos hizo una explicación detallada sobre la forma de producir la gasolina sintética, pero ésta resultaría demasiado técnica para consignarla en un breve artículo, que sólo tiene por objeto dar una ligera idea de la importancia del último descubrimiento, por lo cual solamente vamos a hacer sobre él una muy superficial exposición:

La gasolina sintética se obtiene extrayéndola, por medio de elevadísimas presiones, de la hulla, y producirla cuesta tan poco dinero que se pretende lanzarla al mercado, hasta que se haya logrado obtener un galón en tales condiciones de precio que pueda ser vendido al consumidor a un costo tres o cuatro veces inferior al que ahora alcanza la gasolina conocida.

En los Estados Unidos del Norte se recibió noticia exacta del invento a que nos referimos y no pudo tal noticia menos de interesar grandemente a los hombres de negocios y muy preferentemente a los petroleros, quienes vieron el porvenir de su colosal industria destruido de un momento a otro, gracias al ingenio de los químicos alemanes.

Empero, los productores de petróleo de los Estados Unidos del Norte no se limitaron a considerar la vecina bancarrota de su hasta ahora productiva industria, sino que consideraron de todo punto necesario de extrema urgencia, hacer algo, tomar alguna providencia para evitar que sus intereses padecieran seriamente, tan seriamente que sin duda habrían de desaparecer después que se lograra lanzar a precios comerciales al mercado la gasolina sintética.

Pensando en la forma de conjurar este grave peligro, idearon las dos más grandes compañías petroleras de América, que pueden considerarse como las más poderosas del mundo entero, enviar a unos delegados suyos para tratar en Berlín, con la gerencia de la Compañía alemana que había logrado tan maravilloso descubrimiento, la forma de que se les tuviera en cuenta, como socios capitalistas, en el futuro negocio que se hará en toda la tierra con la gaso-

lina sintética. Las dos referidas compañías propusieron a los industriales germánicos aportar al negocio de la fabricación de gasolina artificial la fantástica suma de trescientos millones de dólares, los que exhibirán inmediatamente, en el caso de que su proposición sea aceptada.

Este hecho da una idea precisa de la importancia del invento que nos ocupa, mejor dicho, del descubrimiento, y que, estamos seguros, el tiempo vendrá a confirmar en todas sus partes.

Nadie duda de la personalidad de los químicos alemanes, que han sido desde muchos años atrás los "amos" en el mundo entero; así como nadie desconoce que son poseedores de secretos en química que no han podido ser descubiertos, no obstante los esfuerzos realizados en París, Londres y Nueva York por desentrañarlos, sin conseguir nada, y no obstante que esta tarea estuvo siempre encomendada a hombres expertos y que eran reconocidos como verdaderos sabios.

Una prueba de esto es el hecho de que durante la

guerra europea en las principales poblaciones de Norteamérica se exhibían carteles muy llamativos en los escaparates de las casas vendedoras de ropa, con la siguiente leyenda: "Pedimos a los patriotas americanos que no exijan la mejor calidad en las tintas, por estar suspendidas las importaciones de Alemania."

Hecho sabido es que las tintas industriales que se usan en el mundo entero son de procedencia germánica, y no lo es menos que en muchas naciones se fabrican artículos de tintorería, pero sin que ninguna de ellas hayan igualado, por la calidad y la cantidad de su producción, a los alemanes.

¡Empero, volviendo al punto que nos ocupa, debemos decir que, según datos perfectamente fidedignos, antes de un año la gasolina sintética estará en el mercado, y los pozos de petróleo descenderán, sin duda alguna, en tal forma que nada difícil sería que llegaran hasta a ser incosteables.

G. T.

COSAS VARIAS

Ese recurso que con tanto éxito emplean las mujeres, esa belleza líquida que embellece los rostros, tiene, como todo, su explicación prosaica.

Las lágrimas que vierte una persona blanca están compuestas de agua en gran cantidad, fosfato de sosa, cloruro de sodio y una pequeñísima cantidad de nitrógeno.

En los negros, los elementos de las lágrimas son casi los mismos; solamente falta el fosfato de sosa y, en cambio, hay una escasa proporción de amoníaco.

Los esquimales lloran muy raras veces; cuando lo hacen, sus lágrimas contienen mucho cloruro de sodio; gentes endurecidas por las especiales condiciones de su país, no es en ellas frecuente el llanto; pero, en cambio, lo vierten más amargo que los hombres de otras razas.

Más curioso que la composición química de las lágrimas es su aspecto al microscopio. Los elementos de las lágrimas del blanco están dispuestos de manera que figuran las espinas de un pez; el esquimal ofrece la forma de un arco.

* * *

En Francia, en el año 1856, uno de los miembros de la Sociedad de Literatos, llamado Pablo Auguez, sometió a Napoleón III, por intermedio de la prensa, a la proposición de formar un cuerpo de literatos, voluntario y regular, compuesto de escritores y hombres dedicados a las letras, de todas clases, que hubieran prestado servicios a la patria con las obras, escritos

y las publicaciones hechas por ellos. Este cuerpo se llamaría de la manera siguiente: Cuerpo imperial de la literatura francesa.

Una ley debía fijar los títulos y dignidades jerárquicas, que serían acordadas por el emperador al cuerpo literario, lo mismo que el uniforme a vestir y las insignias que en ciertas circunstancias deberían lucir los miembros de dicho cuerpo. Se rió mucho del famoso proyecto en los círculos literarios, y el autor, no sabemos si por los resultados obtenidos o porque realmente era así, afirmó luego que su propósito había sido divertir por algunos días a sus camaradas con la idea del famoso cuerpo.

* * *

En 1825, en un pueblecito inglés, la mujer de un herrero se dió cuenta de que era muy molesto y nada económico el lavar la camisa toda, aunque estuviera toda limpia, porque el cuello se hubiera puesto sucio. Se le ocurrió entonces separar ambas cosas, adaptando a la tirilla de la camisa un cuello postizo.

La idea era tan práctica que fué inmediatamente adoptada por las vecinas, y se extendió en poco tiempo por todo el mundo. Un comerciante londinense, Ebenezer Brown, adivinó los resultados económicos que la idea podía ofrecer, y lanzó al mercado de Londres los cuellos inventados por la mujer del herrero.

Excusado es decir que no fué ésta, precisamente, sino el comerciante el que hizo fortuna con la invención.

LO QUE DICEN LAS ARMADURAS

La talla de nuestros abuelos.—Felipe II era pequeño.—Carlos V y el rey Don Sebastián. Cómo se construían las armaduras.—No degeneramos.

Añeja costumbre ha sido atribuir a los tiempos y personas que pasaron, condiciones y virtudes que distaron mucho de poseer; pero el pasado es como la sombra, según la copla popular:

“...que cuanto más se aleja,
más cuerpo toma.”

De aquí que se haya discutido en todos los tonos y servido de tema a infinitas elucubraciones, averiguar si la humanidad degenera moral y físicamente.

Respecto a lo primero, bien probado está que no, pese a los espíritus retrógrados.

Pero lo que atañe a lo segundo, tema que motiva estas líneas, procuraré probar con datos, incontestables, cuánto se equivocan en los suyos los que creen como artículo de fe en la degeneración física de la raza humana, y exclaman en todo momento: “¡Qué hombres los del día!”, sin acordarse de que en su juventud presumían

de tener los pies pequeños, bebían vinagre para tener una interesante palidez y consideraban de mal tono el ser robustos y fuertes.

El vulgo, y éste abunda en todas las clases sociales, juzga siempre por impresiones, y claro está que al visitar, por ejemplo, un museo de armas y ver las férreas armaduras, los pesados mosquetes y las gigantescas lanzas de justa, lo primero que piensa siempre es que los hombres que manejaban todo aquello debieran haber sido de atléticas fuerzas, y por consecuencia, semi gigantes, y no se paran a meditar que las armaduras se acostumbraban a usarlas desde la niñez; en los pasos de armas sólo se las ponían en el preciso momento de entrar en combate; los mosquetes se apoyaban en una horquilla, y las lanzas de torneo eran de pino y huecas. Tampoco piensa que una armadura entera, colocada sobre un pedestal, aparece a la vista de mayor tamaño que el verdadero.

Esta ilusión de óptica fué sin duda la que indujo a error a los organizadores de un torneo que se llevó a cabo en Londres, con ocasión de unas fiestas en ho-

nor de la reina Victoria. Buscáronse, para vestir las armaduras de su museo a los mejores mozos de la Guardia Real; pero hubo que desistir en vista de que les estaban pequeñas, como asimismo a los soldados de caballería, teniendo que recurrir en último extremo a los mozos más enclenques de la infantería de línea.

Si se tratase de hacer otro tanto en cualquiera de los pueblos que conservan en sus museos lo que pudiéramos llamar las cáscaras de nuestros abuelos, se vería que la talla media en general era en los siglos

xv y xvi la que hoy consideraríamos como baja. Las excepciones son raras, pues muy pocas armaduras se conservan en los museos para hombres que en nuestra época llamamos buenos mozos, y ninguna para los que alcanzan estaturas casi gigantescas.

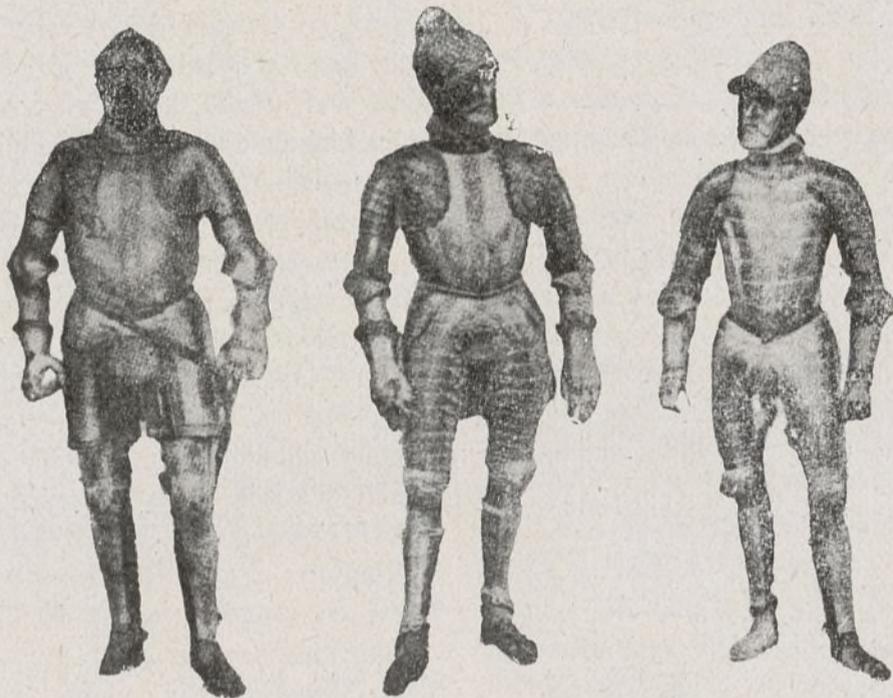
Perogrullada (valga lo rampión de la frase) sería por parte mía aducir, en pro de lo aquí sostenido, que

el hierro no ha podido menguar en las armaduras y que ni hay razón para que no hayan llegado hasta el siglo xx solamente las pequeñas.

No sé si habré llevado el convencimiento al ánimo del lector. Si éste es, cual yo, de poca talla física, puede servirle de satisfacción pensar que de haber nacido hace tres siglos, hubiera podido parecer mejor mozo, siquiera sea esto un consuelo de tres siglos ha, como diría un conocido escritor.

Y ya que de tallas se trata, séame permitido dar algunos detalles de la que alcanzaba el rey Felipe II. Este dato, indudablemente, carece de importancia para la Historia, y lo facilitamos sólo a título de curiosidad, en la creencia de que el profundo interés que inspira quien tan poderosa influencia ejerció en los destinos de nuestra patria, avalora hasta los más nimios detalles referentes a su persona, de la cual nos han facilitado muchos, por cierto, los cronistas de aquella época.

Este monarca, verdadero fundador de la Armería Real, de Madrid, nos ha legado en ella una rica colección de sus armaduras, de autenticidad indiscutible,



Carlos Quinto en sus últimos años (Arnés de Muhlborg). — Arnés del Rey D. Sebastián de Portugal labrado por A. Peffenhauser. — Arnés de parada de Felipe II, labrado por Colman.

que son, por decirlo así, los estuches que encerraron alguna vez el pequeño cuerpo de una figura histórica muy grande.

Aunque el Rey no tomó parte activa en ninguna batalla, tuvo en su juventud gran afición a las varoniles ejercicios de justas y torneos, acreditando su destreza en los de Madrid, Valladolid, Guadalajara, Alcalá, y en los numerosos pasos de armas celebrados durante su viaje por Alemania y los Estados Bajos de Flandes, según hace constar su cronista Calvete de Estrella.

También hay noticias de haber roto lanzas en las fiestas celebradas en ocasión de su matrimonio con la reina de Inglaterra, María Tudor.

Ocioso es decir que hubo necesidad para tales recreos de hacer construir fastuosos y variados arneses, conservados en su mayor parte hasta nuestros días en el citado Museo de la Corona, verdaderos alhajas por las cuales podemos afirmar que el fundador del Monasterio del Escorial poseía gusto artístico exquisito, como lo prueba también el haber llevado en su compañía, durante el viaje por Flandes, al pintor Diego de Arroyo, al que se deben los originales enviados a Alemania para la ornamentación de casi todas las armaduras del rey y las pinturas de varias sillas del caballo.

Las armaduras se construían a la medida del que había de usarlas, medida que no se tomaba de ligero, sino sacando moldes en cera y plomo del personaje a quien se destinaban. Entiéndase que esto era para arneses de importancia, no para los que pudéramos llamar de munición.

La que mejor puede servir a nuestro objeto, tratándose de Felipe II, es la de parada o de lujo, em-

pavonada, repujada y nielada de oro, obra de los artífices Desiderio Colman y Jorge Sigman, de Ausburgo, por los años de 1549 a 1552.

La armadura es completa de arriba abajo, dando en total la medida de 1,61 metros, descompuesta en esta forma:

Desde la planta del pie a la rodilla, 0,45; de ésta a la cintura, 0,51; de la cintura, al hombro, 0,40; como va cubierta por una borgoñota de alto crestón hemos asignado a la cabeza una altura de 0,25, que corresponde a la que proporcionalmente tiene un hombre de esta talla.

Esta es la de Felipe II, algo menor que la de su padre, el emperador Carlos V, como puede verse por las armaduras que de éste se conservan en la Armería. Junto a la vitrina en que se exhibe la mencionada armadura de Felipe II, se ve otra, atribuida, con sólido fundamento, a don Sebastián de Portugal, el desgraciado rey desaparecido en 1578, en la jornada de Alcazarquivir. Las proporciones de dicho traje de guerra se ajustan perfectamente con este párrafo, que a ambos monarcas se refiere:

"Su Majestad el Rey de Portugal es de buen talle, más alto que el Rey, un poco más fornido y gordo, y muy blanco y con mucha color en el rostro, poca barba y rubia, como el señor don Juan." (Morel-Fatio. *L'Espagne du XV et XVII siècle*, pág. 141. Recibimiento que el Rey nuestro señor hizo al de Portugal en Guadalupe, 10 de diciembre de 1576.)

Las medidas de las talles de Carlos V y del rey don Sebastián son, según sus armaduras, 1,70 metros y 1,65 metros, respectivamente.

JOSE MARIA FLORIT

¿COMO FUE DESCUBIERTO EL FUEGO?

La idea de hacer fuego no podía presentarse al que ignoraba sus beneficios y puede ser que no conociera su existencia no habiéndolo visto nunca.

En nuestra opinión, los primeros hombres que se han servido de él han utilizado simplemente un incendio de pradera causado por el rayo. La sensación que les procuró el aire calentado les fué muy agradable. Pensaron en prolongarlo y en utilizarlo. Recogieron algunos fragmentos de madera, juntándolos con menudas cantidades de cenizas incandescentes.

Tal fué el principio: recoger el fuego y mantenerlo.

Sobre los espacios recorridos por el incendio, los animales se veían sobre el suelo semicarbonizados. Los trogloditas, para quienes la nutrición era su preocupación constante, no tardaron en utilizar estas presas fáciles, que no pedían que las siguieran ni lucha ni trabajo para ser capturadas. Sin duda que el gusto de la carne cocida agradó sus paladares, y tomaron la costumbre de exponer al fuego el producto de su caza, cuando aquéllo les era imposible.

Vino después un día en que pensaron en utilizar la chispa del silez para inflamar la yesca seca, las hojas muertas, el pelo de algunos animales.

Más tarde, puliendo un objeto de piedra, de madera o de hueso, el obrero notó que el frotamiento calentaba su utensilio, y se hizo un aproximamiento entre el calor que emanaba del objeto y el fuego. De aquí nacieron los medios empleados todavía actualmente por los pueblos primitivos: fricción de un bastoncillo en la ranura de un bambú cortado longitudinalmente y desembarazado de su medula, rotación entre las manos por medio de un cargo de una varilla afilada en su punta y colocada en su pequeña cavidad, en la que ponen un pedazo de madera dura.

Ciertamente, para estos hombres que no sabían cómo provocar el fuego, su mantenimiento fué objeto de cuidados muy asiduos. En tanto que el hombre seguía al reno, al bisonte y al caballo, la mujer preparaba las pieles destinadas a los vestidos, alimentaba el calor, era la guardiana en suma.

VIAJEROS HECHOS REYES

Núñez de Balboa.- Hernán Cortés.- Draque
Los Marco Polo.- Más españoles

Cuéntase del conquistador español Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico, que fué uno de nuestros aventureros más afortunados en todas sus empresas. Y en efecto, mientras casi todos sus colegas, cada vez que emprendían un viaje tenían que luchar a cada paso con los salvajes de aquellas regiones hasta entonces no pisadas por plantas europeas, él era casi siempre bien recibido, y más de una vez se le confrieron por los indios honores que parecen cosas de cuento. Al visitar el territorio del cacique Careta, éste reconoció su fuerza y le dió en matrimonio su propia hija, y más tarde, llegando a los dominios del cacique Comagre, hizo éste que uno de sus hijos saliera a recibir a los españoles y les repartiase infinidad de objetos de oro puro, demostrándoles así el placer con que eran recibidos.

Y no paró ahí la amabilidad de los reyezuelos indios. El mismo hijo de Comagre, al ver que los soldados españoles se disputaban llenos de ambición aquel oro, les indicó el camino que debían tomar para llegar a un país donde encontrarían en mayor abundancia el rico metal.

Adorados como dioses

De estos grandes recibimientos hubo ejemplos, aunque no muy frecuentes, en las empresas de algunos otros viajeros españoles. Uno de ellos lo tenemos en el descubrimiento del Perú.

Cuan Pizarro desembarcó en Tumbez, a la sazón gobernado por Huaina-Capac, se encontró con que lo mismo éste que sus súbditos se llegaban al navío con profundas muestras de temor y reverencia. Aquellos infelices indígenas, que jamás habían visto hombres blancos ni rostros barbudos, ni tampoco barcos de aquellas dimensiones, juzgaron a los españoles seres divinos, y prestándoles acatamiento les ofrecían toda clase de tesoros de oro y plata. Aquel agrada-



La coronación de Drake.



El Gran Khan, entregando la plancha de oro a los hermanos Marco Polo.

ble recibimiento sirvió de mucho a Pizarro en sus siguientes viajes.

En todas partes era bien recibido, y al llegar a la bahía de Santa Cruz, cuál no sería el agrado con que recibió a los viajeros la reina Capillán, que muchos de aquéllos se negaron a reembarcarse, prefiriendo vivir en tan rico país.

Drake, coronado.

Pero ningún aventurero español fué jamás tan bien recibido como el inglés Drake cuando llegó a la costa de California, el 17 de junio de 1579.

Aún no había desembarcado el célebre pirata, cuando llegó un indio en una canoa echando al aire unas plumas como signo de paz, y arrojó a la cubieta del barco una cesta llena de tabaco, escapando después a todo remo. Cuatro días después, Drake estableció un campamento en la costa e hizo contruir un tosco fortín de piedra para custodiar el cargamento mientras se hacían algunas reparaciones en la nave. Poco a poco fueron apareciendo indios que miraban asombrados aquel gigantesco buque en el que hubiera podido haber toda su tribu. Comprendiendo su asombro, Drake mandó hacer algunos disparos al aire, y con aquello llegó a su colmo la admiración de los pobres indígenas. Aquellos hombres blancos que sabían hacer fuego en el aire, que manejaban una embarcación grande como un pueblo, y que llevaban trajes de terciopelo y brillantes cerazas, se les debieron presentar como seres sobrenaturales, y dos días después, al pie de la colina amanecieron grandes multitudes de salvajes ofreciendo plegarias y sacrificios a aquellos hombres maravillosos.

El famoso pirata inglés fué lo bastante noble para convencerles de que no eran dioses. Sin embargo, los indios no querían separarse de él sin mostrar el aprecio en que le tenían, y acto seguido le proclamaron rey de su país, coronándole con soberbia diadema de pluma.

El que llegó a primado.

Pero de todos los grandes recibimientos hechos a viajeros europeos, el más famoso en la historia es el que Kubilai-Kan hizo al padre del veneciano Marco Polo, y más tarde a este último. Nicolás Polo y un hermano suyo partieron de Venecia en 1255, al cabo de algunos años llegaron a la residencia del famoso

Kan, quien les hizo una porción de preguntas sobre las naciones, príncipes y religión de la raza latina. Las respuestas de los venecianos admiraron tanto al famoso conquistador de la China, que éste convocó un Consejo de príncipes de su reino y acordó que los dos europeos fuesen a Roma para suplicar al Papa enviase cien doctores en teología que convirtiesen al cristianismo a aquellos idólatras. Les dió, en efecto, cartas para el Papa, hizo que les acompañase uno de los primeros nobles del país y les entregó, en fin, una gran plancha de oro, que había de servirles de pasaporte y salvoconducto en todos sus dominios.

Al regresar Nicolás Polo a Europa, encontró a su hijo Marco de quince años de edad, y con él y dos misioneros regresó a la corte del gran monarca asiático. A los eclesiásticos les faltó valor para llegar al fin del viaje. Marco Polo y su padre, en cambio, llegaron hasta la corte de Kubilai, y éste les hizo un recibimiento digno verdaderamente de príncipes. Con tal distinción los trató y tales fiestas organizó en su honor, que pronto se llenaron de celos los cortesanos. El joven Marco se captó desde luego las simpatías de Kubilai, recibió de él honores de todas clases, y llegó a ser su privado y hasta gobernador de una provincia en la China.

El rey abisinio y el viajero español

Mas no se crea que estos favores regio dispensados a personas que no tienen más mérito que el sacrificarse por las ciencias o por las glorias de su país, son solamente cosas de tiempos pasados. En nuestros días también ha habido viajeros que han merecido la atención de los reyes. Como ejemplo puede servir el recibimiento dispensado a un explorador español, Abargues de Sostén, por el rey Juan, de Abisinia, en julio de 1881. El monarca etiope hizo disparar en honor de nuestro compatriota siete cañonazos, la salva mayor que jamás se había ordenado en el país, y ordenó que los sacerdotes entonasen un himno en honor del visitante declarándole amigo del soberano. Con todo, se mostró un tanto receloso hasta que estuvo convencido de que Abargues de Sostén era hombre de ciencia y no un cónsul o un comerciante. Llevaba Abargues algunos regalos para el rey abisinio, y entre ellos un retrato de D. Alfonso XII. El rey



Núñez de Balboa.

Juan quedó maravillado al ver quella imagen, pues jamás había recibido nada por el estilo.

—Tu rey—dijo al viajero—me quiere, pues me envía su persona tan bien pintada. ¡Me parece que sus ojos se mueven y que está vivo! Tu rey es hermoso y me gusta.

Y después de mirar por todas partes la pintura hizola colocar en su alcoba, frente a su cama, “a fin de poder admirar mejor a su hermano”.

Este caso hace recordar a otro viajero español, el célebre Badía y Leblich, que con nombre árabe y fingiéndose príncipe de la familia de los abbasidas, recorrió todo el Oriente y vió cosas que jamás antes que él habían visto ojos cristianos. Al llegar a Marruecos, el sultán Muley Solimán le recibió como verdadero descendiente de príncipes, y le otorgó un honor nunca concedido a otros viajeros, cual era el enviarle los dos panes imperiales, símbolo de fraternidad.



Ayuntamiento de Madrid

Efemérides de Febrero

El que, según dicen, era en tiempos romanos el último mes del año, y como tal, dedicado a purificaciones, se llamó, en aquella fecha, *Februarius*, y en nuestro idioma, Febrero.

Examinando los acontecimientos militares y políticos que durante él se realizaron, casi se justifica el proverbio agrícola, que llamó Febrerillo loco al mes que, por contar en sus días el Carnaval, es también un símbolo de la locura, resultando en definitiva poco cuerdo, sea cualquiera el cristal a través del cual se le mire.

* * *

Siguiendo el orden cronológico de días, en lo que a acontecimientos se refiere, cabe registrar, como realizado el 3, en 1875, el levantamiento del bloqueo que a Pamplona tenían puesto las tropas carlistas.

Es nota curiosa del episodio, que el ejército que tal realizó estaba al mando personal del Rey D. Alfonso XII, que proclamado tal en Sagunto un mes antes, quiso, poniéndose al frente de las tropas liberales, mostrarse digno de ocupar el trono de San Fernando.

Al siguiente día, el nombrado monarca, de imborra recuerdo para el Ejército, a pesar de merecer el glorioso sobrenombre del Pacificador, recibió su bautismo de fuego en la venta de San Cristóbal, donde fueron heridos varios de los que en su séquito formaban.

* * *

En 10 de enero de 1878, el pacto de Zanjón puso fin a la primera guerra separatista de Cuba, que duró diez años, dando principio en época calamitosa, cuando discordias políticas de todas clases hicieron temer un momento que el nombre de España, como nación, pasara a la Historia, en calidad de cosa que fué.



Batalla de Tetuán. Cuadro de Sans.

En el mismo mes, el día 24, diecisiete años más tarde, con el llamado "grito del Baire", empezó la tercera y última insurrección cubana, verificándose el pri-



"El Emperador Carlos I en Yuste." Cuadro de J. Agrasot.

mer encuentro con los insurrectos, en Veguitas, a las cuarenta y ocho horas.

* * *

Llegamos al más trascendental que pudo ser de los acontecimientos políticos, que en España se realizaron durante el presente mes: es la proclamación de la República, hecha en el Congreso, la noche del 11, en 1873.

Suceso de tanta monta, afortunadamente fué una ráfaga de las que sólo tienen fuerza para doblar momentáneamente los árboles, no para troncharlos.

De lo que aquello fué nada puede dar idea más cabal que algunas frases del hombre bueno y político honrado a quien la Historia llama *Emilio Castelar*.

"Entonces—decía el ilustre tribuno en artículo publicado por él—vimos lo que quisiéramos haber olvidado... asonadas, indisciplinas militares; republicanos muy queridos del pueblo muertos a hierro en las calles...; bandas que salían de unas ciudades para pelear o morir en otras, sin saber por qué ni para qué...; la capital de Andalucía en armas..."

"La escuadra española pasando del pabellón rojo al extranjero...; nuestros parques disipándose en humo, y nuestra escuadra hundiéndose en el mar; la ruina de nuestro suelo, el suicidio de nuestro partido, y al siniestro relampagueo de tanta demencia en aquella caliginosa noche, la más triste de nuestra Historia contemporánea, surgiendo de los escombros, como rapaces nocturnas aves, las siniestras huestes carlistas, ganosas de mayores males, próximas a consumir nuestra esclavitud y nuestra deshonra, y a repartir entre el absolutismo y la teocracia los miembros despedazados de la infeliz España."

* * *

El día 14 del mes objeto de estas líneas, el año 1898, en la bahía de la Habana, sin que aun se sepa el por qué voló el acorazado "Maine", de la Marina de los Estados Unidos, tomándose por pretexto el trágico suceso para una de las guerras más injustas y desiguales que se registran en la historia de la humanidad.

Está muy próximo aún el hecho lamentable, para que sobre él puedan hacerse los oportunos comentarios; más tarde, la Historia los hará.

Allá por el año 1809, el 20 de febrero, unos cuantos espectros, algunos niños y un grupo numeroso de ancianos, entregaron la entonces heroica ciudad de Zaragoza, la antigua César Augusta, a las tropas francesas, haciendo que la generación actual, al conmemorar, en 1908, la gran epopeya, declarase *Inmortal* a la ciudad, que sufriendo peste, hambre y asedio, supo, a los acordes de la jota viril, hacerse digna de tener *El Pilar*.

* * *

Al finalizar el loco febrerillo del año 1557, el más *extenso* Emperador del Mundo, el que siempre tenía en sus Estados luz del sol, el que vió las banderas castellanas en las cumbres de los Andes y en las selvas alemanas, buscó en un rincón del Monasterio de Yuste la paz del alma y la quietud que el mando ahuyentó de su lado.

¡Arranque de sencillez que pintores y poetas perpetuaron, a más de hacerlo en sus páginas la Historia!

* * *

En acciones bélicas fuimos algo más afortunados: comienza el mes por la batalla de Tetuán, librada el día 4 y la más seria de cuantas se verificaron en el continente africano.

El número de piezas de Artillería cogido al enemigo, cerca de 90, las tiendas de campaña, 800, y la considerable cantidad de municiones que en Tetuán dejaron sus defensores, son una prueba palmaria de la importancia que el combate tuvo.

Nunca hubo en Africa, más que entonces, una batalla en la que apareciesen los marroquíes, por el armamento y organización, cual un ejército regular y no como colección de cabilas o bandas rebeldes.

El triunfo fué de tal magnitud, en lo material y en lo moral, que soliviantadas las naciones europeas que concibieron el proyecto de crear intereses en el Norte de Africa, funcionó su diplomacia, y entre imposiciones, veladas y consejos maliciosos, hicieron que la guerra fuese para nosotros una aventura completamente romántica.

¡Cuánta sangre y cuánto dinero ahorrado si entonces hubiese ondeado en Tánger la bandera española!

Acaso dentro de muy poco podremos apreciar la verdad de tal lamentación y lo inoportuno de complacencias que, al fin y a la postre, hubo que revocar.

Un cincuentenario antes del hecho cumbre a que acabamos de referirnos, casi en el mismo día, las tropas francesas del Mariscal Suolt comenzaron el sitio de Cádiz, que duró dos años largos, sirviendo de base a un poeta para aquellos versos que dicen:

Con las bombas que tiran
los fanfarrones
se hacen las gaditanas
tirabuzones.

No necesita el hecho que tratemos de reforzar su celebridad; se la dieron ya muy grande el insigne Galdós y los autores de la zarzuela que durante mucho tiempo constituyó las delicias de la generación que comienza a partir para el más allá.

* * *

En 1525, tropas españolas, en su esencia, al mando de un caudillo español, vencieron en Pavía al aguerrido ejército francés, que nos disputaba la supremacía en Italia.

El hecho, uno de los más discutidos técnicamente por considerar los tratadistas que allí se hicieron firmes muchos preceptos del arte de la guerra y nacieran otros tantos, produjo el episodio, nada corriente, de ser uno de los prisioneros el Rey, que asumía el mando del ejército francés.

Francisco I, víctima de una obcecación que le hizo perder a casi todos los que formaban su séquito, hubo de entregar la espada al soldado Juan de Urnieta, y una corta temporada fué huésped de Madrid, donde pasó el cautiverio no muy penosamente.

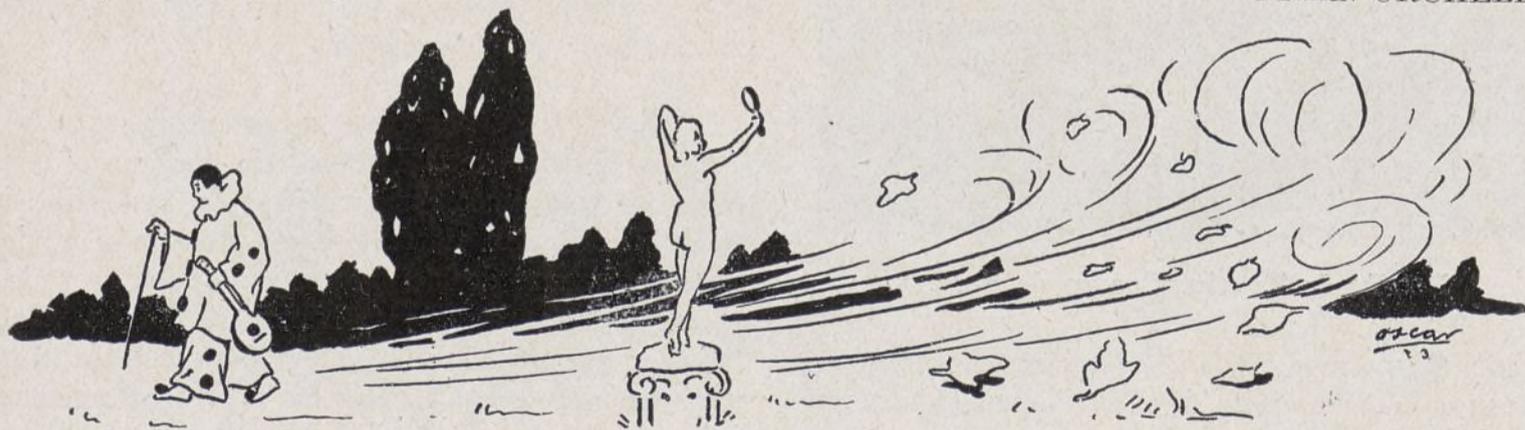
* * *

El último día del mes, en el año 1876, por más señas bisiesto, el general Malcampo terminó la obra de posesión del Archipiélago filipino, apoderándose de Joló, no sin grandes y continuados esfuerzos.

Sin embargo, la isla nunca pudimos poseerla por completo, viéndose obligada la guarnición y la colonia a vivir entre murallas; numerosos compatriotas perdieron la vida a manos de aquellos fanáticos juramentados, que en paseo, en el café, hasta en la iglesia, entregaban gozosos su vida a cambio de haber matado, al amparo de la sorpresa, dos o tres castilas.

Y no da más de sí que merezca recordarse el loco febrerillo, durante el que los auspicios primaverales realizan las bodas de un momento entre la Locura y el Amor.

FERMIN ORCHELL



Pocos personajes habrá habido en el mundo, que hayan intrigado a los historiadores más que este célebre soberano. Rey de Suecia a los quince años, tenía una constitución de hierro, y mostró desde un principio una energía, una actividad, que asombraban a sus propios enemigos. Cuando Rusia, Polonia y Dinamarca se coaligaron contra él, lanzóse resueltamente a la lucha y en poco tiempo derrotó a los tres soberanos y pudo imponerles condiciones. Pedro el Grande fué el único que se arriesgó a revolversé contra él, derrotándole en Pultava. Después de pasar cinco años en Turquía, donde había entrado como fugitivo, Carlos XII volvió a la lucha, proyectando la conquista de Noruega, que había de ir seguida de un desembarco en Escocia para destronar a Jorge I, en beneficio de los Estuardos; combinó este plan con los que Alberoni meditaba respecto a España y Francia.

Ya había conseguido hacerse dueño de una gran parte de Noruega, cuando una noche, visitando una trinchera en el sitio de Frederikshall, un balazo cortó su vida, y con ella todos aquellos planes que parecían destinados a cambiar la faz de la Historia. Y aquí comenzaron los grandes problemas referentes a tan infatigable guerrero.

Al año de su muerte, algunos de los soldados que pelearon a sus órdenes manifestaron sospechas sobre el modo cómo había ocurrido aquélla.

El Rey, en el momento de ser herido, estaba detrás de uno de los cestones de la trinchera; acababa de cenar allí mismo con la frugalidad que caracterizaba todas sus comidas, y se hallaba de pie, sacando fuera un poco de la cabeza solamente. ¿Era posible que en estas condiciones, y en la oscuridad de la noche, pudieran apuntarle desde la plaza sitiada? ¿No sería más fácil que hubiese muerto asesinado por alguien que estuviese en la misma trinchera?

Un suceso imprevisto vino a dar fuerza a estas sospechas. Un francés llamado Siguier, que había sido edecán de Carlos XII y estuvo con él en el sitio de

Frederikshall, cayó presa de unas calenturas, y en el delirio abrió la ventana y empezó a decir a gritos que él era el asesino del Rey y a pedir perdón de su crimen.

No hizo falta más para que todo el mundo creyese en el asesinato. Se decía que la reina Ulrica, hermana del monarca difunto, era la verdadera instigadora del crimen y que había pagado a Siguier 1.000 ducados para que lo llevase a efecto. Sólo cuando el ex edecán murió pobre en Francia, se reconoció su inocencia; pero se acusaba a otras personas, y para obrar sobre seguro, en 1746, se exhumó el cadáver de Carlos XII con el fin de comprobar la forma de la herida.

Puede calcularse de qué talla serían los peritos encargados de esta investigación, por el hecho de que tomaron el orificio de salida de la bala por el de entrada. Como es natural, de este modo el rey resultaba herido por el lado derecho, que tenía vuelto hacia dentro de la trinchera, y toda Suecia siguió creyendo en el crimen. Hasta hubo quien aseguró que había conocido al autor, y se dió el caso de que algún personaje de la corte fué

despojado de sus títulos y empleo por suponersele hijo o nieto del regicida.

Durante un siglo se habló mucho en Europa del asesinato de Carlos XII, hasta que en 1859, ante las afirmaciones en contra del historiador Müller, el rey Carlos XV hizo volver a sacar el cadáver, que fué detenidamente examinado por el monarca, por algunos personajes de la corte y por tres eminencias médicas. De este nuevo examen resultó demostrado que la bala que dió muerte al malogrado monarca había sido disparada desde enfrente de la trinchera.

Con esto quedó resuelto el misterio de la muerte de Carlos XII, pero entonces precisamente comenzó el problema de su vida.

A poco de haberse vuelto a sepultar el cadáver, entre las personas que conocían a algunos de los testigos de aquel acto empezó a correrse la voz de que el cuerpo examinado era el de una mujer.



Carlos XII de Suecia.

Comó Bradamante y Marfisa en el "Orlando furioso" de Ariosto, como nuestra Varona de Castilla y nuestra monja alférez, Carlos XII no había sido otra cosa que una denodada doncella, a quien arranques varoniles convirtieron en un héroe. Mas los rumores duraron poco tiempo; o los que los propalaron se convencieron de su error, o les convino parecer convencidos; el hecho fué que nadie volvió a hablar del asunto.

Ocurrió, sin embargo, que entre los que presenciaron la inhumación estaba el padre del profesor Aurell, y fué de los que aseguraron que Carlos XII era una mujer.

Lo cierto es que en la personalidad del monarca sueco hay muchos detalles que apoyan la afirmación del docto catedrático. Sus mismas facciones, aunque enérgicas, eran completamente femeninas, su figura esbelta y grácil, y sus manos más pequeñas y delicadas de lo que conviene a un guerrero curtido en cien combates. Mientras todos sus antecesores usaron barba y bigote, Carlos XII llegó a los treinta y seis años imberbe como un niño. Añádase a esto su repugnancia a cambiar de ropa en los campamentos, donde hasta dormía vestido. Herido en Pultava, en vez de dejarse curar huyó a territorio turco.

Parece lógico que un monarca emprendedor, con la cabeza llena de proyectos gigantescos, pensase en un sucesor que supiera terminarlos o aprovecharse de ellos. Así lo hizo más tarde Napoleón; pero Carlos XII ni se casó, ni quiso oír jamás a quien le ha-

blaba de matrimonio. Más aún: estando en Turquía, el sultán le ofreció un harén entero, y el soberano de Suecia se negó a aceptar ni una sola mujer.

Carlos XII no bebía licores, ni juraba. Tenía además rasgos propios del carácter mujeril, caprichoso y tornadizo. Amable y bondadoso por naturaleza, irritábase de pronto y condenaba a la rueda al ministro ruso Patkul, mientras se reía de las trampas y prodigalidades de su tesorero.

Un dato más: cuando cayó muerto en Noruega, sus ayudantes se apresuraron a recoger el cadáver y a enterrarlo sin hacerle la autopsia, a pesar de las sospechas de asesinato que comenzaban a levantarse. Parecía como si temieran que se descubriese algún secreto. Después, fueron varios los antiguos familiares del rey que espontáneamente se confesaron sus asesinos, a pesar de no haber existido regicidio. ¿No querrían con esto evitar investigaciones que descubriesen el verdadero sexo del héroe o heroína?

Después de todo, nada de extraño tiene que Carlos XI, verdadero creador de la civilización sueca, a la que dotó de importantes instituciones, al verse sin hijos varones, quisiera que una de sus hijas hiciese las veces de hombre para continuar su obra; y por otra parte, Suecia no tendría por qué avergonzarse de que Carlos XII hubiera sido una mujer, habiendo en su historia una reina tan varonil como la famosa Cristina, que ciertamente hizo mucho menos por la grandeza del país.

COSAS DE MADRID

LA PLAZA MAYOR

No ya en la capital de España, sino acaso en España entera, no habrá probablemente plaza, calle ni paeso que haya cambiado de denominación más veces que la plaza de la Constitución, vulgarmente conocida por los madrileños como Plaza Mayor. Empezó esta plaza a formarse en 1494, de modo que es casi contemporánea del descubrimiento del Nuevo Mundo. Por quedar entonces fuera del recinto amurallado de Madrid, llamábase plaza del Arrabal. Más adelante, cuando ya fué comprendida en la ciudad murada, fué cuando se le llamó plaza Mayor.

Con este nombre continuó hasta 1812, en cuyo año se levantaron en ella arcos de triunfo para recibir a lord Wellington y a sus victoriosas tropas. El día 15 de agosto se proclamó en esta plaza la Constitución promulgada en Cádiz, y para conmemorar este hecho, sobre el balcón de la Casa Panadería se puso una inscripción con el nombre de "Plaza de la Constitución" en letras de oro.

Cerca de dos años más tarde, el 11 de mayo de 1814, esta inscripción fué hecha pedazos al grito de

"¡Vivan las caenas!", y en su lugar se dió a la plaza el nombre de Plaza Real. En marzo de 1820, hubo un nuevo cambio, volviendo a emplearse el nombre de Constitución; pero en 1823, el 24 de mayo, el rótulo constitucional era arrancado de nuevo y sustituido otra vez por el de Plaza Real.

Así estuvo la plaza doce años. En 1835 hubo un motín contra el conde de Toreno, y otra vez fué quitado el título de Real y puesto en su lugar el rótulo "Plaza de la Constitución". El día 12 de febrero de 1873, recibió el nombre de plaza de la República; el 24 de abril del mismo año, esta denominación fué ligeramente modificada; la plaza se llamó "Plaza de la República Federal", y con este título estuvo hasta el 3 de enero del año siguiente, en cuya fecha se restableció de un modo definitivo, hasta ahora, la lápida con el nombre de "Plaza de la Constitución".

Nueve veces, por tanto, se ha mudado el nombre de la antigua plaza Mayor, y de estos nueve cambios, ocho han tenido lugar en menos de un siglo.

“¡Oh, Profeta!—dice el Corán que le dijo Dios a Mahoma—. Lícito te es desposarte con las mujeres que hubieres dotado, con las cautivas que he hecho caer en tu poder, con las hijas de tus tíos y de tus tías que huyeron contigo, y con toda mujer fiel que te entregare su corazón. Sabemos cuáles son las leyes del matrimonio que establecimos para los creyentes, y no temas hacerte culpable usando de tu derecho. Dios es indulgente y misericordioso. Tú puedes recibir la mujer que habías desechado, a fin de restituir la alegría al corazón donde reinaba la tristeza. Tu voluntad será su ley. No puedes aumentar el número de tus esposas (Mahoma tenía entonces cuatro), ni podrás cambiarlas por otras cuya hermosura te enamore; pero siempre te es lícita la co-

municación con tus esclavas. Dios todo lo observa; es sabio y vigilante.”

En estas palabras del Libro está fundado el régimen familiar musulmán. Desperdigados en otras *suras* de la Escritura Santa, hay una porción de preceptos igualmente aplicables a la familia, tales como el derecho de sucesión, los casos y formas del divorcio, las obligaciones para con los deudos y las viudas y el régimen de la hospitalidad. Todo ello es conocidísimo, y sería sobra de pedantería descubrirlo aquí.

Un breve resumen basta para indicar la ley musulmana, ni más tiránica ni menos inhumana que la que la Junta de los grandes jurisconsultos romanos



PAISAJES DE SOL.—Un bello rincón africano.

recopiló y expurgó de los antiguos textos latinos, por orden del Emperador Justiniano.

En la familia mahometana, los hijos varones heredan y excluyen a las hembras. Sólo cuando no hay descendientes masculinos, entran a participar del acervo las mujeres. No nos asustemos: en el Derecho catalán pasaba lo mismo, y aun peor.

El divorcio existe, no sólo sancionado, sino ordenado como precepto, en caso de estabilidad. En el adulterio no hace falta, porque la ley autoriza al marido para hacer tajadas de la adúltera. En otros casos señalados, el moro puede repudiar a su mujer. En esto Mahoma mostróse tolerante en demasía y siguió, indudablemente, el cuerpo legal de Moisés. El marido debe indemnizar a la mujer repudiada y devolverla, desde luego, todo lo que ella trajo al matrimonio.

A los deudos pobres se les debe asistencia. El huésped es sagrado. Pero también el huésped debe observar ciertas obligaciones impuestas por el Profeta a sus amigos y comensales; entre ellas, la de no estorbar y la de no prolongar la sobremesa. Es muy curioso el precepto coránico que contiene estas advertencias:

“¡Oh, creyentes! No entréis sin su permiso en la casa del Profeta, excepto cuando os convidare a su mesa. Salid de ella separadamente tras la comida, y no prolonguéis vuestras visitas, porque le ofenderíais. El se sonrojaría de decíroslo; pero Dios no se sonroja de la verdad. Si algo tenéis que preguntar a sus mujeres, hacedlo a través de un velo; así, vuestros corazones y los de ellas se mantendrán en la pureza. ¡Oh, Profeta! Manda a tus esposas, a tus hijas y a las mujeres de los creyentes que se cubran el rostro con un velo, el cual será la señal de su virtud y el freno de las hablillas del vulgo. Dios es indulgente y misericordioso.”

He aquí, pues, la explicación del velo de las musulmanas, sin el cual—no hablo de las infelices cabileñas de la sierra, donde no se observa tal práctica—no osarán presentarse en público ni en privado.

Es un error creer que los moros están mal educados. Se habla, naturalmente, de los moros que poseen alguna educación. El moro montaraz, el infeliz cabileño, víctima de su ingénita miseria, no es ni más ni menos grosero que nuestros simplicísimos paletos. En cambio, los moros se quedan asombrados de algunos de nuestros usos y costumbres. Entre ellos es, por ejemplo, de una ordinariez rayana en bellaquería señalar a alguno con el dedo. Cuando se pasa junto a un hombre que trabaja, debe decirsele: —¡Al-lah ia-unek! (“Que Dios te ayude”)—, que viene a ser la fórmula que nosotros empleamos para los que estornudan. En cambio, allí, al que sufre esta irritación pituitaria se le dice:

—¡Que Dios te bendiga!—; y es mucho más bonito.

No se debe preguntar jamás a un musulmán por la salud de su mujer. Es una ofensa. En su lugar, se debe mezclar el nombre de Dios en todas las ocasiones que se pueda: —*In cha Al-lah!*—. ¡En nombre de Dios! ¡Si Dios quiere!

En todos los saludos, Dios es de rigor: —¡*Al-lah ibarek!* ¡*Baraka-Al-lah-u-fik!* ¡*Al-lah verhamu!*

Cuando se habla con un superior, no se le replica, aunque diga un disparate: —¡*Enta taraf!* (¡Tú sabes más que yo!)—, es la fórmula de la cortesía. Y si le riñen a uno por cualquier desaguisado cometido, hay otra fórmula que desarmará la cólera del imprecador, de cien veces, noventa: —¡*Maktub Rabbi!* (¡Estaba escrito!)—. Y no hay más remedio que conformarse. El *maktub Rabbi* lo emplean hasta los criados que rompen un plato; y el amo cree que, efectivamente, estaba escrito en el cielo que aquel día le descompusieran la vajilla.

Si se encuentra en la calle a un vendedor de babuchas que os importan con su comercio, le decís: —¡Que Dios te aumente la mercancía!—, y el babuchero os dará las gracias y os dejará en paz.

Cosas de mala educación son: nombrar el fuego (*en-nar*). Para pedir fuego, se dirá: ¡Dame la paz... para encender el cigarro! La palabra *en-nar* es como aquí la *bicha*, porque recuerda el fuego del infierno. No se debe sepliar una luz. Debe apagarse haciendo aire con la mano. Comer en la calle es más que una inconveniencia: es un pecado. Sólo se les consiente a los *santos* (los locos). La excesiva curiosidad es considerada como un grave defecto. Marchar de prisa, galopar sobre un caballo sin necesidad urgente, son cosas altamente extrañas a los ojos de un moro. Yo no sé lo que pensarán de nuestros automovilistas. Nada bueno, desde luego. Hablar alto, salir y entrar, buscar a los amigos, inquietarse por su ausencia, preguntar con viveza por ellos, son otras tantas faltas de educación.

Y, sobre todo; llamar hermanos a los moros y decirles que somos de la misma raza; que en España se les tiene por consanguíneos nuestros, es un insulto de la peor especie. Lo más afrentoso que se le puede llamar a un moro es *perro cristiano*. Y eso es lo que se les dice, en realidad, cuando, por halagarles, se les habla de nuestro origen común.

En esto no han caído aún muchos que pasan por consumados africanistas. Yo he oído a un moro a quien un personaje llegado de Madrid le decía: —Vosotros y nosotros todos somos unos...—, contestar entre dientes: —¡Eso se lo cuentas al grandísimo gorrino de tu padre!

Y sabido es que el moro no designa al gorrino sino por un nombre altamente ofensivo, que yo no me atrevo a estampar aquí.

F. MARTINEZ YAGÜES



En un día gris, de nieve, los restos de la desgraciada emperatriz reciben el póstumo homenaje de la corte de Bélgica antes de recibir sepultura.

COMO SE VOLVIO LOCA LA EMPERATRIZ DE MEJICO

COMO UNA FLOR ABATIDA POR RECIOS VENDAVALES, ASI TRANSCURRIO SU DESGRACIADA JUVENTUD LA EMPERATRIZ DE MEJICO. LAS ALAS DE LA TRAGEDIA TOCO SU FRENTE Y ABATIO SUS ILUSIONES, Y EN UN DESVANECIMIENTO DE TODAS SUS FACULTADES, LA INFELIZ VIVIO EN LA INCONSCIENCIA EN QUE LE DEJO SUMIDA LA DESGRACIA.

CON MOTIVO DE SU MUERTE, PUBLICAMOS EL ADJUNTO ARTICULO, EN EL CUAL TIENDE A PROBARSE LAS CAUSAS DE SU LOCURA

Adolfo Villemard publica en la "Revue Generale" de Bruselas, una nueva versión de "un testigo presencial" de la trágica entrevista de Luis Napoleón con la emperatriz de Méjico, de la cual salió esta dama con los primeros síntomas de la locura.

Vacilaba el imperio de Maximiliano, y éste, indudablemente, veía claro desvanecerse sus esperanzas. Las tropas que habían ido a ayudarle, y cuya presencia sostenía el trono, iban a ausentarse del país, dejándole sin protección. "Carlota había venido de Méjico—dice M. Villemard—, para pedir que se anulase la orden de retirada de las tropas, con lo cual se hubiera evitado acaso la catástrofe que costó la vida a Maximiliano. Su recepción al llegar a París la demostró que podía abrigar muy pocas esperanzas. Presa de gran excitación se dirigió a St. Cloud, donde había anunciado su visita y donde Napoleón la recibió", y luego sigue así el relato:

"Napoleón estaba, cuando llegó Carlota, con mal gesto, como disgustado, y se retorció nerviosamente

el bigote. A su lado se hallaba la emperatriz Eugenia, y el príncipe imperial. Cruzáronse los saludos corrientes, las presentaciones y las sonrisas oficiales, y después pasaron las dos emperatrices con el emperador a la cámara de éste, cerrándose las puertas tras de ellos y dejando en la antecámara a la comitiva de Carlota. Esta iba vestida con sencillez; su negro traje de seda conservaba todavía las arrugas por haber sido desempaquetado aquella misma mañana. Llevaba también un cuerpo de encaje negro y un sombrero blanco, comprado a toda prisa en París. Durante dos horas largas no se oyó el menor ruido detrás de las cerradas puertas, donde la emperatriz estaba suplicando por su marido. Pero luego, los que estaban en la antecámara oyeron fuertes voces, después volvió a reinar el silencio, y más tarde escucharon la enronquecida voz de Carlota que exclamaba: "¿Cómo habré olvidado quién soy yo y quiénes sois vosotros? ¡Debía haber recordado que por mis venas corre la sangre de los Borbones! ¡No debía haber hincado ni mi



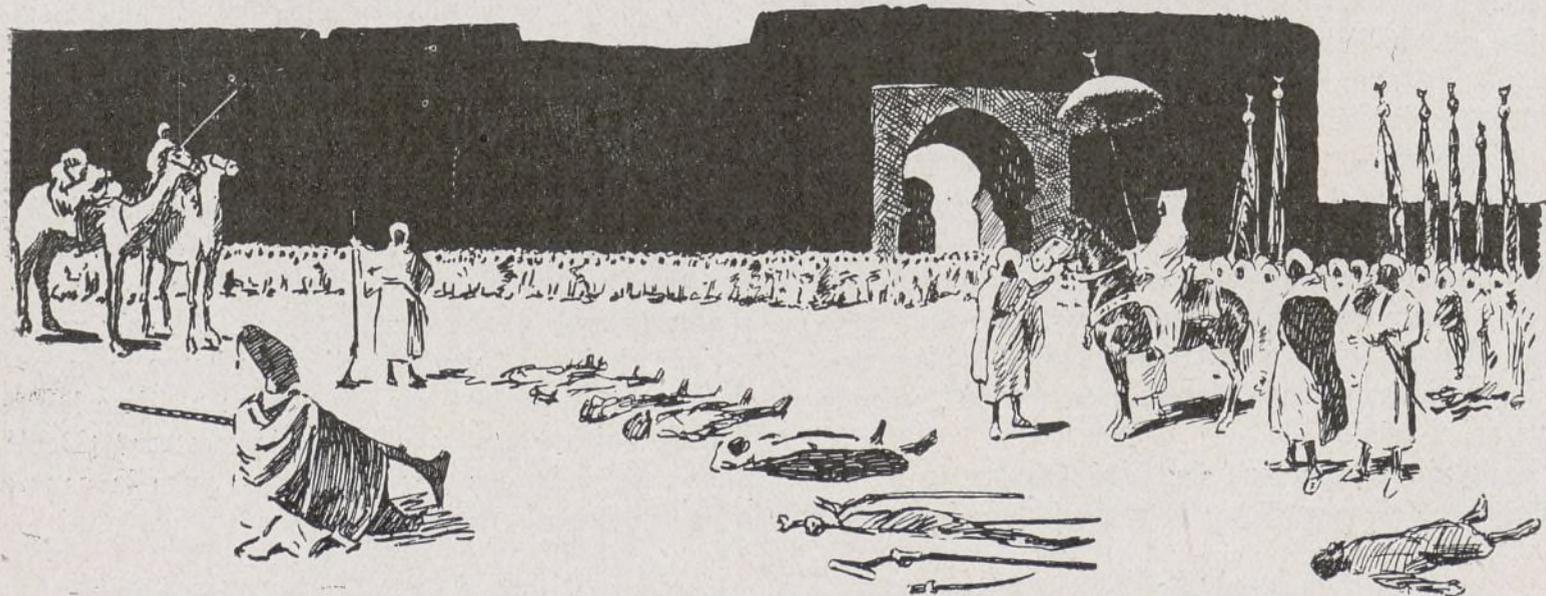
El Príncipe Alberto y sus dos hijos, presidiendo el duelo.

«sexo ni mi persona ante un Bonaparte, ni debía hacer intentado entrar en negociaciones con un aventurero!» Tras de estas palabras se sintió el ruido de un cuerpo al caer y volvió a reinar silencio.

Abriéronse bruscamente las altas y doradas puertas, y apareció en el umbral Napoleón con el rostro pálido como la cera, llamando a la condesa de Bario.

a la cual dijo: «Tenga la bondad de pasar.» La condesa entró apresuradamente en la cámara imperial, y vió a la emperatriz Carlota tendida en un diván como muerta. Eugenia la había aflojado el corsé y quitado los zapatos y las medias. Arrodillada ante aquel cuerpo, sin vida, al parecer, le freccionaba los pies con agua de colonia. Al cabo de un rato, Carlota recobró el conocimiento, y al ver a la condesa la alargó las manos, exclamando: «¡Manolita, no me dejes!» Napoleón parecía que había perdido por completo el dominio de sí mismo, e iba y venía a la antecámara con gran agitación. Pasado mucho tiempo mandó llamar al médico de la emperatriz Carlota, que se había quedado en el hotel, y mientras llegaba, Eugenia refirió a la condesa lo que había sucedido, las súplicas de Carlota, sus lágrimas, su acceso de ira y la negativa del emperador a comprometerse a hacer nada para salvar a su marido. Cuando la accidentada dama volvió en sí, Eugenia, que seguía arrodillada junto a ella, la ofreció un vaso de agua aromatizada, pero Carlota lo rechazó, gritando como una loca: «¡Asesina! ¡Déjame!... ¡Retira esa bebida envenenada!», y luego rompió a llorar y perdió de nuevo el conocimiento.

Cada uno de aquellos ataques la debilitaba más y más, y cada vez oscurecían más su mente. Arrimábase a la condesa, implorándola que no la abandonara ni la dejase con la Borgia, que quería asesinarla. Cuando llegó de París el doctor Semleder, el emperador le introdujo en su cámara, pero él y todos los demás, excepción hecha de la condesa de Bario, se quedaron fuera mientras el médico reconocía a la paciente. Terminado el reconocimiento, fué trasladada Carlota a su carruaje. Todos los que la vieron lloraron, influídos por la simpatía que les inspiraba. La condesa de Bario dice, que hasta el emperador tenía los ojos arrasados en lágrimas. El cerebro trastornado en aquella entrevista no volvió a recobrar la lucidez. Carlota perdió la razón cuando estaba hablando con el emperador, pero pasó mucho tiempo antes de que se divulgasen estos hechos.»



Ayuntamiento de Madrid

Constituye punto de curiosidad el origen de los Alabarderos de hoy, como tropas cuya única misión es guardar la persona del Rey.

Desde muy antiguo, casi desde el momento en que el territorio de la Vieja Castilla empezó a llamarse reino, surgieron los guardas de sus Reyes siendo su primera denominación la de *escuderos reales*.

Tal cuerpo, si así puede llamarse, más que a la seguridad personal, atendía al fausto de la persona del monarca, que necesitaba aparecer ante sus vasallos con gran fastuosidad, a fin de sostener la creencia de que el rey era de origen divino.

En nuestro país, siempre muy meridional, los escuderos llegaron a vestir con el mismo lujo que la nobleza, reclutándose quienes la formaban entre los segundones y bastardos de las casas principales.

Al ocupar el trono de San Fernando los individuos de la Casa de Austria, comenzaron a tener organización propia los guardas reales.

Los antiguos escuderos pasaron a constituir la Guardia española, formada, desde el primer momento, por un grupo de infantes y otro de jinetes; al primero, por el color de su ropa, se le llamó Guardia amarilla, siendo su efectivo de unos cien hombres, incluidos pífanos y tambores, más las clases, que eran un sargento, un furriel y cuatro cabos de escuadra, todo al mando de un teniente.

La guardia a caballo la mandaba un alférez y se componía de cincuenta jinetes, contando entre ellos un furriel, dos cabos, un trompeta, sillero y herrador.

El total de la guardia, jinetes y peones, lo mandaba un capitán que, así como los oficiales, pertenecía a familia de alcurnia elevada.

En 1496, Felipe el Hermoso trajo los famosos arqueros, tropa reclutada entre borgoñones y flamencos, que tenía el privilegio de acompañarle cuando recorría a pie las calles de la villa, generalmente para asistir a algún acto religioso.

En los viajes, también le acompañaban los arqueros, a caballo, reduciéndose el papel de la Guardia española a guardar al Rey en el interior del palacio.

A pesar de tanta guarda, Carlos V, al ocupar el trono de Castilla, trajo consigo una Guardia alemana, formada de tudescos, subsistiendo las tres, más otra denominada Guardia vieja, que era una especie de grupo de reclutamiento para la amarilla o española.

Esta, que fué la que más persistió a través del tiempo, justificó el nombre, por no dejar de usar el color amarillo de su indumentaria, siendo rojos los adornos, alguna vez en forma de cuadros, lo que dió lugar a que les llamara Quevedo *soldados ajedreces*.

El armamento de los guardias amarillos era una cuchilla grande atravesada en asta, que a poco de in-



Guardia amarilla de Felipe IV.



Guardia de S. M. Felipe V.



Guardia chamberga de Carlos II.



Guardia de corps de Felipe V.—Granadero real de a caballo, de Felipe V.—Cazador real de 1793.

ventarse recibió el nombre de alabarda, comenzando a llamarse, los que la usaban, alabarderos.

Los de a caballo, usaban lanza y en un principio adarga, dándoseles más tarde dos pistoletas que llevaban en la silla.

Los colores de la ropa, junto con la hechura de

ésta, que llegó a ser igual en todos, puede decirse dieron lugar al primer uniforme, que fué amarillo y rojo; lo primero, por ser el color de la librea de los Austria, y lo segundo, por ser el de la bandera de Castilla que, dicho sea de paso, no fué nunca morada, sino carmesí, que es una variedad del rojo.



Guardia de corps y alabardero (1808)

La guardia amarilla llegó a ser célebre por sus hechos colectivos y por la conducta, no muy seria, de quienes la formaban.

Por el poco miramiento con que se usaban las alabardas, cuando acompañaban al Rey, para abrirse paso, merecieron que un escritor festivo dijese de ellos:

Si con los palos hieren,
curan con los vestidos,
que son de *trementina*
y de *ungüento amarillo*.

Tenían dichos guardias numerosos privilegios, siendo el de más importancia el de no estar sujetos a la acción ordinaria de la justicia por medio del Juzgado especial para los delitos del personal de la casa del Rey.



Infantería de la Guardia Real (1824).

Estaban libres de gabelas y no se les podía embargar, todo lo cual era causa de que se les temiese, disfrutando general animadversión.

Entre las misiones que la Guardia española y la alemana tenían, era quizá la más pintoresca la de hacer el despejo de las gentes en las fiestas en que había toros y cañas.

En tales diversiones, colocados en cuatro filas debajo del balcón del Rey, si el toro se acercaba a ellos, le ponían un ramillete de alabardas que hacían retroceder al bruto, siendo contadas las ocasiones en que alguno rodó por tierra.

Hubo, sin embargo, una en que las alabardas fueron disueltas, cual decimos hoy. Lope de Vega comentó el hecho en los siguientes versos, en los que ponen de

manifiesto el miedo de los guardias y el gozo del público, demostrando que ciertas cosas, en nuestra raza, fueron, son y serán; dice así el gran poeta:

“Tú solo al vulgo mísero vengaste
de tanto palo, y con tu media esfera
la tudesca nación atropellaste,
pues desgarrando tanta calza y cuera,
tantas, con el temor, calzas dejaste
tan amarillas dentro como fuera.”

¡Cualquiera conoce en los graves y serios alabarderos de hoy a los sucesores de aquellos guardias, que es indudable tuvieron su celebridad, aunque no toda fuese deseable!

DEL CAPITULO DE INVENTOS

COMO SE DESCUBRIERON LOS GASES ASFIXIANTEs

Oímos referir, hace algún tiempo, a un veterano de la gran guerra, a un viejo oficial del Ejército alemán, una historia que no dejó de conmovernos y de interesarnos en grado superlativo: una historia que parece arrancada de las páginas de un libro del fantástico Edgard Allan Poe, tanto por lo extraña y original como por lo pavorosa.

Nuestro viejo amigo, sentado frente a la mesa del café y, como buen alemán, con su enorme vaso de magnífica cerveza enfrente, nos contó lo ocurrido durante los primeros años de la guerra a un muchacho de quince años de edad, hijo de un químico encargado de hacer investigaciones con ácidos y sales hasta producir un gas tóxico con el que se construirían después bombas que sembrarían la muerte en los campos enemigos.

El padre de este muchacho había tomado con todo entusiasmo la comisión que le diera el Gobierno de su país, y día y noche trabajaba en su laboratorio, sin descansar, sin desmayar un solo momento, pues pretendía a todo trance, y el menor tiempo que fuera posible, coronar sus esfuerzos, dando con el mortífero gas que habría de esparcirse por los campos aliados, sembrando el pavor, como ocurrió algunos meses después.

Ya hemos dicho que este oficial tenía un hijo; se llamaba Otto—como buen alemán—y era un muchacho precoz, afecto a las investigaciones científicas y que, además, gustaba con entusiasmo de la profesión de su padre, y por esto frecuentemente le acompañaba en su laboratorio, no perdiéndolo de vista cuando hacía sus delicadas investigaciones.

En los momentos en que el químico germano trabajaba productos inapropiados para la vida, se protegía con mascarillas y hacía centenares de reaccio-



El general Hindenburg, Presidente de la República alemana.

nes, en busca de la que anhelaba encontrar y que posteriormente encontró.

Otto, impreparado e inconsciente del grave peligro que entrañaba la ocupación de su padre, burlando la vigilancia de éste, en numerosas ocasiones entraba al laboratorio y hurgaba aquí y allá; combinaba substancias para reír de las pequeñas explosiones que frecuentemente producía, de las extrañas reacciones que hacían cambiar a los líquidos de colores, como al conjuro de un viejo taumaturgo, y todo esto sin saber que estaba jugando nada menos que con la muerte.

Una tarde, cuando el oficial salió de su laboratorio para cumplir una comisión que había recibido de sus superiores, se olvidó de cerrar convenientemente las puertas de éste, y el pequeño Otto entró hasta la mesa de trabajo de su padre, animado siempre por

esa muy explicable curiosidad infantil que todos conocemos.

Ya frente a frente de decenas de probetas, de centenares de substancias, se entregó a la tarea de combinar unas y otras, a su antojo, sin saber siquiera lo que estaba haciendo, y de pronto, al unir dos substancias que no sabía qué eran, se produjo una pequeña explosión, que apenas fué bastante para dejar que se escuchara leve detonación y para volcar algunos frascos: ni siquiera rompió los cristales del aposento.

La explosión, siendo tan leve, no causó daño alguno al muchacho; pero es el caso que al producirse se inundó la estancia de un humo blanco y denso que oscilaba de un extremo a otro sin encontrar salida, pues el muchacho, para substraerse a la vigilancia materna, se había encerrado perfectamente.

Al aspirar aquel extraño gas, sintió un malestar, primero leve, y después intenso, y trató de arrojar-se sobre la puerta de entrada; pero fué esto demasiado tarde, pues no tuvo tiempo para salir de la pieza, ni siquiera para abrir aquella puerta y dar así manera de escapar a los gases, y cayó sobre el suelo.

Tendido boca arriba, debió haber respirado por algunos momentos el mortífero gas. Quizá el pobre muchacho, antes de morir, sufrió angustias tremendas; quizá libró con la Parca denonada lucha; pero, impotente por los primeors efectos de la intoxicación, no pudo ni gritar, quedando quieto sobre el suelo del laboratorio de su padre y respirando por tiempo indefinido aquel endiablado aire viciado, que escondía tras de sus pliegues sutiles como fragmentos de nubes la guadaña de la muerte.

Nadie extrañó, por el momento, la ausencia del pequeño, y al darse cuenta de que no estaba en los sitios en que por hábito se encontraba, se creyó que

habría salido con algunos amigos para jugar en el patio de la casa o en algún parque cercano.

Varias horas después, el padre del desafortunado Otto llegó a su casa, y ni siquiera preguntó por el muchacho, cuya falta no infundió sospechá alguna, pues solamente los criados sabían que tenía costumbre de entrar al laboratorio, en ausencia de su padre.

Pasó algún tiempo más, y la alarma principió a cundir entre los familiares del muchacho, quienes enviaron a buscarlo por todas aquellas partes en que pudiera encontrarse, sin lograr fijar el punto en que se hallaba; se enviaron recados a las casas de sus amiguitos, y no estaba allí; se le buscó por los jardines cercanos, y no se dió con él hasta que uno de los sirvientes de la casa manifestó que pudiera estar en el laboratorio, en donde solía pasar largo tiempo en los momentos en que el oficial, su padre, no estaba ocupado en sus investigaciones.

Tan pronto como el padre de Otto fué dueño de este secreto, se atemorizó, conociendo el peligro que para un niño ignorante y poco juicioso encerraba el hecho de estar en ese lugar abandonado a su imprudencia y su falta de conocimiento.

Sin perder un momento se dirigió al laboratorio, llamó desde fuera y, como nadie le respondiera, su indecisión y su sufrimiento aumentaron y de un formidable puntapié descerrajó la puerta, entrando precipitadamente a la estancia, en donde encontró a su hijo sin vida. El pobre muchacho, combinando substancias que desconocía, había logrado producir un gas mortífero, a base de cloro, que le produjo la muerte: precisamente el mismo que, posteriormente, sirviera para llenar las bombas asfixiantes que por millares, por millones, explotaron sobre las trincheras aliadas, sembrando el pánico en los combatientes.

DENTRO DE CIEN AÑOS

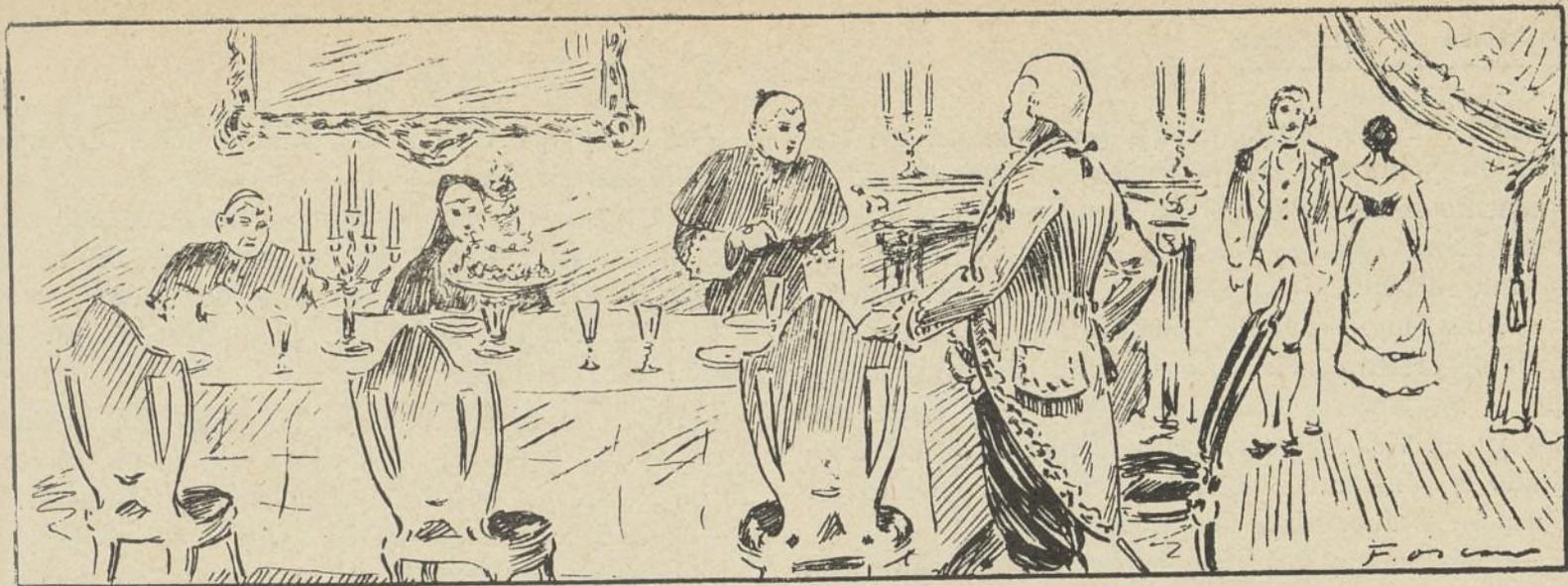
CÁLCULOS SOBRE CÓMO SE VIVIRÁ

Un importante diario neoyorquino, *The World*, abrió hace varios años un concurso invitando al envío de opiniones acerca de cómo se vivirá en Nueva York dentro de cien años.

Las profecías que obtuvieron premio no tienen nada de descabelladas. Véase las ideas que dieron y que es muy posible sean realizadas antes de un siglo, no sólo en Nueva York, sino también en el resto del mundo.

Para el año 2007 —dicen los referidos profetas— tendrá Nueva York veintidós millones de habitantes.

Sus nombres llenarían tomos y tomos de una guía o directorio de señas, así es que se renunciará a éstos. El problema se solucionará de un modo sencillísimo. Por aquel entonces la moneda corriente será el centavo de aluminio, y bastará echar un décimo de centavo, es decir, medio céntimo en la ranura de uno de los muchos aparatos telefónicos que habrá y pedir las señas que se deseen para que a los tres minutos se obtenga una tira de papel con la dirección pedida impresa. Lo maravilloso será que esta operación se efectuará desde la central por medio de las ondas hertzianas.



ANECDOTAS CURIOSAS EL TIRANO DEL PRINCIPE DE LA PAZ

Un sol tibio y clarísimo de otoño invitó una tarde a salir de paseo por las afueras de la silenciosa Badajoz al canónigo de la catedral extremeña don Manuel Pérez Minayo.

A sus espaldas dejó el escaso rumor de la ciudad, y enfilóse por una carretera no muy limpia, pero sí muy llana.

Tan apacible era la temperatura que disfrutaba el virtuoso canónigo, que, sin darse de ello cuenta, la tarde iba declinando y aún no había pensado el sacerdote en el regreso al punto de partida.

En dirección contraria, y camino de la ciudad, presentóse un carro tirado por interminable recua, y a los pocos momentos ya pudo distinguirse que, junto a la mula de varas y andando, iba un hombre, el carretero, y un chiquillo, su hijo.

A nuestro canónigo, que si pecaba de algo, no era de huraño, ocurriósele en seguida que, en vez de regresar solo a Badajoz, volvería mejor con el carretero, que la noche se echaba encima y aún estaba lejos de la ciudad que riega el Guadiana.

—Buen hombre—dijo al carretero don Manuel Pérez Minayo—, puesto que lleva usted el mismo camino que yo, marcharemos juntos.

—A mucha honra, señor cura.

—¿A vender esas maderas, eh?

—Sí, señor, y a volver al pueblo con mil encargos.

—¿Y es su hijo este mocete?

—Sí, señor; y que es más listo que el hambre...

—Tiene cara de ello. ¿Y cómo te llamas tú, buen mozo?

—Yo me llamo Manuel, para servir a usted.

—Bien, hombre, bien. Como yo, entonces...

Y así se fué enredando la conversación, y a don Manuel agradándole la manera de contestar de su tocayo; y como no tenía ninguna obligación que satisfacer y le sobraba de lo que como canónigo percibía, se decidió y solicitó del carretero le dejase su hijo y que él, el canónigo, se encargaría de darle carrera: que el chico era despierto y merecedor de ser, por lo menos sometido a una prueba

El carretero no quiso oír otra cosa y para hacer valer más su crío, hizo sus *miajas* de historia familiar, intentando demostrar que por sus venas corría sangre azul.

Ese muchacho, el hijo del carretero que se propuso proteger y protegió de hecho el canónigo de Badajoz don Manuel Pérez Minayo, era nada menos que *Manuel Godoy*.

El tiempo pasó con esa asombrosa rapidez que debiera estremecer... y no estremece, y Godoy llegó a ser Príncipe de la Paz y dueño de vidas y haciendas en España...

Una mañana llegó a Palacio, al regio alcázar de la plaza de Oriente, en donde a la sazón vivía el favorecido por la reina María Luisa, un canónigo de provincias con deseos, ¡una friolera!, de ver a Godoy.

—No es posible... Está muy ocupado hoy... Está con los Reyes... Haga usted una instancia en forma y... tal vez le recibirá así... Vuelva mañana... Véase usted con el señor secretario de su Excelencia...

Estas y otras cosas parecidas le decían, como contestación a sus pretensiones, al buen canónigo Pérez de Minayo.

—Pero si soy como de la familia—exclamaba visiblemente contrariado ante aquellos impertinentes que no podían sospechar los lazos que unían al poderoso Príncipe con el humilde sacerdote—. Si en cuanto le digan quién soy, sale a recibirme.

Y así, luchando con unos y otros, pudo aquél aproximarse a la cámara en que trabajaba Godoy, y que se pasara a éste recado con la noticia de la llegada del sacerdote.

Escuchar el afortunado Príncipe el nombre de su protector en la niñez y abandonar el despacho y salir al encuentro del canónigo, todo fué cosa de un instante.

—¡Imbéciles!—repetía—. Dejáis todos los días entrar por docenas los impertinentes y detenéis a quien es mi segundo padre...

Y abrazando al venerable sacerdote, le introdujo en su estancia.

—Tanto tiempo sin escribirme... ¿Me ha olvidado

usted?... Yo no tengo tiempo para nada... los Reyes, la política... las peticiones no me dejan un momento libre... Por eso no le he escrito a usted... Pero ahora supongo que me necesita, y espero me lo dirá en seguida. Vamos a ver, ¿de qué se trata?

—Mira, hijo—contestó conmovido el canónigo, después de corresponder cariñosamente con otras análogas a las sinceras frases de Godoy—yo, como ves, soy ya un viejo, pero no quisiera morir sin haber logrado la constante ambición de mi vida... Deseo ser obispo... y ahora hay una vacante...

—Pues no hay más que hablar: cuente usted con la plaza.

Y a los pocos días era nombrado obispo D. Manuel Pérez Minayo.

Transcurrieron algunos meses, y éste se presentó de nuevo en palacio.

Godoy recibió al prelado con los brazos abiertos, y después de afectuoso saludo, le dijo a éste:

—Vamos, ¿ahora quiere usted ser arzobispo, verdad?

—No, Manuel, pero tengo un hermano sacerdote y desearía que le hicieras obispo. Tú lo puedes lograr a poca costa.

—Cuenta usted con ello: su hermano será obispo.

El entonces dueño de España sentía verdadero placer atendiendo las peticiones del venerable obispo, el ex canónigo de Badajoz.

Pero apenas había olvidado el segundo favor hecho a Pérez Minayo, cuando éste volvió a visitar a Godoy.

—Ahora sí que adivino a lo que viene usted... Antes de que lo solicite se lo concedo: será usted arzobispo...

—Tampoco has acertado esta vez. Yo no quiero nada para mí. Es otro hermano, a quien desearía hicieras obispo de Ciudad Real que ha vacado recientemente.

Sonrióse D. Manuel Godoy mas ni un momento dudó lo que habría de contestar.

—Los tres hermanos seréis obispos—dijo el promovedor de la paz de Basilea.

La cuarta vez que se presentó al Príncipe de la Paz el obispo D. Manuel Pérez Minayo fué recibido por aquél con franca risa en los labios.

—No quiero morir sin dejar bien colocados a mis hermanos... y ahora tienes ocasión propicia para hacer también obispo a mi tercer hermano...

—No hay que hablar una palabra más... Lo será. Y lo fué en efecto.

No habían transcurrido muchos meses cuando asomó la cabeza, cubierta ya de venerable nieve, del obispo de Badajoz por el despacho de Godoy.

—¡Pero hombre, por Dios! ¿Es posible? ¿Aun le queda otro hermano?

—No... no te apures... ya no tengo más hermanos... es una hermana... La pobre está en un convento de Ríoseco, y quisiera que la hicieras abadesa...

—Pues lo que usted quiera. ¿Qué he de hacer yo?

—Pero es que cuando yo pido, pido en gordo... Deseo que sea abadesa de las Huelgas de Burgos...

—Bueno, sí, lo será, pero con una condición: con la de que el día primero de año, que está cerca, vengan a comer conmigo los cinco hermanos: los cuatro obispos y la abadesa.

—No hay inconveniente.

Y el día en que se celebraba el santo del ex guardia de Corps, se sentaron a la mesa de éste los cinco hermanos Pérez Minayo y... otra dama, en aquel entonces sobradamente conocida en la corte y con especialidad para Godoy: Pepita Tudó.

Apenas pudo divisar a ésta, sentada en la mesa precisamente frente a la abadesa de Burgos, el hermano de ésta, el que educó a aquél en su niñez, se acercó con disimulo al Príncipe de la Paz, y, con ademán airado, le dijo:

—O nos marchamos nosotros, o se va esa mujer... Hubiera, con dolor, transigido si sólo estuviéramos los varones... pero estando presente mi hermana... y abadesa, no lo puedo consentir.

Godoy trató de replicar, pero en aquel momento desapareció Pepita Tudó del comedor, pretextando una repentina indisposición, pues había comprendido demasiado lo que el prelado pretendía...

—Fué el mayor disgusto de mi vida el que pasé viendo tan airado al que me sacó de la nada... y salir del aposento a Pepita...

Repetía D. Manuel Godoy siempre que recordaba aquella comida en que sentó a su mesa los cuatro obispos y la abadesa: los cinco hermanos Pérez Minayo, hijos del olvidado pueblo de Urueña, un tiempo ciudad floreciente y hoy apenas montón de históricas ruinas derrumbado en la falda del castellano monte de Torozos...

FIDEL PEREZ MINGUEZ



Gracica, la hija del arrendatario del molino de la Revuelta, llevaba unos días contenta cual un ruiseñor, cuando su hembra, con dulces y armoniosos trinos le llama; la comparación, por lo semejante del caso, no puede ser más adecuada.

En la semana que iba a comenzar, Juanón, su Juanón, el que desde chiquiticos la llevaba a gustar las primeras almendras, los melocotones más precoces y las cerecicas más dulzonas, poniendo en sus cabellos dorados las rosas que primero salían en el lugar, cumplido en el servicio del rey, regresaría al pueblo, para no salir más de él.

Todas las mujeres, en el caso de Gracia, hubieran estado alegres; ella tenía un motivo más que las otras para desear la vuelta del hombre a quien desde muy niña hizo objeto de su querer.

Toñuelo, el hijo del amo del molino, que era todo un partido, por sus pesetas, por lo guapo y por lo simpático, a pesar de que todas las muchachas del pueblo se lo disputaban, a ninguna más que a ella requirió de amores.

La repulsa, hondamente cortés y afectuosa, de que le hiciera objeto, puso en él tanta pena, que hasta llegó a parecer enfermo.

La buena muchachita, llegó a sentir remordimientos, pero desaparecían pronto, ante la idea de que, compadecerse, llevaba consigo sacrificar su amor.

Si Dios hubo dispuesto que Juanón y ella se quisieran a morir, no había por qué tener lástima a quien, después de todo, no era otra cosa que un entrometido.

Tamién el Señor —pensó alguna vez— podía no haberle dado tanta hermosura como según las gentes tenía: sin embargo, tal idea la desechaba pronto, pensando que de no haber sido tan guapa, acaso Juanón no la quisiera con la vehemencia que tan feliz la hacía.

El anuncio de la vuelta de aquél coincidió

con apremios de Toñuelo, que la hicieron vacilar un instante; en ellos vislumbró que si no accedía, con el pretexto de mejorar la finca, se derribara el molino, privando a su padre, anciano ya e incapaz para otro oficio, del único medio de sustento que tenía.

La vehemencia para sentir afectos, que las aguas del Ebro llevan en sí, la hacía ser una hija de las que no retroceden ante el sacrificio, por grande que sea, si con él dan a los suyos bienestar.



Sin vacilaciones de ningún género, mostróse dispuesta a evitar que sucediera lo que podía tener caracteres de catástrofe; lo firme de la decisión no evitó que derramase lágrimas amargas.

Prescindir de realizar un sueño de amor tantos años acariciado, era horrible; aún encontraba Gracica más odioso unirse a un nombre a quien no quería, mentirle amores y querencias, vender sus caricias...; ser buena hija iba a costarle dós deslealtades, y acaso produjera, con el tiempo, la desdicha de todos; ¡era cosa de

pensarlo! Y lo pensó; cuantas veces lo hizo, el resultado fué el mismo: en lo íntimo de la conciencia sentía el deber de procurar por su padre; en los recovos del alma, quedarse sin el cariño de Juanón la producía un frío intenso, tal y como creyera fuese el de la muerte.

Al tiempo que un ultimátum de Toñuelo, en el que éste puso en evidencia que estaba decidido, lo mismo a lo bueno que a lo malo, con tal de que fuera su mujer, llegó la noticia de que Juanón regresaría a muy pocos días.

* * *

Anonadada, la infeliz baturrita, ni siquiera conseguía discernir si el sentimiento en ella dominante, era el filial o el amor a Juanón; sólo veía, a cada momento, una profunda aversión hacia el malvado que intentaba destrozar su felicidad.

La sencillez, el bello sentir de su alma, la hicieron concebir esperanzas de arreglo; una tarde, abordó el asunto con Toñuelo y creyendo convencerle, con lo que se le había ocurrido, le dijo:

—¿No te importa casarte con una mujer que hizo una mala acción, como será la de dejar a Juanón sin ningún motivo? ¿No comprendes que él podrá, siempre que quiera, hablar mal de... la madre de tus hijos?

—Si lo hiciera —respondió Toñuelo con exaltación— yo sabría arrancarle la lengua.

—¿Y si fuese él quien arrancara?, porque hombre, no me negarás que lo es.

Nada dijo el interpelado; Gracita, al marchar hacia casa, pensó con horror que accediendo a los deseos de Toñuelo podría suceder aquello y ella nada obtendría de su sacrificio; tal perspectiva era mucho más pavorosa que todas las que hasta entonces viera.

Las cortas palabras cruzadas con su tozudo admirador, produjeron casi consternación a la pobre mañita; la idea de que por ella pudiese perder la vida el elegido de su amor, la ponía el pelo de punta; ¿no comprendería Toñuelo que si en la contienda, que no dudaba sería a muerte, por el modo de ser de los dos, resultaba vencedor, ella, arrostrando lo que fuese, no se casaría con él?

¿Podía suponerse que el premio a los amores que Juanón la dedicara, aun desde antes de ser mocete, consistiera en que le matara un rival y ella casara con él?

Convencida de que Toñuelo era víctima de una obcecación, a pesar de no ser mucha su experiencia, comprendió que lo que a tal grado le cegara, no era nada parecido al cariño que su novio de siempre la tenía; era otro sentir y al comprenderlo así, de nuevo lamentó ser hermosa.

Contribuía a sus cavilaciones, el conocimiento cabal del carácter de su padre; con el concepto que el buen hombre tenía de la dignidad y cuanto en ella debe fundarse, al comprender lo que sucedía, hubiera sido él quien abandonara el molino.

La tozudez, en su aspecto simpático de entereza y energía conscientes, le hubiera permitido afrontar hasta el hambre, antes que el sacrificio de su hija se verificara.

Las pocas veces que Gracia pensó en sacrificar su amor de mujer, por el bien del padre, veía con espanto que el sacrificio no iba a dar resultado si llegaba a ser conocido del padre y conservarlo secreto ¡le parecía tan difícil!

El buen hombre, que era un enamorado de la altad, en cuanto advirtiese que dejó a Jua-

nón, la increparía duramente, sin que le quedara otra defensa que confesar el por qué de la supuesta villanía y entonces... ¡de ningún modo! no era solución.

Pensándolo bien, ¿qué podía pasar? ¿Que los echaran del molino? Tenía Juanón brazos y energías suficientes, en fuerza y voluntad, para atender al padre y a la hija, aun suponiendo que ellos no fuesen capaces de aportar algún esfuerzo.

—En la primera ocasión—pensó como término de su cavilar—ya sabré hacer que vea Toñuelo lo inútil de su insistir.

Y la ocasión llegó, y Gracia, sintiendo un terror que le helaba el alma, oyó que su pretendiente, con gesto propio del diablo en su rostro, la decía burlón:

—¡Está bien!, ¡mejor!; así tengo más libertad para obrar; yo haré que Juanón desprecie a la que, a los ojos de todos, fué complaciente con Toñuelo...; nada más fácil que hacerlo creer... —añadió con tono zumbón, mientras se alejaba—a tu corral, es muy fácil saltar...

Sintió Gracia que la sangre acudía precipitadamente a su cerebro, al comprender la maldad de aquel obsesionado; temiendo desplomarse, reclinó su cuerpo sobre unas rocas próximas.

Un arroyo que a sus pies se deslizaba, en pequeño remanso, reflejó cuán hermosa era...; sí, la belleza que Dios le diese, iba a ser causa de una serie de desgracias.

Con suprimirla, Toñuelo no volvería a pensar en ella; pero Juanón ¿la querría fea y desfigurada?

Al pensar que pudiera no suceder así, honda amargura invadió su alma, traduciéndose en hiposo y acongojado sollozar; no se consideraba con fuerzas para exponer a tal prueba su felicidad.

Contuvo su llanto la voz de un mozalbete que, como quien se oculta tras de un olivo, la decía:

—No llores, Gracica, que nadie hará creer a Juanón lo que no ha de ser verdad. Y cual si quisiera rehuir todo lo que agradecimiento pudiese significar, echó a correr en dirección al pueblo.

* * *

Llegó Juanón al pueblo, sin que las circunstancias hubiesen cambiado casi; frecuentes alusiones que Toñuelo hizo a su amor, envueltas en amenazas que Gracia creyó referirse al derribo del molino, constituían la única novedad.

Saboreado por los novios el placer de volverse a encontrar juntos, marchó el licenciado a ver lo que los amigos le contaban, según dijo.

Gracica, aunque pensando en la probabilidad

de un encuentro con Toñuelo, sentía temerosa ansiedad, nada dijo, confiando a la Pilarica, en lo íntimo de su ser, el que las cosas salieran con arreglo a su deseo.

En el casino, después de recibir innúmeras bienvenidas, en un corro de cinco o seis amigos, oyó Juanón cómo uno de ellos le daba consejos, que calificó de afectuosos, respecto a su proyectado casamiento con la hija del señor Andrés.

Todos los allí presentes vieran una noche, claro que por casualidad, cómo Toñuelo salía de casa de Gracia, saltando la tapia del corral, sí; pero tranquilo, como quien, a pesar del procedimiento empleado, anda por terreno propio.

En la mesa de junto al corro maldiciente, tomaban café, en aquel momento, el cabo de la Guardia civil y el juez municipal, cosa que a nadie podía extrañar, pues sobre ser muy amigos, acostumbraban a sentarse allí.

Cuando, después de un momento levantóse Juanón en ademán de marchar, demudado, mostrando en el semblante lo que sufría, el cabo, en voz alta y casi grave, le dijo:

—Ascuche usted un momento, compañero; too lo que l'han dicho esos ¡como el sol, de verdá! vieron que Toñuelo, muy rampante, salía del corral de la casa del señor Andrés, por la tapia; lo que no vieron, es que no hizo otro que hacer que estar sentado en un poyo, hasta que oyó llegaban adonde él les había dicho que fuesen...; lo vió un muchachito que ya tiene edad para ser testigo y es más templao qu'aquel señor que icimos Palafox...; y, miusté lo que son las cosas; no hemos podío confrontar con el señor Andrés y su hija, porque aquella noche la pasaron en casa del Mosen, qu'estaba mu malico... ¿A qué fué Toñuelo al corral sin llamar?; el señor juez del partido, a quien hemos pasao la denuncia, lo averiguará; ya ve usté, con tanto testigo—añadió sarcástico, mirando al grupo—no es cosa difícil; si quíe usté hablar con él, ahí abajo en la cárcel lo tiene.

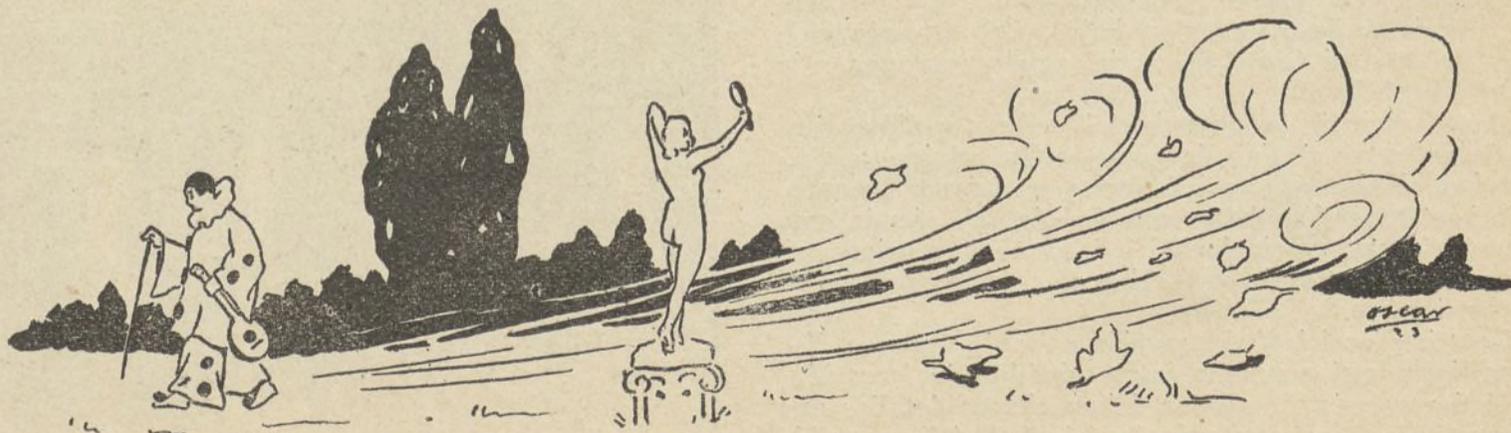


Sintiendo la natural transición en el sentir, salió a escape del casino Juanón, tomando hacia casa de su novia: desde lejos vió que aquélla, en la puerta, enjugándose los ojos con el delantal, abrazaba contenta a Colasillo, el hermano pequeño de Juanón, el testigo templao que un día dijera a Gracica en el olivar: —No llores, que nadie hará creer a Juanón lo que no es verdad.

Pasó algún tiempo; el molino seguía sin derribar, por haberlo embargado la justicia, para las resultas del proceso formado a Toñuelo por injuria y allanamiento de morada.

El señor Andrés, nombrado depositario judicial, seguía trabajando en él, con sus hijos Gracia y Juanón.

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE



EPISODIOS NACIONALES EL COMBATE DEL CALLAO

(Continuación.)

ma más velada y con diplomacia menos ruda, quizá hubieran producido algún resultado satisfactorio. Santurce, sin embargo, hacía lenguas, con justicia, de la gallardía de Pareja al defender la honra y los intereses españoles en el Pacífico.

* * *

Nuevos disturbios interiores, en que tanto la prensa como el populacho tomaron parte con manifestaciones ofensivas, y las negociaciones diplomáticas conducidas con escasa suerte, aumentaron la tirantez y el malestar reinantes en ambas partes, hasta tal punto que nuestro ministro plenipotenciario en Lima, señor Albistur, no juzgándose seguro quizá con pusilanimidad excesiva, se embarcó precipitadamente en la "Numancia", con hondo disgusto de su comandante, el brigadier Méndez Núñez, quien por cierto no se mordió la lengua para soltarle cuatro frescas y decirle, punto más punto menos, que consideraba censurable su conducta.

El 24 de noviembre del mismo año de 1865 se rompieron de nuevo las hostilidades, a causa, según se dijo y más adelante se comprobó, de otra nota de nuestro almirante exigiendo nuevas satisfacciones, que Chile se negó a dar en modo alguno. Con este motivo decidió Pareja establecer el bloqueo continental, y acto continuo se dislocaron las divisiones de la escuadra y los barcos se repartieron del modo siguiente: La "Villa de Madrid", la "Vencedora" y la "Covadonga" se situaron en Valparaíso; la "Berenguela", en Coquimbo; la "Blanca", en Caldera, y nosotros, es decir la "Resolución", dimos fondo en el Puerto de Concepción.

De esta suerte quedó constituida la línea de bloqueo, que alcanzaba más de doscientas leguas de longitud, distando el centro de aquella, que era Valparaíso, más de cien leguas de los extremos.

Aunque en cuestiones de táctica no se nos alcanzaba cosa mayor a las clases de marinería, debo, sin embargo, hacer constar que no dejábamos de comprender la poca consistencia de línea de tales dimensiones, formada en su mayor parte por buques de mediano armamento y menos que medianas condiciones marineras, y que, aparte del valor innegable de sus tripulaciones, habrían de sostener la lucha en circunstancias desfavorables con los buques chilenos y peruanos.

Sobre todo la "Blanca" y la "Berenguela", por razón de su relativo aislamiento, corrían riesgo positivo de ser atacadas y apresadas por los barcos enemigos, y tan verdad era esto, que el brigadier Méndez Núñez envió al Almirante el oportuno aviso.

Hízole caso esta vez, por excepción, D. José María Pareja, y destacó a Coquimbo a la "Covadonga", para prestar, si fuere necesaria, ayuda oportuna a la "Berenguela".

Desapareció la inminencia del peligro y dióse contraorden en el sentido de que aquella volviese a Valparaíso, si bien desgraciadamente se dejaron transcurrir bastantes días hasta que lo efectuó, siendo este retraso la causa principal del descalabro, glorioso, sí, pero descalabro al fin y al cabo, que sufrimos el día 26 de noviembre.

La triste noticia fué conocida a bordo algunos días después, por el conducto imprescindible de Juan Manuel Santurce, y de ella se daban ciertos detalles que demostraban una vez más la falsedad del proverbio

de que la fortuna favorece a los audaces y a los valientes.

En la mañana de dicho día 26 navegaba la "Covadonga" en medio de densa neblina en demanda de Valparaíso; despejó después algo la niebla y apareció a la vista un buque de guerra que, en un principio, se creyó fuese peruano y después se conceptuó inglés, ayudando a afirmarse esta suposición el hecho de que al llegar a cuatro millas de la "Covadonga" izó el pabellón británico. Contestaron los nuestros echando al aire la bandera roja y amarilla, si bien y a pesar de todo, el comandante Fery, movido de una prudente desconfianza, ordenó zafarrancho de combate.

La corbeta, pues corbeta era el barco sospechoso, tenía marcha superior a la veterana "Covadonga"; así es que, pasando a lo largo de ésta en dirección opuesta, al llegar a la altura de la popa, viró ligeramente, presentado uno de sus costados, y largó un metrallazo que no dejó títere con cabeza sobre la popa de la "Covadonga".

Mandó Fery que ésta virase a su vez para coger al agresor dentro de su campo de tiro; pero ¡todo fué inútil! La corbeta, con ligereza suma, presentó el otro costado, disparando la segunda andanada sobre nuestro barco, que por su inferioridad manifiesta resultaba verdaderamente indefenso.

Entonces y sólo entonces desapareció el pabellón inglés del buque enemigo, que era la "Esmeralda", y puso de manifiesto los colores de Chile.

Nuestros marinos rugían de ira al contemplar su impotencia, al verse engañados tan villanamente, y resolvieron en tan sensible trance hacer tres disparos, de los cuales dos hicieron blanco en la "Esmeralda".

No fué esto sólo lo que realizaron los bravos marinos, ni lo más digno de elogio. La corbeta, con dos nuevas descargas, acabó de barrer la cubierta de la



"Covadonga", y entonces la tripulación, viéndose indefensa y reducida a sus tres cuartas partes, resistió con impasibilidad heroica y a pecho descubierto un torbellino de metralla, decidida a perder la vida, ya que obtener la victoria era manifiestamente imposible. Así lo comprendieron el comandante Fery y la oficialidad a sus órdenes, quienes en junta acordaron la rendición.

—Han obrado perfectamente al desistir de un combate inútil—afirmaba tranquilamente Juan Manuel, dando una conferencia en el castillo de proa a varios amigos—. ¿Qué podía hacer el comandante? ¿Volar el barco? ¿Y para qué? En justicia, no podía el comandante dar la muerte a sus hombres como pago de su comportamiento heroico. Que el enemigo se quedaba con la "Covadonga"... Pues ¡buen provecho le hiciera aquel cascarón de nuez, cuya vejez y malas condiciones fueron la causa principal de la derrota!

Cuando se considera que la "Covadonga" luchó como buena contra un barco de gran marcha, con triple tripulación, con un número de cañones diez veces superior al suyo, y que por si estas fueran pocas ventajas apeló al engaño para acercarse; si todo esto se tiene en cuenta, ¿qué más se le puede pedir a ese comandante? Nada, y, sin embargo, el valeroso Fery trató aún de hacer más, que fué mandar abrir los grifos, al arriar la bandera, para echar a pique la "Covadonga". ¿Es o no esto ser caballero? ¿Es o no esto ser valiente?

Un murmullo unánime de aprobación interrumpió a Juan Manuel en su perorata, que dijo con calor y animación desacostumbrados en su modo de ser pacífico y tranquilo. Limpióse el sudor que corría por su frente y acogió el parabién que todos le dimos con placentera y modesta sonrisa.

Esto pasaba dos días después de ocurrido el apresamiento de la "Covadonga", y todas estas noticias sólo con el carácter de rumores, sin fundamento oficial alguno circulaban, con el aditamento agravante de haber sido también apresada la goleta "Vencedora". Afortunadamente, estos últimos temores cayeron por su base con la presencia de la goleta, que nos visitó en la bahía Constitución, donde a la sazón nos hallábamos situados, con objeto de entregar pliegos a nuestro comandante, que lo era desde hacía poco tiempo el capitán de navío D. Carlos Valcárcel.

Como consecuencia de las órdenes recibidas, zarpamos para Valparaíso, nuestro buque la "Resolución", en conserva con la "Vencedora", y allí nos hallábamos poquísimos días hacía, cuando cierta mañana nos sorprendió agradablemente la llegada de la "Villa de Madrid", arbolando la insignia del almirante, y de la "Blanca", que suponíamos fondeada en Coquimbo.

Tronaron majestuosamente en son de saludo los cañones de los barcos ingleses, norteamericanos e italianos que se hallaban en el puerto. Juan Manuel y yo, recostados sobre la borda, contemplábamos el espectáculo, comentando para nuestros adentros cuánto más conveniente que aquel ruido o derroche de pólvora hubiera sido para los intereses españoles que las naciones que aquellos buques representaban hubieran observado conducta más correcta y sobre todo más imparcial durante aquella guerra interminable.

Saludó también nuestra fragata, y acto continuo se dieron órdenes para arriar el bote del comandante, tocándome a mí dirigir la maniobra y encargarme de la caña del timón.

—¡A la capitana!—ordenó el comandante.

Cayeron los remos al agua, y con silenciosa velo-

cidad cruzamos las tranquilas aguas de la bahía en demanda de la "Villa de Madrid".

Llegamos al costado de la fragata, saltó a ella el comandante Valcárcel, y yo poco después que él, espoleado por el ansia de ver caras nuevas, de averiguar noticias, y... ¡todo se debe decir!, más que por nada por el deseo de saber si durante la estancia de la fragata en el Callao se había recibido a bordo alguna carta dirigida a mí.

De manos a boca tropecé con Peláez, el amigo de Santurce, algo conocido mío y ordenanza, como antes de ahora se ha dicho, de un ayudante del almirante Pareja.

¡Mejor suerte!... Nos dimos un abrazo y empecé el interrogatorio... Había para mí, no una, sino dos cartas recibidas en la "Villa de Madrid" durante su permanencia en el Callao... En la cartería de a bordo me las darían si no quería aguardar al reparto.

—¿Qué tal os va con vuestro nuevo comandante?—interrogó Peláez que, por lo visto, tenía tantas ganas como yo de conversación.

—Al pelo—contesté—. Don Carlos Valcárcel es todo un caballero y un buen marino, que trata a su tripulación como si estuviera compuesta de hijos suyos. ¿Y el almirante Pareja?—pregunté a mi vez, queriendo corresponder a su cortesía.

—Eso preguntásele a los peces, que son los que están enterados de ello—respondió Peláez, frunciendo el hurañamente el entrecejo.

—No te entiendo—exclamé estupefacto—. ¿Quieres decir que Pareja ha muerto?

—No es eso lo que quiero decir. El almirante Pareja no ha muerto: se ha suicidado, que no es igual, aunque, después de todo, el resultado sea el mismo.

—¡Pareja muerto!—dijo yo aturdido—. ¿Y quién es ahora el almirante?

—Don Casto Méndez Núñez, el gallego más templado, más valiente y más marino que han visto los siglos pasados, el presente y han de ver los venideros—afirmó orgullosamente Peláez.

—Le conozco, y sobra todo lo que me cuentas de don Casto. Serví a sus órdenes en Filipinas, en el vapor "Narváez". Pero, dime—añadí, volviendo a lo que más excitaba mi interés y mi curiosidad—. ¿Cómo ha sido eso del suicidio de Pareja? Cuenta, hombre, cuenta...

—El orden es bueno para todo—dictaminó sentenciosamente el marinero, guiñándome un ojo—. Lo primero es estar a gusto, y más a gusto se está sentado que de pie. Si además de estar sentado se tiene delante una botella de lo bueno, para beberla con un amigo en paz y en gracia de Dios... ¡miel sobre hojuelas! ¿Me has entendido?

—¡Pues no!—dije sonriendo—. ¡Vamos a la cantina!

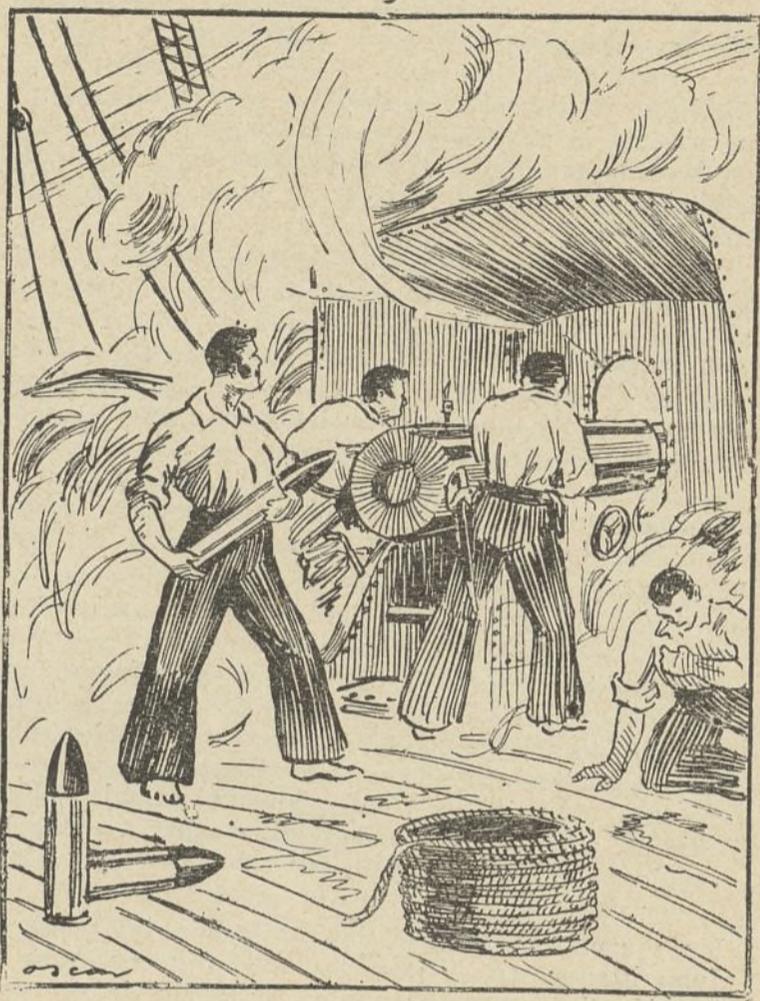
Y a la cantina fuimos, y el programa se cumplió en todos sus extremos; así es que no bien Peláez hubo consumido con beatitud la primera copa del pésimo aguardiente que nos sirvieron y liado y encendido un cigarrillo de tabaco casi tan malo como el aguardiente, empezó a relatar lo sucedido de esta manera:

—Estábamos fondeados en Valparaíso, como no ignoras, durante el bloqueo, cuando ocurrió lo de la "Covadonga". Tú ya sabes cómo fué esa derrota y los detalles del combate, que demostraron una vez más que los marinos españoles tienen la desgracia eterna de tener que navegar y batirse sin barcos, sin artillería y casi sin personal... Lo que no sabes seguramente que hasta tres días después de ocurrido el suceso no llegó la noticia a oídos de Pareja, y si llegó, no fué más que porque le dió la gana al cónsul de los

Estados Unidos de participársela, largándole además el **infundio** del apresamiento de la "Vencedora". Yo estaba sobre cubierta cuando salieron de la cámara del almirante éste y el visitante, a quien despidió en la misma escala. Pareja estaba tan fresco como una lechuga y se mostró fino como un coral con el cónsul de los Estados Unidos... Como hablaban en "franchute", o séase en idioma que me viene ancho, no te puedo decir lo que hablaban; pero sí haré constar que, a juzgar por la serenidad del almirante y por lo sonriente de su rostro, cualquiera hubiera dicho por el cónsul: "Este tío ha anunciado a Pareja que le ha caído el premio gordo o que le ha ocurrido otra cosa por el estilo!" ¡Buen premio gordo estaba! ¡Lo que Pareja recibió con aquella visita fué una puñalada que le partió el corazón!

El general pasó el día como si tal cosa, comió y bebió lo acostumbrado, dió a las horas habituales sus paseos sobre cubierta con su sobrino, que además de sobrino era secretario particular, y debió dormir como de ordinario, si se considera que al siguiente día amaneció tan campante como siempre. Se repitió la visita del cónsul, sin duda para ahondar la puñalada. Le despidió el almirante como el día anterior, dió un paseito por el alcázar, comió bien, y de esto puedo yo atestiguar porque ayudé a servir la comida, y después de ella subió a pasear en compañía del comandante Alvargonzález, a quien, según después se ha sabido, preguntó: "¿Cree usted que es posible que hayan apresado también a la "Vencedora"?" El comandante, según cuentan, le contestó que no le parecía improbable el apresamiento, por la desproporción de fuerzas entre los barcos chilenos y peruanos y el nuestro. Continuó Pareja paseando un rato solo, y yo mirándole de reojo, pues la noticia de lo de la "Covadonga" había ya corrido a bordo, y me asombraba el valor y la serenidad con que el almirante capeaba el tremendo temporal que indudablemente se había desencadenado en su corazón. ¡Chico, parece que le estoy viendo ahora mismo, echando al aire el humo de su cigarro, como si estuviera haciendo tiempo para ir a un baile! Aparte de que era algo sordo hombre más cabal no quiero yo que nazca, ni más simpático para los hombres, ni más querido por las mujeres; esto último, según decían malas lenguas. Como mozo no pasaba de mediano, y era delgado y parecía algo enfermizo: pero ¡chico!, tú no sabes el efecto que te producía ver acercarse a uno... a mí... ya ves, a un triste marinero, a aquel señor tan atento, tan fino, tan afectuoso, con aquella gran calva y aquellos ojos tan rasgados y hermosos, y que te decía, por ejemplo: "Haga usted el favor de llamar a mi sobrino..." ¡Muchacho!

¡Que se le llevaba a uno detrás y había que quererle por fuerza!... Pero noto que me voy por los cerros de Ubeda, y quiero ir a lo que iba, que es a referirte cómo después de pasear un rato por la toldilla le vi bajar a su cámara... ¡Querrás creer que tuve un presentimiento de lo que iba a ocurrir? ¡Querrás creer que estuve a punto de pegar un puntapié a la puerta y entrar y decirle: "Pero, mi general, ¿qué va a hacer vuecencia?" Que lo creas o no, ello es que llegué a la puerta en el mismo momento en que sonaba un disparo dentro de la cámara... "¡Socorro!... ¡Auxilio!"—grité como un energúmeno, penetrando en la cámara—. ¡Ya era tarde! El almirante Pareja estaba muerto, tendido en su cama, con un revólver aun humeante en la mano derecha y un papel escrito en la mano izquierda... Su expresión era la misma: serena y tranquila. Acudió gente, como es natural, y el sobrino de Pareja retiró de la mano aun caliente del cadáver el papel, cuyo



escrito, dirigido a él, decía así, al pie de la letra: "Te estoy agradecido. Que no me sepulten en aguas chilenas. Que todos se conduzcan con honor."

—¡Lástima de hombre!—murmuré con emoción sincera.

—Eso mismo dijimos todos los de a bordo ante tal desgracia. Pues verás—continuó Peláez después de beber y relamiéndose los labios—. La primera medida que tomó el comandante Alvargonzález fué recomendar el más absoluto silencio al personal de la capitana acerca de lo ocurrido, y, así, la insignia del almirante continuó enarbolada en el tope como si nada hubiera pasado.

Nadie dijo esta boca es mía, y sólo después de veintidías se supo en Chile la desgracia que habíamos experimentado. Entonces llegó el momento de dar sepultura a nuestro almirante, y para ello salimos en la "Villa de Madrid" hasta dos millas más allá de las aguas chilenas, donde hicimos alto.

Formamos todos a toque de corneta; marineros y soldados presentamos armas, y en tanto que el cañón tronaba, conmoviendo lúgubrementemente las tranquilas soledades del Pacífico, a hombros de cuatro oficiales apareció el saco de lona que encerraba el yerto cuerpo de nuestro pobre almirante, no sé si víctima de errores ajenos o de un amor propio exagerado.

Colocósele sobre una tabla, se le ató a los pies una bala de cañón, y en medio de un silencio preñado de lágrimas y de emoción hondísima, se aproximó el padre capellán, quien recitó el último responso. Cuatro marineros levantaron después el fardo fúnebre, y al mismo tiempo que el capellán hacía el signo de la cruz sobre los restos del ilustre marino, fueron éstos lanzados al mar... El fardo permaneció un momento inapreciable sobrenadando mecido por las olas; luego el cadáver hundió súbitamente los pies en el agua y levantó la cabeza, como queriendo ver y saludar por vez postrera al glorioso pabellón español que ondeaba a media asta en señal de duelo, y, finalmente, se

hundió para siempre en las profundidades del Pacífico, después de hacer aquel terrorífico saludo.

Al llegar aquí se me figuró ver algo húmedo en los ojos de Peláez, y aun se me ocurre sospechar que alguna lágrima rebelde se mezcló con el aguardiente que se echó entre pecho y espalda para disimular su enternecimiento y dar fin de la botella.

No dejé yo también de experimentar algo parecido; pero siendo por naturaleza poco propenso a dejarme dominar por emociones tristes y deprimentes, creí muy del caso, una vez saciada mi curiosidad, salir a cubierta y embarcarme en el bote del comandante, cuyo regreso a la "Resolución" no parecía deber demorarse mucho a la hora que era y dado el tiempo que llevábamos en la "Villa de Madrid".

Me despedí cordialmente del bueno de Peláez, quien me cargó de recuerdos verbales para su paisano y amigo Juan Manuel Santurce, y ya sentado en la popa del bote y en tanto que bajaba a embarcar nuestro comandante, me dediqué con delicia indefinible a enterarme del contenido de las dos cartas procedentes de la calle del Rimac, que previamente reclamé en la administración de la capitana.

¡Qué lindos garrapatos aquellos! ¡Cuánto diminutivo dulcísimo!... ¡Cuántos gazapos ortográficos!... ¡Cuánto cariño! ¡Cuánta deliciosa tontería!

En fin, como supongo que a ustedes se les da un comino de todo lo que en ambas cartas expresaba mi Rosita peruana y tampoco a la Historia le interesa averiguarlo, hago aquí punto y aparte y paso a estampar en el papel cuanto recuerdo, que no es poco, y cuanto sé, que es algo más, acerca del combate del Callao y del día memorable del 2 de mayo de 1866.

Pero ahora sí que procede más que antes hacer punto.

* * *

Hacia mediados de abril de 1866 fui destinado a prestar servicio en la fragata "Numancia", cuya tripulación, diezmada por las fiebres y el escorbuto, se había quedado en cuadro, como quien dice, y necesitaba algún refuerzo. También urgía aumentar el servicio sanitario, dado el extraordinario número de enfermos, y esta circunstancia lamentable fué la que me proporcionó la satisfacción de que Santurce me acompañara en el traslado.

—No me extraña que haya tantos enfermos en la escuadra—me decía Juan Manuel, olvidándose modestamente de que él también formaba parte de ella y pasaba las mismas penalidades que todos los demás—. Lo que me llama la atención es que haya un marinerito en pie después de tantos meses de sufrir sin defensa estas humedades, sin otra comida que habichuelas y carne salada, trabajando de día como negros y en continua vigilancia y sobresalto por la noche, llenos de privaciones, y, lo que es peor, sin tabaco... Desengáñate, "Chicote", comer galleta con gusanos y rancho sin substancia es poco sano, y como no se presente pronto ocasión de que peguemos una paliza definitiva a los "cholos", no quedáis ni media docena de hombres para contarlos. Y lo de menos sería que estuviérais desnudos y hambrientos, si siquiera hubiera municiones para la artillería y carbón y aceite para las máquinas. Pero ni eso tenéis. El Gobierno de Madrid, que indudablemente sabe lo que se hace, así lo ha dispuesto; de modo que ¡cartuchera en el cañón!, que dijo el otro, y a ayunar, que es cosa sana y ahorra indigestiones.

Todo esto que burla burlando decía Santurce, era el mismo Evangelio, y ciertamente, daba grima que España, por quien a diario combatíamos, no se hubiera acordado en nueve meses de enviarnos ni una

panilla de aceite, ni una libra de carbón, ni una mala peseta.

Por todas estas razones, cuando se hizo público el manifiesto que Méndez Núñez dirigió en 27 de abril al Cuerpo diplomático residente en Lima, pareció circular por toda la escuadra una corriente eléctrica: los enfermos graves se pusieron mejor, los leves pidieron el alta y todos los rostros, enflaquecidos por el hambre y demacrados por la enfermedad, se iluminaron con un relámpago de alegría; las conversaciones se animaron en las horas de descanso, y cuchufleta por acá y jota, alborada y malagueña por todas partes, las tripulaciones empezaron a prepararse para derramar su sangre, una vez más, en aras de la patria.

El manifiesto de nuestro querido almirante concedía al Gobierno peruano cuatro días de plazo para dar las debidas satisfacciones al pabellón español; transcurrido el cual, sin más circunloquios ni miramientos, la escuadra atacaría las baterías de la ciudad del Callao.

Zarpó la escuadra con rumbo al Callao; la travesía se aprovechó para practicar incesantes ejercicios de combate, y al dar vista al puerto, el comandante en jefe se embarcó en la "Vencedora", por ser buque de escaso calado, y estudió el plan de ataque, para lo cual, con la sencillez heroica que caracterizaba todos los actos de Méndez Núñez, se aproximó a la costa ¡a medio tiro de cañón! Nosotros, entretanto, echábamos abajo las vergas mayores para resguardar la arboladura de probables averías, se pintaron de negro las fajas blancas de los costados, para disminuir el blanco que ofrecían los buques, y se habilitaron hospitales de sangre para el socorro de los heridos.

A pesar de que el trabajo era incesante y los momentos de asueto escasísimos, todavía pude encontrar unos cuantos minutos libres para escribir a Rosa cuatro renglones, suplicándola con el mayor encarecimiento que se trasladase a Lima "hasta recibir instrucciones", añadía yo, dando a la carta cierto saborcete oficial. Feliz precaución fué ésta, pues días después una granada nuestra redujo a escombros la casita de la calle del Rimac.

Expiró el plazo concedido, y el día 1 de mayo tomamos posiciones.

La escuadra se componía de la fragata "Numancia", al mando de D. Juan Bautista Antequera, yendo a bordo el comandante general D. Casto Méndez Núñez; la "Blanca", mandada por el héroe de Abtao, don Juan Bautista Topete; la "Resolución", por D. Carlos Valcárcel; la "Villa de Madrid", por D. Claudio Alvargonzález; la "Berenguela", por D. Manuel de la Pezuela; la "Almansa", por D. Victoriano Sánchez Barcáiztegui, y la "Vencedora", por D. Francisco Patero.

En aquel mismo día recibió D. Casto la visita del comodoro inglés Rogers, que trató de impedir el bombardeo del Callao, y, por consiguiente, el justo castigo de los provocadores peruanos.

—Hoy amigos, mañana enemigos—dijo Rogers, con aire amenazador.

—Si os interponéis entre la ciudad y la escuadra, mi deber es echaros a pique—contestó Méndez Núñez con inalterable sangre fría.

Verdad es que para contestaciones enérgicas y serenas, era una especialidad aquel valiente marino.

Antes de zarpar de Valparaíso con rumbo al Callao, el mismo Rodgers preguntó a D. Casto que adónde pensaba dirigir la escuadra.

El comandante genral, sin pestañear, le contestó secamente:

—Al mar.

Conocida es hasta la saciedad la notificación que anteriormente había dirigido al Gobierno chileno, rechazando proposiciones indignas de ser aceptadas por un marino español.

—La reina, el Gobierno, el país y yo, preferimos más tener honra sin barcos, que barcos sin honra.

Este era Méndez Núñez, este era el hombre y el jefe bajo cuyo mando íbamos a escribir con nuestra sangre una de las páginas más gloriosas de España en el siglo XIX.

Por la escuadra circuló y fué leída en cada barco por el comandante respectivo, una proclama que decía así:

“Marineros y soldados: Después de una larga y cruda campaña, hoy se nos presenta la ocasión de cerrarla dignamente, castigando cual se merece la osadía y perfidia de un enemigo que nada ha dejado de poner en práctica para vilipendiar a nuestra querida España; a España, que hoy espera de nosotros que la vengemos dignamente. Un mismo deseo nos anima a todos, y yo no puedo dudar que con vuestro valor, decisión y entusiasmo, lo veréis satisfecho, volviendo al seno de nuestras familias después de consignar una página de gloria en la Historia de la Marina moderna, dejando su honra a la altura que nuestra patria tiene derecho a esperar de nosotros. ¡Viva la Reina!—Vuestro comandante general, Casto Méndez Núñez.”

Me consta, por referencias, que el efecto de la proclama en los demás buques de la escuadra fué intensísimo, y subiendo de punto el ardor patriótico. A mí me cupo la suerte de oírsele leer al propio Méndez Núñez.

Formó la marinería dando frente al puente, sonó la voz de ¡firmes!, y, destacándose sobre el azul del cielo, apareció la silueta un tanto rechoncha y fornida de Méndez Núñez. En su rostro moreno y curtido, ninguna emoción se traslucía. Saludó militarmente, y luego, con voz robusta y articulando con energía las palabras, empezó a leer la proclama en medio de un solemnísimos silencio que duró hasta la frase “a España, nuestra querida España, que hoy espera que la vengemos dignamente.” Al llegar a este punto, todos, jefes, oficiales y marineros, nos olvidamos del silencio que impone la disciplina, y lanzamos un rugido de entusiasmo y de amor a la patria ausente, que fué contestado como por un eco por los vivos atronadores con que las tripulaciones de los demás buques de la escuadra acogían la proclama que al mismo tiempo que a nosotros se les estaba leyendo.

El ¡viva la Reina! que ponía fin al documento, fué lanzado por Méndez Núñez con acento tan viril y tan entusiasta, que recuerdo que al oírlo se me erizaron los cabellos y sentí el escalofrío de las grandes emociones, que me cortó la respiración e hizo asomar tiernísimas lágrimas a mis ojos.

Por fin amaneció el 2 de mayo de 1866, digno émulo de aquel otro 2 de mayo en que el inerme y valeroso pueblo madrileño se mostró tan pródigo de su sangre luchando contra un enemigo infinitamente superior a sus fuerzas.

El día amaneció nebuloso; pero muy pronto los rayos del sol desgarraron los tules azulados de la niebla, y, poco a poco, fuimos distinguiendo el risueño panorama que ofrecía la costa americana, verdegueante a trozos y salpicada de alegres caseríos. Al frente estaba el Callao ceñido por la masa sombría de sus imponentes fortificaciones, y al Norte del puerto, tranquilos e indiferentes, los buques de guerra franceses y americanos e ingleses, que se apercebían a presenciar cómodamente el épico combate.

—Es preciso esmerarse—me hizo observar Juan Ma-



nuel señalando a los barcos extranjeros con la mano—. Tenéis público. ¡Y qué público!...

Funcionaron en la “Numancia” las banderas de señales mandando el avance y ordenando el zafarrancho de combate. Sonó en todos los barcos el toque de generala, y acto seguido la escuadra avanzó sobre el Callao majestuosa y solemnemente, en medio de un silencio sólo interrumpido por las voces de mando y el sordo zumbido de las hélices, azotando vigorosamente las aguas.

Al frente avanzaron la “Numancia”, la “Blanca” y la “Resolución”, que componían la primera división formada según el plan de Méndez Núñez para atacar las baterías del Sur de la ciudad. Formaban la segunda división, la “Berenguela” y la “Villa de Madrid”, y, finalmente, la “Almansa” y la “Vencedora”, que componían la tercera división, les estaba encomendada la misión de batir al “Loa”, al “Victoria” y al “Tumbes”, barcos enemigos fordeados en los muelles; el vapor el “Maule”, marchaba a retaguardia para prestar remolque o el socorro oportuno.

¡Solemnísimos momentos aquellos! Desde el comandante general que, apoyado en la baranda del puente, asestaba sus gemelos a la costa, que lentamente iba agrandándose a nuestra vista, hasta el último grumete de la escuadra, nadie, estoy seguro de ello, pensaba en que la empresa que intentábamos era real y verdaderamente “ádua, atrevida y temeraria”, como afirmó el mismo Méndez Núñez. Nadie recordó que nuestra escuadra, compuesta de buques de madera, a excepción de la “Numancia”, y con piezas de pequeño calibre, iba a expugnar aquellas formidables fortificaciones, defendidas por enormes cañones de extraordinario alcance; nadie pensó en que el enemigo combatía en su propio país y en que, por lo tanto, allí donde un combatiente quedara inutilizado otro se levantaría para reemplazarle; ninguno de nosotros sintió el temblor del

(Continuará.)

EL CORDON DE MI ZAPATO

NOVELA BREVE

—¡Pasa, pasa, chico! ¡Pero mira cómo está todo esto! —dijo don Francisco de Castro a su amigo don Juan Olaizaguirre, haciéndole pasar a su gabinete, que se encontraba en el mayor desorden, debido a la reciente mudanza que don Paco y su señora, cincuentones ambos, acababan de hacer.

—¡Nada, hombre! Encantado con estar otra vez al lado tuyo, no me fijo en cómo tengas la casa—contesta don Juan, repantingándose cómodamente en una butaca.

—Mira, mientras tú te fumas ese cigarro, yo voy a seguir arreglando estos papelotes y chucherías en mi mesa.

—¡Cuidado que te gusta guardar las cosas! ¡Todavía tienes aquí un programa de no sé qué función del colegio! ¡De ayer es la fecha!

Y cogió el papel, mirándolo complacido al recordar sus buenos tiempos.

—¡Lo que nos divertíamos en el colegio! —dice don Paco, volviéndose hacia su amigo y con varios papeles en la mano—. ¡Sobre todo en el último año de bachillerato! ¡Hombre! ¿Qué dirás que tengo aquí?

—¡Sabe Dios!

—¡Pues nada menos que mi discurso de despedida del colegio y de la congregación cuando fui presidente.

—¡Qué barbaridad! ¡A ver, a ver! Aquí anda la mano del hermano Rigoberto. Tú no hiciste eso.

—¡Ca! Yo no era capaz de hacer eso, ni nada. Como que recuerdo que una vez que hubo junta general y el hermano no me preparó discurso y me dijo que yo tenía que improvisarlo, me dió un miedo terrible. Pero, a pesar de eso, salí del paso con un "discursito" que hizo desternillar de risa, no sólo a los dignos congregantes, sino también a los hermanos que me escuchaban.

—¡Ya me acuerdo, ya! ¡Y qué bien estaba presentada la congregación!

—¿Por qué lo dices, Juancho?

Don Paco siempre le había dado este nombre a su amigo.

—¡Hombre! ¡Por lo poco que abultaba su presidente!

Los dos amigos soltaron la carcajada. Por fin, don Juan continuó:

—¡Quién iba a decir en aquellos tiempos, que pesabas ciento catorce kilos, que llegarías a estar como una sardina arenque! ¡Cómo se cambia con los años! Yo mismo, aquí me tienes, que...

No pudo continuar don Juan, al ver que don Paco, al destapar una caja cuyo contenido no distinguió, se quedaba parado y se ensombrecía su rostro.

Al fin, con un suspiro, dijo:

—¡Por fin lo he encontrado!

—¿Qué es ello, que tanto te impresiona?

Don Paco no contestó. Metió la mano hasta el fondo de la cajita y sacó de ella un lazo de raso negro, casi apolillado por el tiempo.



—Nunca me enteré de ese episodio de tu vida, en el cual juega un papel principal ese lazo, según tú dices—dijo don Juan con muestras de la más viva curiosidad.

—No te has enterado, primeramente, por que cuando sucedió, acabábamos de separarnos, pues fué en los primeros años de mi carrera, y por quel tiempo tú estabas en Bilbao estudiando la tuya, y, segundo, porque nunca se me ha ocurrido contártela; pero ahora satisfaré tu curiosidad, contándote por qué guardo con tanto cariño y buscaba con tanta ansiedad este lazo, que ya creía perdido.

Tomó don Paco una silla, y, acercándose adonde estaba su amigo, empezó la narración.

—En aquel tiempo, mis padres vivían en la calle de la Cruz, y yo tenía que ir todas las mañanas a la academia, que estaba en una de las últimas casas de la calle de Preciados.

La hora de clase empezaba a las nueve; así es que yo salía de casa a las nueve

menos cuarto y me marchaba por la Carrera de San Jerónimo a la Puerta del Sol, y después, en vez de tomar por Preciados, me iba por la calle del Carmen. No sé por qué tomaba este camino. Por ganar tiempo no sería, pues por ambas calles se tarda lo mismo. Lo cierto es que yo me iba por allí.

Dirás tú: "¿A qué vendrá todo este itinerario callejero?" Pues te lo digo para que así te des más cuenta de lo que después me sucedió.

Todas las mañanas, en el trozo que hay entre Sol y la iglesia del Carmen, me cruzaba con una muchacha que desde el primer día que la vi me agradó.

Era morena, menudita, con unos ojos negros que te dejaban "lelo" cuando los mirabas y que se fijaban en los transeuntes que la dirigían requiebros con esa picardía innata en las modistillas hijas de Madrid. En fin, chico, que aquella mujer me gustaba.

Ya me conocías tú en aquel tiempo, y sabes lo tímido y apocado que yo era; esto, unido a que me daba temor, a causa del tipo voluminoso que por entonces yo tenía, pudiera rechazarme, no me atreví a decirle nada. Pero una circunstancia imprevista vino a resolver mi conflicto.

Una mañana no la ví por el sitio en que acostumbraba a verla todos los días, y ya empezaba a pensar mil tonterías, cuando al pasar por delante de la iglesia del Carmen, al ir a volver la esquina de la callejuela que enfrente de ella desemboca, iba yo distraído mirando cómo discutían los cocheros que estaban en la parada de coches que por entonces allí había, cuando siento que choco con alguien y que este alguien me daba un tremendo pisotón que me hizo contraer los músculos de la cara y ahogar un grito, pues me apretaba en una ampollita que el zapato, al rozar, pues era nuevo, me había hecho.

Miré al que así me causaba mal, y me quedé de una pieza cuando vi que era la chica de marras.

—¡Ay hijo! ¡Ya podía usted mirar por donde va! ¡Nos ha fastidiado el pollo!

¡Yo no sabía que hacer! Me descubrí y la dije, todo como una amapola:

—¡Usted perdona, señorita!

Cada vez que me acuerdo de esta salida mía, me río ¡como estaría de azarado, que yo la pedí perdón, cuando era ella la que debió pedírmelo a mí!

¡Nunca lo hubiera hecho!

—¡Oiga usted! Yo no admito lecciones de nadie. ¿O es que "Fatty" se ha metido a profesor de urbanidad?

Una carcajada de los cocheros, fué lo que pude oír, pues dí media vuelta y me marché todo corrido, aunque no tan de prisa que no me permitise oír a un cochero:

—¡Si llega a ser él el que te pisa, te deja un pie extraplano!

Me dieron ganas de volver y emprenderla con aquellos maleducados, pero como sentí que la muchacha se reía, desistí de mi idea no fueran a tomarla conmigo también, la churrera y un hombre que vendía periódicos y quedase todavía peor, así es que me fuí a la academia bastante malhumorado y ¡con unas ganas de coger a alguien por mi cuenta!

¡Bonito papel había hecho delante de la dama de mis pensamientos y cómo se había reído de mí!

Al día siguiente, iba a llegar tarde a clase y marchaba con una prisa que a pesar de mi propósito de tomar por Preciados para evitar encuentros, no me fijé y llevado por la costumbre entré en la calle del Carmen.

Cuando me dí cuenta, me hallaba delante de los coches.

Un cochero viejo, y con una nariz como un pimientito, signo evidente de lo que le gustaba el "morapio", dijo con una voz aguardentosa y con cierta chunga, dirigiéndose a sus compañeros:

—¡Paso! ¡Ahí va la apisonadora!

Me paré en seco y apretando los puños le dije:

—El que sea usted un anciano, y el que en alguno ha de estar la educación, le vale el que no le cruce la cara. ¡Grosero!

El viejo se calló y se volvió hacia su coche mascullando no sé que palabrotas y yo al volverme para continuar mi camino, asombrado de mí mismo por aquella "valentía", poco acostumbrada en mí, poco me faltó para caerme de espaldas. En la esquina, parada, y viendo lo que sucedía estaba "ella".

Debí poner una cara tan apurada y estar tan colorado, por el disgusto y su presencia, que ella tal vez, por sus buenos sentimientos, dolida de lo que me pasaba, bajó la vista y se marchó sin decir palabra. Yo hice lo mismo. Todo el día me duró el malestar.

Al otro día, me marché por Preciados, evitando otra trifulca y otro encuentro, pero ella, sin duda quería también evitar mi presencia o por lo que fuera, el caso es que cuando yo menos me lo esperaba me la encontré delante.

Pusimos los dos las mismas caras de sorpresa y se nos subió al mismo tiempo el color. Por poco si me doy contra un farol, pero por fin seguimos nuestro camino y hasta el siguiente día en que me fuí por la otra calle y ¡donde me la encontré otra vez!

Nuevo azaramiento por ambas partes y a la mañana siguiente, pensando que ella se iría por la otra, yo me fuí por la misma calle, pero ella debió pensar igual y otra vez nos vimos.

Entonces yo no pude por menos de sonreírme al ver cómo jugábamos al escondite y cómo siempre nos encontrábamos; ella me correspondió con otra sonrisa y desde esta mañana todas las demás nos sonreíamos y hasta terminamos por darnos los buenos días, pero sin llegar a entablar conversación larga. ¡Ya no se nos ocurrió a ninguno el tomar por la otra calle!

Ya me iba cansando de esta situación cuando un suceso inesperado hizo que cambiaran las circunstancias.

Ocurrió que por aquel tiempo, la modista que "cosía" a mi madre y hermanas, se casó y el día antes de la boda, sábado por cierto, me dijo:

—¡A ver si va usted mañana a mi boda, señorito Paco! Se lo digo porque vamos a comer a Amaniel y habrá baile. ¡Como a usted le gusta el baile tanto!

—Ya veré si puedo ir. Si tengo tiempo iré de buena gana.

Yo le dije esto por cumplir, pues no tenía pensamiento de hacerlo ni mucho menos, pero la Providencia, en forma de mi hermana Luisa, velaba por mí, pues al ver que me habían salido mal todos mis planes de diversión aquel domingo, y que estaba en casa más aburrido que una ostra me dijo:

—¿Por qué no te vas a la boda de Socorrito? ¡Anda hombre, anda! ¡Así te distraerás un poco y se te quitará esa "murria" que tienes!

—Mujer, me has dado una idea. ¡Ni siquiera me acordaba! ¡Ánimate y vamos los dos.

Así fué, cogimos un tranvía hasta los Cuatro-Caminos y después nos fuimos a pie, dándonos un paseito, al merendero "La Montaña" que era donde se celebraba la boda de Socorrito.

Después de saludar a los recién casados, a una insinuación de la novia me dirigí al sitio donde se bailaba, dejando a mi hermana con ellos. No hice más que entrar en la plazoleta, donde al compás de un orga-

nillo bailaban varias parejas, cuando me dió un vuelco el corazón: ¡La había visto!

Me serené y pensé que aquella ocasión estaba más calva de lo que se acostumbra a pintarla y me apresuré a cogerla por los escasos cabellos; así es que con un "péndulo desenfrenado" en el lado izquierdo del pecho, me dirigí hacia donde ella se encontraba hablando tranquilamente con otra muchacha, sin sospechar lo que se le venía encima.

—¡Señorita!, ¡tiene usted la bondad de bailar este "chotis" conmigo!

También se le debió volcar el corazón, porque se quedó de una pieza. Sin atreverse a mirarme y más azarada que yo (¡que ya es decir!) se levantó maquinalmente y empezamos a bailar.

¡Bueno, aquel baile salió "todo", menos "chotis" pues yo perdí el compás la mar de veces y ella más ponía sus pies encima de los míos que en el suelo! ¡Cómo me divertía yo, en mi interior! Ella cada vez que me daba un pisotón me miraba angustiada y hasta me dijo dos o tres veces:

—¡Ay, perdóneme! ¡Estoy fatal! ¿Le he hecho daño?

Yo la contestaba que ¡imposible!; ¿cómo me iba a hacer daño?; que no se apurase, que "sus pies, cuando pisaban, no podían nunca hacer daño". ¡Tan chicos eran!

Terminó el baile cuando yo le decía, sobre poco más o menos, estas frases y nos fuimos a sentar en dos sillas apartadas.

—¿Nunca?—dijo mirándome con intención.

—Sí, solamente una vez hicieron daño, pero no fué solo el pie lo que maltrataron.

—¿Y a qué fué?

—Al corazón—le dije yo muy bajito, junto al oído y poniéndome como la grana.

Ella suspiró y después con aire compungido dijo:

—¡Qué malo es usted! ¡Todavía no me ha perdonado aquéllo!

—No. Y tampoco se lo perdonaré como no sea con una condición.

—¿Condiciones y todo? ¡Qué exigente está el tiempo!

—Por qué no dice usted: ¡Qué exigente está "Fatty"!—dije riendo y mirándola. Ella se exasperó.

—¿También eso? ¡Vengan, vengan las condiciones a ver si se le borra a usted esa memoria tan privilegiada y tan... fastidiosa!

—Pues sólo quiero... que me dé el lazo con que ata el zapato que me pisó.

—¿Y qué va a hacer con el lacito?

—Llevarle siempre conmigo y bendecir la hora en que la conocí.

—Acepto las condiciones, porque no son muy difíciles de cumplir; ahora que yo en castigo tengo que tener una penitencia y me la voy a imponer yo misma pero necesito que usted me dé una cosa.

—Todo lo que usted quiera con tal de que la penitencia no sea dura.

—Pues... que... me diera... usted un cordón de su zapato para llevarlo en señal de arrepentimiento.

Nos echamos a reir como dos tontos, queriendo ocultar nuestra emoción y yo la contesté:

—¡Encantado, por mi parte! Mañana cuando nos crucemos en la calle del Carmen...

—¡Ay, no! ¡Por la calle del Carmen, no! Estarán allí los cocheros y ¡qué pensarían!...

—Tiene usted razón, en Preciados, yo le daré mi feo cordón y usted me dará su lindo lazo. Pero permítame una pregunta: ¿por qué quiere usted cumplir una penitencia si yo la perdono de todo corazón?

Calló un momento y luego:



—Mañana se lo diré—dijo bajando la vista.

Así quedamos citados un cuarto de hora antes de la que nos acostumbrábamos a ver todos los días, a la mañana siguiente, y así se enzarzó la conversación contándonos algo de nuestras vidas. La mía ya la sabes. Ella se llamaba Dolores, Loli como la decían todos y trabajaba en una casa de modas. Tenía padre y madre y era hija única, me expresó su simpatía por los estudiantes de Medicina y su alegría porque yo lo fuera y nos estuvimos riendo toda la tarde del incidente que había hecho nos conociéramos. Se hizo de noche y nos despedimos hasta mañana.

Aquella noche se me hizo la más larga de mi existencia. Por fin amaneció y por fin me vi en la calle con mi cordón cuidadosamente envuelto en un papequito de seda y dispuesto a recoger: aquel lazo que para mí era una joya y su respuesta que me tenía intriguado.

Nos vimos y después de cambiar nuestros lazos la pregunté:

—Y ahora Loli, ¿podré saber que interés tiene usted en conservar mi feo cordón habiéndola yo perdonado y absuelto?

Me miró con sus ojos como carbones y después me dijo desviándolos:

—¿Me va a dejar que se lo diga?

No dijo más, pero fué lo bastante para que empezaran a darme vueltas todas las casas y todos los transeuntes y tranvías que pasaban. ¡A pesar de mi tipo y mi facha aquella mujer me quería!

Y para qué contarte más, este fué el principio de mis amores con Loli. Nos vimos en días sucesivos, primero media hora antes de la acostumbrada, luego

una y después dos. Tuve que decir en casa que me habían adelantado la hora de clase.

Te parecerá raro que nos viésemos a las siete de la mañana, ¿verdad? Pues chico, en verano no se siente el frío porque no le hace y en invierno tampoco, cuando se quieren dos personas como nos queríamos nosotros; además de que a estas horas no sé que tienen las calles de Madrid que gustan más que a las horas de más circulación, por lo menos a mí me encantaban por entonces y aun ahora suelo, algunas mañanitas, salir temprano.

Pasó el tiempo y nos queríamos más y más. Yo estaba deseando terminar mi carrera para casarme con ella, pues en mi casa ya sospechaban algo, y como los padres siempre buscan el bien de sus hijos, creyendo que en estas cosas lo que ellos escogen es lo mejor para ser feliz, me empezaron a meter por los ojos a Maruja, mi actual mujer, rica, buena, bien educada y sobre todo de "mi misma posición social", como siempre me repetían, recalcando la frase, mi buena madre y mi cariñosa hermana Encarna, la mayor.

Me faltaban dos años para terminar, cuando una mañana, ví que Loli estaba triste y seria, cosa que de ordinario no sucedía, y no reía mis chungas como otras veces.

Aquella actitud me preocupó y empecé a interrogarla:

—¿Qué te pasa? ¿Estas enfadada con tu "Fatty"? Habla.

—No, Paco, no—; me llamó Paco!, ¡malo!— no estoy disgustada contigo, al contrario, nunca me has dado motivo. Pero es que ocurren cosas graves en mi casa.

—¿Qué sucede?

—Nada. Que a mi padre le ofrecen una buena colocación en una fábrica de Barcelona y a mí en una casa de modas allí y es posible que nos marchemos.

—¿Que os marchéis?—Me quedé anonadado, pero era para su bien, yo no tardaría en terminar y la separación no sería larga—. Pues nada tonta, no te apures—dije esforzándome por mostrarme tranquilo—. Os váis, aquello conviene a tu padre y a ti y yo me quedo aquí machacando, para el día de mañana ir a recoger a la ciudad condal a la que ha de ser la madre de mis hijos.

—¿Eso es verdad, Paco? ¿Me seguirás queriendo como ahora?

—¡Más que ahora! Mucho más, pues entonces te echaré más de menos; creo que no voy a pensar en nada más que en ti. Te escribiré todas las semanas, te daré cuenta de todo ¡todo lo que haga!

—Sí, sí.

—¡Y tú me crearás y confiarás en mí, pues tú me quieres y yo te quiero!

—¡Sí Paco, sí!

—Vamos, pues, a ponernos de acuerdo para lo que hayamos de hacer.

—¡Que no me olvides, Paco!

—Mírame y dime si te he de olvidar.

Nos miramos, y "algo" debió de ver en mi mirada, pues exclamó:

—¡Te creo Paco, te creo! ¡Y creo también que seré tu mujer!

Aquel día no me resultaron tan bonitas las calles de Madrid de siete a nueve de la mañana.

* * *

El primer año fué todo bien. Nos escribíamos, y en nuestras cartas nos seguíamos viendo por las mañanas en Preciados, y paseábamos por el Retiro que ella tanto echaba de menos en la gran urbe; también íbamos a la Bombilla y bailábamos y ¡hasta nos pisábamos!

Pero llegó el último año de mi carrera y brusca-mente dejé de recibir cartas suyas.

La escribí unas cuantas regañándola cariñosamente por su falta de palabra, hasta que por fin recibí una.

La cogí con la ansiedad consiguiente, pues por fin iba a saber las causas del silencio de mi querida Loli.

Leí el sobre. No conocía la letra. No era la suya. ¿Qué encerraría aquella carta?

La abrí y vi que sólo contenía unas líneas, en las cuales me notificaba una persona que se firmaba "El padre de Loli", pues no había ningún nombre, la muerte de mi novia después de larga enfermedad.

Fué tan grande el dolor que experimenté, que no pude pensar que aquello fuese una mentira o un engaño y me di a la desesperación.

Quise salir de casa, irme a Barcelona, verla aunque fuese muerta.

Iba ya a hacerlo, cuando mi madre y mi hermana Encarna me salieron al encuentro y me sujetaron. Se apagó la luz a mis ojos y ya no vi nada hasta después de no sé cuánto tiempo, en que, al abrirlos, vi el rostro ansioso y preocupado de mi madre, que me miraba.

Desde aquel día, transcurrieron otros llenos para mí de recuerdos que me herían como dardos el corazón, pues yo mismo me complacía en martirizarme, yendo a los sitios que tantas veces había frecuentado con ella, en días más felices.

Entonces mi madre y mi hermana volvieron a la carga con Maruja, y como a mí lo mismo me daba ya una que otra, me puse en relaciones con ella y aquí nos tienes casados.

No es que sienta el haberme unido con esta mujer, a la que quiero muy de veras, por sus buenas cualidades, y que fuera de su carácter un poco vehemente algunas veces, no tiene otro defecto, al menos para conmigo.

Sé que ella me quiere, y nunca sabrá esta historia de mis primeros amores.

Calló don Paco.

—¿Y esta es la historia de tu lazo? ¡Muy romántica y... bien triste!—dijo don Juan, dando una palmadita en el lazo extendido sobre la mesa.

—Aun no he acabado.

Preparóse don Juan a seguir escuchando, y don Paco continuó:

—Hace un mes fué, como sabes, la boda de mi hijo Paquito y tuvimos que ir a Barcelona, pues la novia es de allí y tiene allí la familia.

Pues bien, hablando una tarde Maruja con unas señoras, de los "trapos" que tenía que hacerse para el día de la boda, la recomendaron a una tal "madame Dol", que era una de las primeras modistas de allí, y mi mujer, que no quiere separarse de mí ni aun para hacer sus compras, me llevó a casa de la tal señora para encargarse unos trajes.

Nos pasó una oficiala a una salita coquetona llena de espejos. Una sillería elegante y una mesita llena de figurines completaban el mobiliario.

Nos sentamos y nos dispusimos a esperar a la dueña de la casa.

No se hizo ésta aguardar mucho, pues a los pocos momentos vimos abrirse una puertecilla situada enfrente de nosotros y aparecer una señora elegantemente vestida de negro.

Nos levantamos al verla dirigirse hacia nosotros, y yo no tuve por menos de agrarrarme a una silla vecina para no caer.

¡Qué estaba viendo, Dios mío! ¡Era ella! ¡No ca-

bía duda! ¡Ella, más envejecida, más estropeada; pero ella! ¡Estaba seguro!

No debió conocerme. ¡Tanto había yo cambiado también desde la última vez que nos vimos!

Mientras mi mujer y ella hablaban, la pude observar a mi gusto.

¡Cuánto habría sufrido aquella mujer para estar tan cambiada!

Al mismo tiempo, yo pensaba mil cosas. ¿Cómo me dijeron que había muerto? ¡La ingrata! ¡Todo fué un fingimiento! ¡Quizá encontró otro hombre de mejor tipo que su "Fatty"!

Me estremecí. ¿Qué era aquello que había visto al correrse un poco su larga manga, y que brillaba en mil colorines y blanqueaba en fino oriente de perlas?

Me fijé mejor, y al ver el hilo que sujetaba aquellos brillantes y aquellas perlas, deshice en un momento todas las injustas frases que en mi pensamiento había propinado a aquella mujer que siempre me quiso y que quizá me seguía queriendo.

¡El hilo que sujetaba aquellas piedras preciosas era el cordón de mi zapato!

* * *

Yo me ahogaba allí dentro. Me levanté, e interrumpiendo el diálogo que ambas sostenían, dije a mi mujer que la esperaría en casa, pues me corría prisa hacer algunos encargos.

Mi voz debió temblar bajo la emoción, pues vi que sus ojos, sin aquel brillo de antes, se fijaban en mí con interés.

¡Fué la última vez que la miré, y ya no la volveré a mirar más!

Otro día, en casa de aquellas señoras, mi mujer habló de ella:

—Me fué simpaticísima. Parece que padece un mal o que ha sufrido la muerte de alguna persona querida. Tal vez su marido.

—No. "Madame Dol" no es casada ni nunca ha tenido novio. Nosotras la conocemos desde que era oficiala en la casa que ahora es suya.

—Pues que padece algún mal secreto, no me cabe duda. Precisamente cuando ya me marchaba y le di

el nombre de mi marido para que nos mandara la factura, se llevo la mano a la muñeca y cayó desvanecida en un sillón. Tuve que llamar. Después me dijo, palidísima, que eran unos desvanecimientos que le habían hecho tiempo y me dió las gracias muy cariñosamente. ¡Me besó y me abrazó no sé cuántas veces! Hemos quedado muy buenas amigas.

Fíjate si yo sufría oyendo esto. Por unos días estuve triste y preocupado; tanto es así, que mi hermana Luisa, mi favorita, como la llamaban todos en casa, lo notó y no tuve más remedio que contárselo.

Viendo mi dolor, me lo explicó todo:

—Mamá y Encarna tuvieron la culpa. Ellas lo urdieron todo, por tu bien.

—¡Por mi bien! ¡Se lo agradezco!

—¡Perdónalas! ¡Te querían! Además, ambas han muerto, y... ¿qué vas a hacer ya?

—¡Tienes razón! Ya es tarde. Pero si tú lo sabías, debiste advertírmelo antes. Yo abagué para que te unieran con el hombre que querías, y esto fué antes de yo casarme.

—No lo supe hasta después de tu boda con María. Olvida y vive feliz con la mujer al lado de la cual has pasado los años más difíciles de lucha y que tanto ha sufrido y gozado contigo.

Tenía razón Luisa, y desde entonces quiero más a Maruja, pero no puedo olvidar a mi Loli, y buscaba este lazo para darle el tributo que ella le da al mío.

Don Paco se levantó, y de un estuche que cogió de un armario sacó un guardapelo de oro, orlado de diamantes y en el cual guardó el lazo.

Se lo alargó al amigo.

—¿Y si tu mujer ve esto?—dijo don Juan, señalando un nombre grabado sobre la tapa del guardapelo: el de Loli.

—Le diré que me lo he encontrado en la calle... en la calle del Carmen, esquina a la callejuela... en la parada de "taxis" (¡ahora son "taxis"!), y... me da pena tirarlo. Pero no la diré la verdad, pues no quiero alterar nuestra felicidad presente. ¡Somos egoístas!

—A veces, conviene serlo. Haces bien.

Y don Paco se colgó al cuello su preciado tesoro.

José FRANCO PUMAREGA

El maestro.—Dígame usted un sustantivo.

Pedro.—Manzana.

El maestro.—¿Qué está usted haciendo, Juan?

Juan.—Comiendo un sustantivo.

El doctor.—Señora, no logrará usted ponerse buena si no guarda usted cama durante una semana.

La paciente.—Imposible, doctor. He comprado ayer un vestido y un sombrero y si no me los pongo se van a pasar de moda.

Entre dos presidiarios:

—¿Por qué estás preso y cuál es tu condena?

—Por robar el Banco de Suindelia y me condenaron a cinco años. ¿Y tú?

—Yo fundé el Banco de Suindelia y me condenaron a diez años.

Doctor.—Ha seguido usted mi consejo de beber un



vaso de agua caliente una hora antes del desayuno.

El paciente.—He hecho todo lo posible pero no he podido resistir más de diez minutos.

—Tu hermana dice que tiene veinte años, pero tiene veintiséis.

—Es que no aprendió a contar hasta que cumplió los seis.

—¿Quién es esa señora a quien ha saludado usted?

—Es mi vecina de al lado.

—Pero, ¿cómo es que no le ha devuelto el saludo?

—¡Oh! Jamás devuelve nada.

—¿Qué le ha parecido a usted mi comedia?

—Me ha sorprendido agradablemente.

—¿Es mejor de lo que usted esperaba?

—No, más corta.

X. X. X.



Número 1.—Charada.

*¡Primera-segunda-tercera!
No sabes comprar, Jacinta:
prima segunda-tres quinta
todo, y eso me exaspera.*

Bailando con Inesita,
sin más ni más la di un beso,
y se enojó con exceso,
llamándome descortés.

Al verla tan afligida
y humedecidos los ojos,
la dije: "¡Bah!, fuera enojos
y devuélveme el beso, Inés."

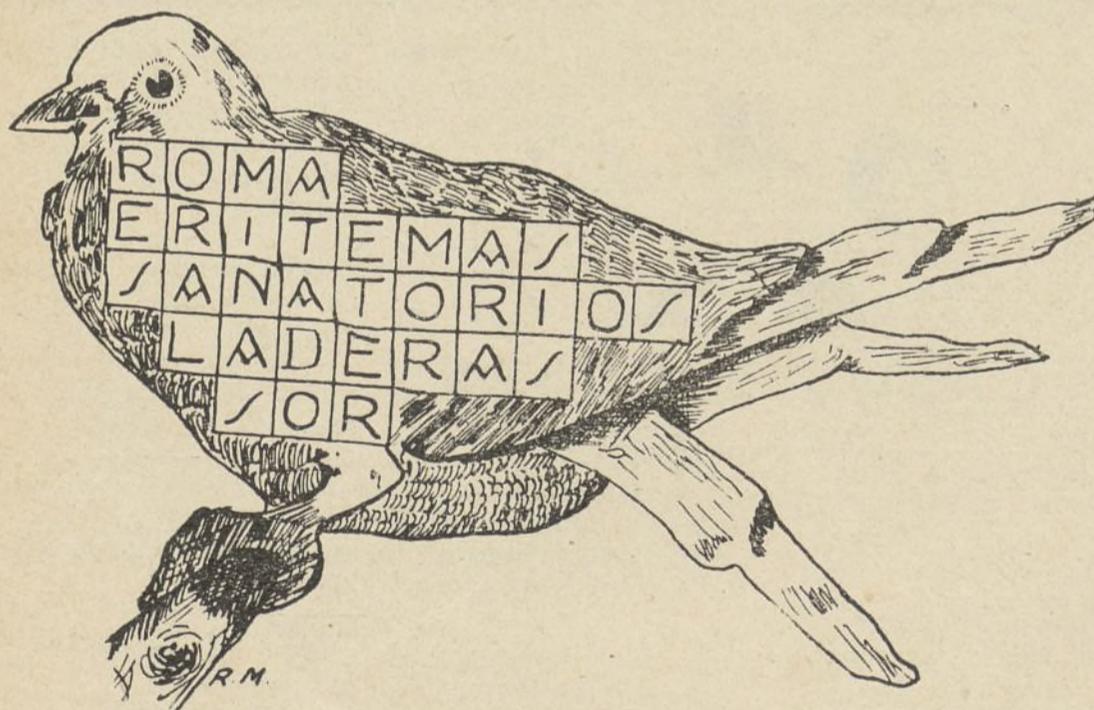
Pesaroso, aunque sumiso,
a casa de una vecina
maldiciendo el compromiso,
acompañaba Narciso
a la fea Marcelina.

—Y qué noche tan oscura,
dijo Marcelina, está;
caballero, ¿voy segura?
Y él repuso, con dulzura:
—Sí; como con su mamá.

La primera representación del drama de Beaumarchais titulado *Los dos amigos, o el negociante de Lyon*, obtuvo un éxito contrario al que se propuso su autor: hizo reír al público.

El interés de la obra estaba basado en el embarazo de un hombre honrado que se veía obligado, por un cúmulo de circunstancias desgraciadas, a suspender sus pagos.

—¡Ah! ¿Se trata de una quiebra? Pues voy por mi dinero—gritó un individuo de la galería.



Solución del pasatiempo número 3.

Número 2.—Zarzuela.

LOSA SEMEJANTES

La mamá, a Pepito:

—Vamos, niño, a la cama. Da las buenas noches a esta señorita y dale un beso.

—¡Oh, no! Anoche, cuando tú no estabas aquí, papá quiso darle un beso y ella le pegó un bofetón. Yo no quiero que me pegue a mí también.

Hermanas las jotas son,
según algunos pregonan,
mas no cuando las entonan
en una u otra región.

Aunque parecen iguales,
no tienen las mismas notas;
y en este caso las jotas
de una y otra son rivales.

Mas Navarra y Aragón
por igual llevan la palma,
pues si una brota del alma,
la otra, del corazón.

Y a todo el mundo embelesa
cuando se oye en la guitarra
cantar la jota navarra
o la jota aragonesa.

Caminando cierto día el inmortal Esopo de un pueblo a otro, y a pie, que era la costumbre del fabulista, encontróse a un viajero que descansaba de las fatigas de su marcha. Después de saludarse mutua y cordialmente, preguntó el viajero a Esopo:

—¿Cuánto tardaré en llegar a la ciudad de donde venís?

—Empieza a caminar—contestó el filósofo.

—Pregunto que cuánto podré tardar.

—Camina—replicó Esopo, sin detenerse.

El viajero tomó por un desgraciado loco al desconocido, y emprendió su marcha; pero no tardó en escuchar la voz del interpelado, que gritaba desde lejos:

—Tardarás dos horas.

¿Cómo había de contestar exactamente, sin conocer la velocidad de su paso?

Soluciones de los pasatiempos del número anterior:

- 1.—Camisa.
- 2.—La tela.



RECUERDOS
DE LA CAMPAÑA

Un "paqueo" al campamento de Zoco del Jemis de Beni-Arós

Para las operaciones que en aquella primavera de 1922 se realizaban a fondo contra el Raisuni para acorralarlo en el Buxhamen, forzándole a pedir la paz sin condiciones, ¡oh, diferente realidad de la que son culpables políticos funestos, que buscaron un éxito pasajero a costa de Dios sabe cuántas inquietudes!, se habían constituido dos fuertes columnas: la del general Marzo en el Zoco del Jemis de Beni-Arós, la del general Sanjurjo en Mexerah.

El Zoco del Jemis está enclavado en uno de los sitios más pintorescos de Marruecos. A orillas del Mejazen, que por esta parte se llama Bu-Haman, o río de las Palomas, se extiende en amplia llanada, fértil y prometidora, rodeada de elevaciones, en cuyas laderas crecen bosques de alcornoques de una riqueza incalculable. Muy próximo, y perdido entre pintoresca arboleda, el santuario de Sidi Heddi, donde los locos, los epilépticos, los desequilibrados se reúnen en oración ante la tumba del santo. Allí descansan también las peregrinaciones que de la costa atlántica, como de todo Yebala, vienen a la cumbre del Yebel Alam a postrarse ante el sepulcro venerado de Muley Abd-es-Selam, el verdadero santo de Yebala, el que, en el fanatismo de los incultos de Beni-Arós, es más santo que el propio Profeta.

El Zoco del Jemis de Beni-Arós había sido tomado en julio de 1921 por la columna del general Barrera, ese general que tan interesante labor político-militar había realizado en esta zona al frente de unas tropas aguerridas cuyos éxitos se malograban entonces, como si una maldición pesase sobre la amadísima Patria española, poniendo a prueba la capacidad para el dolor de sus hijos por los trágicos sucesos que tuvieron como doloroso coronamiento la derrota de Annual.

He aquí en el momento mismo en que se disponían las columnas a asaltar Tazarut las operaciones suspendidas; los Regulares de Ceuta, los Legionarios, las Baterías de montaña, en marchas forzadas a través de todo Yebala, hacia Ceuta, donde embarcarían para Melilla, en pleno estío, cargados con toda su impedimenta, recibiendo en vez del descanso anhelado

do y merecido por sus sacrificios, la tarea, honrosísima, sin duda, de salvar a Melilla, amenazada por las hordas moras... ¡Cuánta gratitud debe el país a aquella columna, de la que formaban parte hombres del temple de Sanjurjo, de Millán Astray, de González Tablas, de Franco!...

Y no era, yo quiero que reflexionen sobre esto los *civilistas*, un ansia de conquista, un ideal guerrero ni religioso el que llevaba al Ejército a sufrir aquellas privaciones, a dar generosamente su sangre por la Patria, era un ideal político. Necesitábamos, por mandato geográfico, establecer en Marruecos el Protectorado, y se encomendaba al Ejército el vencer la resistencia de los que se oponían, abrir el camino a los verdaderos colonizadores para que los capitales, las industrias, el trabajo, viniesen aquí sin zozobra.

Pero yo puedo brindar a esos *civilistas* un detalle más de estudio y meditación. Por la presión de la columna Barrera, que había castigado con todo rigor el aduar de Maixera, Sumata pidió el amán. Aun recuerdo en todos sus detalles la llegada a Nuader, campamento de las tropas, de todos los jefes de los aduares, que sacrificaban la ternera ante el general... Y se habló de paz, y de colaboración en una labor que interesaba a todos, y se concertó con ellos la colocación de posiciones que pusiesen su territorio a salvo de las presiones rebeldes... Cuando hubo que suspender las operaciones por los sucesos de Melilla, cuando se mermaron los efectivos de las columnas, cuando el útil militar disminuyó en eficacia, ¿sabéis lo que sucedió? Que los de Sumata atacaron en la aguada de Nuader de una manera cobarde a las fuerzas nuestras, que como amigos los tenían, y nos causaron 70 bajas... Desde esa fecha Sumata sigue en rebeldía y, segura de no sentir la presión de la fuerza, se niega rotundamente a toda gestión civilizadora... Ni siquiera la influencia del Raisuni nos ha servido para vencer, con la paz, ese foco de resistencia...

Pues bien; y basta ya de digresiones, precisamente fueron unos bandidos de Sumata los que *paquea-*



PARA HOMBRES

Ayer ventrudo,
hoy enjuto,
es que uso
la FAJA DE JUSTO.

Carmen, 10.--MADRID

Ultimos modelos de Corsés para señoras y niños

SOMBRERERIA de JORGE GRACIA

Agente exclusivo de las marcas inglesas

Casa especial en gorras de uniforme, rósas de gala y de diario para el Ejército
ZARAGOZA, 58, COSO :- Teléfono 752

ZACARIAS HOMMS

PROVEEDOR DE

EQUIPOS MILITARES



FUENCARRAL, 55.-MADRID

TELEFONO 583

A PARTADO DE CORREOS NUMERO 588

Civilicemos, señores poderosos, pero con la civilización, sin mezcla de intereses que cuanto más crezcan más fácilmente pueden ahogarnos.

En los continentes adonde naves españolas llegaron antes que ningunas otras también marchan las cosas con rumbo tortuoso.

Nicaragua, por una parte, y por otra, restos de la raza india, que sólo a medias aceptaron la civilización, en Méjico, siguen dando ocasión a que los yanquis, siempre en peligrosa obsesión de altruismo, nerviosamente se muevan, constituyendo sus impulsiones un peligro hasta para la paz europea.

Méjico, como dijo hace pocos días un periodista de los que ven más allá de la superficie, es cual un centinela avanzado del hispanismo en aquellas regiones, permitiendo, a su vez, que la doctrina de Monroe sea una verdad para todos los americanos, y no exclusiva de unos cuantos.

Tal situación es un peligro para su independencia, pues pudiera convenir a determinados fines que, en vez de ser centinela, fuese primer eslabón.

No es, ni mucho menos, despejado el ambiente en el antiguo imperio de Moctezuma, con tanta sangre española regado; intolerancia religiosas de última hora, más o menos justificadas, acabaron de envenenarlo.

Dos notas desagradables, para terminar, lo que al extranjero se refiere: Portugal y Erzegovina.

En la primera de dichas naciones, rencores y ambiciones cubrieron por completo el patriotismo, y dos de las mejores ciudades lusitanas: Oporto y Lisboa, presenciaron en sus calles cruentas luchas, teniendo que soportar, como mal menor, que el cañón, con su lenguaje terminante, hiciese renacer la normalidad.

¡Sarcasmo que se prestaría a muy variados comentarios, si tanto no tuviera de trágico!

Erzegovina, el país a quien, cruel y frecuentemente, hizo sufrir el espíritu ambicioso de sus vecinos, al cerrar estas líneas acaba de ser teatro de una catástrofe de las que mayor intensidad alcanzaron.

Un violento y prolongado temblor de tierra, con imponente acompañamiento de ruidos aterradores, en medio de un sol espléndido, que alumbró la tragedia sobre un cielo azul, ha destruído pueblos y ciudades, contándose por cientos los muertos y por miles los hogares destruídos.

¡Designios secretos de la Providencia, acaso para hacernos comprender bellezas que no siempre son justamente apreciadas!

Sin ser mucho, es bastante lo que en nuestro solar el cronista encontró: son brisas de paz y engrandecimiento que hacen pensar con ironía en las exclamaciones de aquellos "proféticos" que decían: ¡Hay que europeizarse!

Lo más saliente es el procedimiento de gobierno, completamente nuevo en su práctica—en lo empíri-

co es tan antiguo como el mundo—, que supone el viaje del ministro de Gracia y Justicia a Canarias, en calidad de misión ministerial.

Aunque sólo resulte como rendimiento el arreglo, mejor dicho, la destrucción de los restos de feudalismo que significaba el caso de Aldea, es ya bastante.

Puede, sin embargo, afirmarse que no será lo único aquéllo: quienes forman el Gobierno tienen clarividencia suficiente para comprender que en las Islas Canarias hay sedimentos extraños que pudieran hacer mucho daño, si el Poder central no se cuidara de arrancarlos, haciendo ver a los canarios que son tan hijos de España como los demás.

A la vez que se desarrolla y marcha la organización corporativa nacional, acentúanse los optimismos económicos, fundados en la reforma tributaria que el joven ministro de Hacienda ha proyectado, y que, de tener algún defecto, habría que buscarlo en el estudio, un poco ligero, que de la legislación extranjera se hizo.

Desde tiempos muy antiguos, fuimos maestros en leyes justas, y sobre todo, liberales; no era tan preciso cavilar para discurrir adaptaciones a las que pueden no prestarse el suelo ni la raza.

La organización corporativa tendrá más de bueno que de malo, es indudable; pero el libre uso de las facultades del hombre, en provecho propio y en el de los demás, no sale muy bien parado.

De los técnicos hay que esperar que el extranjerismo, en vez de ser un grato manjar, constituye una intoxicación; nunca fué prudente poner en el balcón las mismas macetas con que el vecino adorna el suyo, si en el nuestro da el sol, por ejemplo, y en el suyo no.

Cerremos la crónica con notas simpáticas, sobre toda creencia: se repartieron cientos de moreras para estimular y facilitar la cría del gusano de seda, emancipándonos de tutelas que no debemos tener.

He ahí un acto sencillo que revela el más elevado patriotismo; con unos cuantos así, podríamos afrontar mejor los combates en los aranceles, que, según parece, van a ser los únicos admitidos por las futuras generaciones; cubramos con un velo de piedad las consideraciones que podrían ocurrirse.

Tan grato como el anterior, es el hecho de haberse establecido oficialmente la línea aérea Sevilla-Canarias-Buenos Aires; es un jalón de progreso, bien situado porque sí, y firmemente clavado.

¡Tánger? Estamos en el comienzo del momento crítico; allá, en el París que un día se creyera el cerebro de Europa, ventílase el asunto, de muchísima más trascendencia de lo que las gentes creen, y de los que pueden inmortalizar una gestión de gobierno. Digamos, con nuestros amigos de Italia: ¡Quién viva, verá!

FERALGA

MAH - JONGG

JUEGO NOVEDAD

REGLAMENTO Y CONTABILIDAD

por RAMON MARAVER

Precio del ejemplar, 60 céntimos. — Certificado, 90 céntimos.

LOS PEDIDOS A LA ADMINISTRACION DE ESTA REVISTA

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la
ESCUELA CIVICO-MILITAR
La mejor y más conveniente.

¿CALLOS?

UNGÜENTO MAGICO

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Por correo, 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Plaza San Ildefonso, 4, MADRID

NIETOS DE JUAN MEDINA

Casa fundada en 1850

Barcelona: Rambla del Centro, 37. Madrid: Preciados, 21

Teléfono, 2889. A

Teléfono 35-15 M

Bordadores efectivos de la Real Casa, Primera en su clase en España. Manufacturas de Bordados, condecoraciones, roses, cascos, gorras, corrajes, galones, botones, espadas e insignias y distintivos de todas clases para el Ejército, Armada y Corporaciones civiles, Banderas y Estandartes para el Ejército, Marina, asociaciones, colegios, orfeones, edificios públicos y para consulados nacionales y extranjeros, así como escudos heráldicos para balcones y fachadas, bandas, fajines, medallas, bastones de mando, borlas, etcétera

ALMACENES DE S. GINÉS

Teodoro G. González

Tejidos, Géneros de Punto y Camisería

Proveedor Oficial de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra

ARENAL, 11

MADRID

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,

CEPILLERÍA, ESPONJAS

Y ARTICULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

JESUS MARTINEZ

- ESPECIALIDAD EN GORRAS DE PLATO -

- - Roses - - CHACOTS Y KALPATS - -

Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías)

!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

TALLERES DE IMPRENTA
Y ENCUADERNACION

PRENSA NUEVA

EDITORIA DE LIBROS Y REVISTAS

Obras, libros y folletos.

Impresos de todas clases.

ESPECIALIDAD EN

REVISTAS Y PERIODICOS

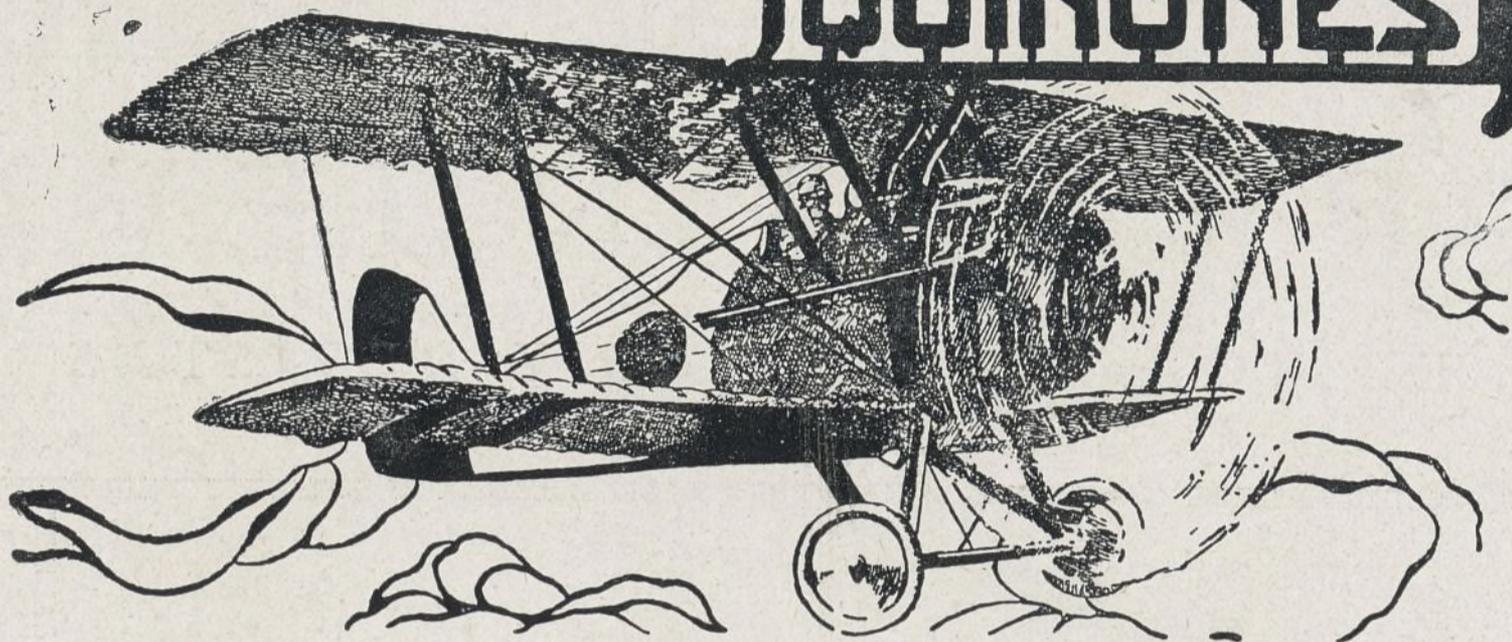
Confección esmerada.

Prontitud, economía.

Calvo Asensio, 3. --- Teléfono 32171

MADRID

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

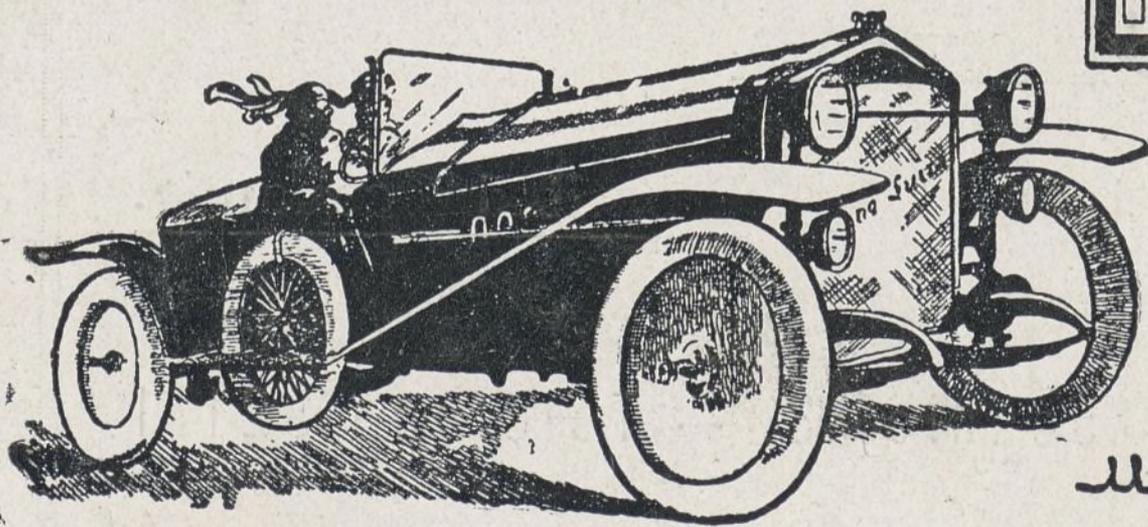
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero —Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Urdaluy